

Gustavo Martín Garzo

# El cuarto de los sombreros





© Ricardo Suárez

**Gustavo Martín Garzo**

(Valladolid, 1948) ha publicado más de quince libros entre novela, ensayo y literatura juvenil. Muchas de sus obras han merecido premios, como *El lenguaje de las fuentes* (1993, Premio Nacional de Narrativa), *Marea oculta* (1993, Premio Miguel Delibes), *Las historias de Marta y Fernando* (1999, Premio Nadal), *Tres cuentos de hadas* (2004, Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil), *El jardín dorado* (2008, Premio de las Letras de Castilla y León) o *Tan cerca del aire* (2010, Premio Torrevieja de Novela). Obtuvo también el Premio Vargas Llosa de relatos. Sus novelas más recientes son *Donde no estás* (2015), *No hay amor en la muerte* (2017), *La ofrenda* (2018), *La rama que no existe* (2019), *El árbol de los sueños* (2021), *El país de los niños perdidos* (2023) y *El último atardecer* (2023). Galaxia Gutenberg ha publicado también su ensayo *Elogio de la fragilidad*, en 2020. Sus obras se han traducido al francés, griego, danés, italiano, portugués y alemán.

Este libro reúne dos historias. En la primera de ellas, *El cuarto de los sombreros*, dos mujeres jóvenes viven un tiempo en la misma casa, comparten paseos y proyectos, todo se lo cuentan. Mas un día la vida las separa y se dejan de ver. Pasan los años y una de ellas, que ya es una anciana, se entera casualmente de que, poco antes de morir, su antigua amiga escribió un libro sobre el tiempo que compartieron. Y descubre que lo que se cuenta en él es una extraña historia de amor entre las dos. Una historia que nunca sucedió y que, sin embargo, le parece más real que todos sus recuerdos de entonces. En la segunda historia, *La mentirosa*, una niña cree ver en la oscuridad de una cueva algo que cambiará no solo su vida sino la de la comunidad en que vive, hasta provocar su desgracia.

En ninguna de las dos historias, como pasa en los cuentos, las cosas son lo que parecen. Y así un trastero donde se guardan viejos sombreros se transforma inesperadamente en una estancia encantada, un vestido puede apoderarse de la voluntad de una muchacha y obligarla a hacer cosas que sin él nunca habría hecho, la sala desvencijada de un cine donde dos amigas ven, cogidas de la mano, *Gertrud*, la última película de Carl Theodor Dreyer, se convierte, para su asombro, en uno de esos lugares donde se celebran las bodas entre la oscuridad y la luz, entre la realidad y el sueño, entre la vida y la muerte. Lugares todos ellos, como la oscuridad de la cueva donde la niña de *La mentirosa* tiene sus visiones, que hablan de esas regiones de naturaleza intangible y sagrada que aún perviven en el mundo.

No hablan de lo perdido estas historias, sino de lo que regresa a nosotros misteriosamente intacto, como los cuerpos de aquellos amantes que encontraron abrazados bajo la lava de Pompeya. Nos enseñan que el don de la vida, como afirmó Nabokov, es fundamentalmente el don del pasado. Merecerlo es abrirse al asombro de que nada de cuanto hemos amado puede perderse del todo.

Galaxia Gutenberg,
**Premio Todostuslibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,**
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2024



Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-10107-77-9



*A Emilia Garzo, mi madre, que guardaba*
*las llaves del primer jardín.*

# El cuarto de los sombreros

Buscamos el amor como busca el recién
nacido los latidos del corazón de su madre.

PASCAL QUIGNARD,
*Las paradisíacas*

Estimada profesora:

Perdone que, al escribirle esta carta, vaya a robarle un poco de su valioso tiempo. Tiene que ser una lata recibir cartas que no has pedido ni deseas, que proceden de personas que no conoces. Y con más razón en su caso, que seguro que son muchos los que le escriben pidiéndole cosas o para quejarse de algo; por ejemplo, sus alumnos, que es raro que estén contentos con las notas que les dan. La gente no hace más que quejarse. Todos piensan que no tienen lo que merecen. Pero ¿qué merecemos? ¿Un palacio, un vestido precioso, que un guapo desconocido llame a nuestra puerta? Pero ese palacio, ¿qué esconde?; el vestido, ¿qué te obligaría a hacer?; ese desconocido, ¿adónde te llevaría? Si no sabemos nada del mundo, ¿por qué pensamos que podemos ser dueños de lo que hay en él?

Pero no, no le escribo para quejarme de nada ni para molestarla con mis penas, que bien mirado tampoco son tantas y a nadie importan salvo a mí. Lo hago para contarle una historia. Verá, dos personas viven un tiempo en la misma casa. Pasan muchas horas juntas, comparten paseos y proyectos, todo se lo cuentan. Mas la vida un día las separa y se dejan de ver. Pasan los años y una de esas personas, que ya es vieja, se entera de que la otra ha escrito un libro y descubre al leerlo que muchas de las cosas que en él se cuentan son las que vivieron juntas.

Le cuento esto por algo que pasó el otro día en los salones del casino, cuando usted presentaba la novela de Paulina Quiroga. ¿Recuerda a la anciana que desde las filas de atrás levantó la mano para contestar a una mujer que acababa de intervenir? Esa anciana era yo. La mujer dijo que la novela no le había gustado porque a las mujeres reales no les pasaban esas cosas, y yo levanté la mano para protestar. Fui un poco desagradable, lo reconozco, pero ¿qué sabía ella de la autora del libro, de cómo había sido su vida? Yo podía habérselo dicho, pues de todos los que estábamos allí era la única que la había conocido. Además, ¿por qué decía que a las mujeres no les pasaban esas cosas? ¿Acaso éramos todas iguales, como ovejas de un mismo rebaño? Usted intervino para poner paz. Dijo que no había que preocuparse en exceso de que si lo que se contaba en una novela había sucedido o no, pues en toda historia que mereciera la pena, aunque fuera inventada, había algo verdadero. ¿Por qué nos detendríamos a escucharla si no fuera así?

Lamento no haber sabido explicarme mejor, pero mi enfado del casino tenía una explicación, aunque no era cosa de ponerse a darla delante de

todos. Verá, yo conocí a Paulina Quiroga. Fue hace muchos años, antes de que empezara a publicar sus libros. Trabajé en su casa por un tiempo. Su padre estaba enfermo y ella me contrató para que le cuidara. Paulina acababa de sacar las oposiciones de profesora de instituto y entre las clases y sus otras ocupaciones apenas paraba en casa. Era yo la que se ocupaba de limpiar y planchar, de hacer la compra, de atender a su padre y darle de comer, pues a causa de una demencia temprana era incapaz de valerse por sí mismo y se pasaba las horas dormitando en su sillón de orejas.

Paulina ya escribía por entonces. Se encerraba en su cuarto y permanecía allí horas enteras. Había que andar con cien ojos con su padre. A veces gritaba o decía cosas que eran como restos perdidos de una vida anterior, fragmentos de una historia que ya no le pertenecía. O se levantaba del sillón y andaba de un lado para otro tocando los objetos como si dudara de su realidad. Lo hacía extendiendo los brazos para no tropezar con paredes y muebles, como si buscara algo que había perdido hace tiempo y sólo en la oscuridad, con la mano que busca una puerta sin encontrarla, pudiera dar con ello. Pero ¿se puede vivir así?, ¿sin conocer, sin saber quién eres, en qué lugar estás?

Paulina sufría al ver a su padre en ese estado. Pensaba en el tierno amor que en otro tiempo le había dado, y no podía entender por qué ahora era incapaz de recordar su nombre. Todo lo que habían vivido juntos ¿dónde estaba? La vida, me dijo una vez, era guardar falsos tesoros en lugares que no existen. Paulina decía con frecuencia cosas así, como las que suelen leerse en los libros. Yo le decía que no se preocupara de su padre, que yo me ocupaba de él. Había estado trabajando en una residencia de ancianos, y sabía cómo tratarlos. No era fácil. Muchos se volvían rencorosos y egoístas, otros te insultaban o te acusaban de haberles pegado, o se ensuciaban para fastidiarte, pero yo podía con ellos. Era como esos muchachos de las granjas que hablan con los caballos y a los que estos hacen caso. ¿Ha visto las imágenes de esas ciudades asoladas por los terremotos o las guerras? Una ruina se confunde con otra, las calles conducen a lugares que ya no existen y no hay posibilidad de encontrar ni consuelo ni belleza en lado alguno, así eran las mentes de los ancianos que cuidaba. ¿Cómo no iban a enloquecer si sólo había miseria a su alrededor? Vivían en una isla maldita que no podían abandonar. ¿Se podían amar sus pájaros negros, sus bosques llenos de ceniza, sus animales ciegos? No, no se podía. A esa isla sólo se iba para nunca volver.

Hace tiempo leí en un almanaque una lista con las costumbres más extrañas de la tierra, y pensé que los hombres, cuando se hacían viejos, se volvían como los habitantes de esas tribus olvidadas. En una de ellas los hombres se pintaban esqueletos en el cuerpo para atemorizar a los enemigos y tenían la costumbre de colgar los ataúdes en cuevas, acantilados o montañas, para proteger sus almas; en otra, las mujeres debían tener cuellos larguísimos que adornaban con relucientes aros dorados; en otra más, se comían la ceniza de sus propios muertos y vendaban a las niñas los pies, y si un extranjero llegaba a sus tierras lo mataban y se lo comían. También se contaba la historia del único sobreviviente de una tribu que llevaba viviendo muchos años escondido en la selva. Se le conocía como «el hombre del agujero», debido a que cavaba en el centro de unas chozas de palma enormes agujeros de cinco metros de profundidad, que abandonaba cuando alguien se acercaba.

El padre de Paulina era como ese hombre del agujero. Se pasaba los días escondido, sin pedir nada, sin existir. Si no lo hubieras levantado de la cama, se habría quedado eternamente acostado; si no le hubieras dado de comer habría perecido de inanición. Raras veces hablaba. Por las tardes, al regresar Paulina de sus clases, lo vestíamos para llevarlo al parque. Lo sentábamos en un banco de donde ya no se movía. La mirada de los que se despiden de las cosas ¿es la misma de quienes las contemplan por primera vez?

Una tarde Paulina y yo nos acercamos con él al estanque. Vimos las carpas doradas bajo el agua y los patos que alborotaban en las orillas. Las madres patas se bañaban llevándose a sus polluelos detrás como sujetos con un hilo. En el centro había una pequeña isla artificial, construida con piedras, donde reinaban los cisnes. A veces, uno de ellos entraba en el agua y se desplazaba por la superficie altivo y distante, como si considerase a las demás criaturas, incluidas nosotras, de un rango inferior a los de su especie. Otros ánades, sin embargo, sí se acercaban a nosotras. Venían a buscar el pan que les arrojaban los niños pensando que haríamos lo mismo. Un abejaruco, el pájaro que contenía el arcoíris, voló ante nuestros ojos maravillados. Paulina se llevó los dedos a la boca, y yo la imité sin darme cuenta, lo que la hizo sonreír. No quieras ser como yo, me dijo, serás desgraciada si lo haces. Se puso a hablarme de su madre. Había muerto cuando sólo tenía cinco años y la odió con todas sus fuerzas. Era aún muy pequeña y no entendía por qué se había ido, dejándolos solos a su padre y a

ella. Pensaba que se había cansado de los dos. Aún no sabía que no somos nosotros quienes elegimos morir.

De regreso a casa, oímos el canto de los pavos reales. Ascendían a las ramas más altas en vuelos repentinos, y desde allí llamaban a las hembras con sonidos que recordaban las bocinas de los coches. Sus largas colas se derramaban entre las hojas como jardines colgantes. Paulina me contó que a veces se escapaban del parque y tenían que ir en su busca. En una ocasión fueron a parar al patio de una residencia, donde los ancianos se los encontraron al levantarse, como si fueran la imagen de su propia juventud y sus propios sueños perdidos. En otra, se fueron andando por las calles y los sorprendieron tan tranquilos ante los escaparates, como un grupo de damiselas que hubieran salido de compras.

Luego, ya en casa, me habló de un recuerdo de su infancia. Había estado con su padre en aquel parque, como habíamos hecho nosotras esa tarde, y había sido tan feliz que, de vuelta a casa, deseó secretamente seguir siendo quienes la acababan de abandonar, y no el padre y la niña que regresaban a ella. Fue como si se viera a sí misma alejándose calle arriba junto a su padre. Todos esos que hemos sido, los que hemos amado alguna vez, preguntó, ¿dónde están?, ¿podemos vivir sin ellos? ¿Y qué es vivir?, pensé. Cómo iba a decirle que estar con ella en aquel momento era para mí la vida.

Le cuento esto porque al hablar de Paulina no lo hacemos de la misma mujer. Usted conoció a la Paulina escritora, y yo a una joven que sólo tenía veintidós años y vivía agobiada por su trabajo y la enfermedad de su padre. Ni ella es la mujer de la que usted habló el otro día en el casino, ni yo soy la que estuvo en su casa cuidando a su padre. Si aquellas dos muchachas ya no están en el mundo, ¿por qué pensamos que podemos hablar de ellas? Aquel tiempo fue para mí como uno de esos sueños de los que no queda nada al despertar.

Verá, yo no tengo televisión, ni la suelo ver. Pero hace más o menos un mes, en un bar cercano a mi casa, vi que estaban entrevistando a una mujer joven. No la habría prestado la menor atención si en ese momento no llegan a aparecer en la pantalla fotografías de Paulina. En una de ellas estábamos las dos juntas. Agarradas de la mano, junto a aquel estanque del que le acabo de hablar. Yo era amiga de la dueña del bar y le pedí que subiera el volumen del televisor. La entrevistada era una editora a la que Paulina había escrito unas semanas antes de morir. Acababa de terminar un nuevo libro y

le pedía que la fuera a ver, ella estaba enferma y apenas salía de casa. Le proponía un día y un lugar en Oviedo donde podían encontrarse.

Paulina nunca había sido como los demás escritores, contó aquella mujer a su entrevistadora. No acudía a las citas ni aceptaba entrevistas, no permitía que su fotografía apareciera en las solapas de los libros. Vivía aislada en un lugar del que nadie conocía su nombre y, tras la publicación de su último libro, se había sumido en un silencio que se prolongaba ya más de treinta años. La carta provocó el inmediato interés de la editora, que acudió expectante a la cita. Se vieron en una cafetería del centro de Oviedo. Paulina, que era una anciana, traía con ella el manuscrito de su nuevo libro, una novela de apenas cien páginas de extensión. Llevaba unas enormes gafas negras que le cubrían parte del rostro y tenía una palidez enfermiza. La editora le preguntó si se encontraba bien, y le dijo que se estaba muriendo. No quiso entrar en más detalles. Se limitó a entregarle el manuscrito y a pedirle que le escribiera cuando lo hubiera leído. Hablaron entonces del oficio de escribir. No era verdad que ese oficio te acercara a los demás, te alejaba de todo, te transformaba en un paria. El escritor era el extranjero por excelencia. Ni siquiera encontraba refugio en el libro que escribía. La escritura era un oficio de tinieblas, le dijo.

La editora la acompañó hasta la parada de taxis. Paulina andaba lentamente y necesitaba apoyarse en su brazo para no caerse. Los taxis estaban junto a un parque y la brisa acunaba las ramas de los árboles. Un camino de grava conducía hasta los escalones de un kiosco blanco. Paulina le dijo que era triste que ya no hubiera música en los parques, al aire libre, y que en la vida de las personas como ella sólo quedaran recuerdos. Bueno, añadió, puede que el cielo sólo sea eso: reencontrarnos con lo que fuimos perdiendo al vivir. A esas alturas estaba muy animada y no dejaba de hablar. Le dijo que en toda su vida jamás había podido dormir bien, y que de niña se levantaba antes que sus padres para buscar en los sitios que no se atrevía a explorar durante el día. Ya estaban junto a la parada de taxis cuando vieron a una pareja discutir violentamente. La mujer era muy joven y su cara estaba crispada por el dolor. Ninguna pareja es feliz, le dijo Paulina mientras los veían alejarse por uno de los paseos. Y sin embargo se empeñan en vivir juntos. El amor nos hace desgraciados, pero no podemos prescindir de él. Es extraño, ¿verdad?

La editora leyó la novela en el viaje de regreso a Madrid, sin pestañear, sin levantar los ojos de los folios pulcramente mecanografiados, sin una

sola corrección. Y esa misma noche, le escribió a Paulina una larga carta celebrando la escritura de aquel libro como un milagro. Todos hablarían de él cuando se publicara, todos se sentirían turbados por su belleza. Le envió la carta al apartado de correos que le había dado, pero Paulina no contestó. Le escribió otras cartas diciéndole que en la editorial estaban entusiasmados con el libro y que querían publicarlo enseguida, aprovechando la campaña de Navidad. Pero tampoco respondió a esas cartas. La editora viajó a Oviedo y visitó la cafetería y los lugares por los que habían paseado juntos con la esperanza de volver a encontrarla, pero fue inútil. Nadie la conocía, nadie sabía quién era, y como las únicas fotografías suyas que tenían eran de su juventud, tampoco le ayudó nada mostrarlas. En la editorial no sabían qué hacer, tenían un libro que querían publicar a toda costa, pero al desconocer el paradero de su autora no podían ponerse en contacto con ella para firmar el contrato y recibir su consentimiento. Y el libro se quedó olvidado en uno de los armarios cerca de un año más.

Un hecho fortuito vino a cambiarlo todo. Una chica que trabajaba ocasionalmente allí de lectora, y que estaba al tanto de lo que pasaba con el libro de Paulina, les escribió para decirles que había encontrado su tumba. Ella y su novio habían visitado por azar el pequeño cementerio de un pueblecito asturiano y entre sus tumbas vieron una lápida reciente, con un epitafio que enseguida llamó su atención: *Amor omnia*. La lápida no tenía nombre, pero el epitafio le recordó al momento el libro de Paulina, donde había leído esa frase por primera vez. Hizo averiguaciones y, en efecto, en el registro del cementerio comprobó que la tumba era la suya. La editora viajó de inmediato a aquel pueblo. El cementerio estaba situado en una ensenada muy hermosa. Adosado a una iglesia, sus cimientos quedaban dentro del arenal y, en pleamar, el agua llegaba hasta los muros de contención quedando una pequeña península cuya silueta se reflejaba irreal en las aguas tranquilas. Y allí, en aquel lugar mágico, estaba la tumba de Paulina Quiroga, con aquel epitafio que decía que el amor lo era todo. La editora contó esto a su entrevistadora mientras en la pantalla se veía una fotografía de Paulina de joven. Estaba en un campo de espigas. Llevaba puesta una bata muy ligera que el aire hinchaba a su espalda, como una nube que se hubiera posado en el campo, y tenía los ojos cerrados. Estaba muy hermosa, como si conociera uno de esos caminos secretos que llevan a la felicidad que todos deseamos recorrer. Yo sabía de donde procedía el epitafio que había en su tumba. Pertenecía a *Gertrud*, la película que

Paulina me llevó a ver una tarde y que pasaría a ser el centro de nuestras vidas.

Aún recuerdo la puerta que se cierra en la última escena de la película, mientras se oye el repicar de las campanas anunciando el fin de todo. ¿Había puesto aquella frase porque, a pesar de los años que habían pasado, se seguía acordando de mí? Publicaron el libro, y la editora y un grupo de amigos se desplazaron a aquel cementerio para llevárselo a Paulina. Lo dejaron sobre su tumba. Fue un acto muy bonito, que tuvo una gran repercusión en la prensa y que contribuyó a que el libro estuviera enseguida en los escaparates de las librerías, y que muchos lo quisieran comprar.

Tras aquella entrevista acudí a la librería más próxima para comprar el libro. Se había agotado y tuve que esperar unos días para hacerme con él. La librera era una chica joven a la que le hacía gracia que me acercara cada tarde a buscarlo. Yo veía que me miraba al entrar, que se fijaba en mi cojera, pues siempre he cojeado a causa de una poliomielitis que me dejaría para siempre una pierna más corta que otra. Y aquella muchacha no quitaba ojo de mis zapatos, uno de los cuales tenía un alza para contrarrestar el defecto. Era muy habladora y nos hicimos amigas. Me contó que había creído estar enamorada dos veces, pero que ninguna había durado mucho porque enseguida se aburría de los chicos con los que estaba. Decía que una historia de amor era como recibir a un extraño en tu casa. Algunos sabían comportarse y otros no, y a estos últimos lo mejor es que los echaras enseguida si no querías que te hicieran la vida imposible. Cuando por fin le llegó el libro, la joven me esperaba feliz. Me dijo que había aprovechado para leerlo esa noche. Y sí, le había gustado. Ya me estaba yendo, cuando me retuvo tirándome de la chaqueta. ¿Sabe una cosa?, me dijo. Una de las protagonistas del libro cojea de la misma pierna que usted. Me había bastado con leer el título del libro para sospechar que hablaba de mí, pero en ese momento tuve la certeza de que lo hacía.

Verá, tengo ahora setenta años, la edad según dicen en que uno debe prepararse para su encuentro con la muerte. Pero no veo cómo puede prepararse una para algo así. Además, de qué nos serviría hacerlo. La muerte no es nada interesante. Nos dice que vivimos para ser olvidados, lo que es una completa obviedad. No son las cosas que perdemos las que deberían preocuparnos, sino las que regresan a nosotros. El mundo de las preguntas y las apariciones. De ese mundo habla el libro de Paulina, ¿no lo cree así? Habla de la felicidad. La gente no sabe explicar qué es la felicidad,

pero no hay nada más sencillo. Es despertarse una mañana y descubrir que la cama en la que te encuentras y la persona que duerme a tu lado son justo la cama y la persona con las que quieres estar. Desear sólo lo que tienes, eso es la felicidad.

Paulina empezaba muy pronto las clases y yo tenía que levantarme temprano para ir a su casa a cuidar de su padre. Ella me esperaba en la puerta y, tras darme atropelladamente las indicaciones de lo que tenía que hacer, se despedía de mí, ya que siempre andaba con prisas. Su padre aún dormía y yo aprovechaba para ordenar y limpiar. Paulina era muy descuidada y me gustaba el desorden que dejaba en los cuartos al marcharse. Yo era como esas amantes que, tras una noche de pasión, no se atreven a tocar la ropa que queda tirada en el suelo por temor a romper el hechizo de lo que acaban de vivir. Recorría lentamente los cuartos y me quedaba mirándolo todo: las faldas y los libros abandonados, el jarrón que había en el alfeizar de la ventana, los platos del aparador, las sillas labradas. Sobre la mesita donde estaba el teléfono había un cuadro con un paisaje pintado. Era un lago muy azul, entre las montañas sembradas de nieve. Y en el lago había un botecito con un solo remo, Y yo me imaginaba a Paulina y a mí allí subidas. Aquel botecito con un solo remo ¿adónde nos llevaría?

En la mesa estaban sus libros y sus cuadernos. A veces los abría y leía las frases que escribía. Recuerdo una de ellas: Una amante sin su cuerpo, ¿qué puede hacer? Paulina era muy guapa y cuando ibas por la calle muchos se volvían para mirarla, ¿por qué decía que no tenía cuerpo? Era como si siempre viniera de robar cosas y, al llegar a casa, descubriera que no le servían. Tenía la belleza herida de esas muchachas que a pesar de su juventud ya han probado todos los dolores y todas las alegrías del amor. Le gustaba mucho el vino de Oporto y por la noche, tras acostar a su padre, me invitaba a una copa. Yo no había estado con ningún hombre y le hacía gracia que en el mundo todavía quedaran chicas como yo. Nunca había besado a nadie, nunca había acariciado otro cuerpo sólo por placer. Tienes que dejar a las monjas, me decía riéndose, te volverás como ellas. Me reñía porque vestía como una solterona. Las mujeres tenemos que amar nuestro cuerpo, la ropa que llevamos, si no, somos desgraciadas.

Una tarde me preguntó si creía en Dios, si pensaba que había un cielo detrás de la muerte, y no supe qué contestarle. Cómo decirle que el cielo para mí era estar a su lado. Yo vivía con otras chicas en un piso que las monjas tutelaban. Éramos chicas que no tenían padres o que habían sido

abandonadas o que se habían escapado de casa o que habían cometido hurtos y que los jueces enviaban allí. Chicas descarriadas que las monjas debían llevar por el buen camino. Algunas se escapaban y tardaban días en volver o desaparecían para siempre, pues nadie se molestaba demasiado en saber dónde iban. Las monjas les buscaban trabajos, casi siempre de criadas. Paulina las llamó para que le enviaran una chica para atender a su padre, y me eligieron a mí. No era rebelde, no daba ningún problema, como las otras. Las monjas me presionaban para que ingresara en el convento, pero yo no quería. En la iglesia había un Cristo al que todas iban a rezar. Tenía el cuerpo lleno de llagas y el rostro deformado por el dolor. ¿Qué podía hacer por nosotras, las tontas mujeres que vivíamos allí? Me daban pena las monjas. Vivían encerradas en corredores húmedos, sin apenas luz, enterradas en vida. Eran como niñas viejas. Iban a verte cuando regresabas del trabajo, y te pedían que les contaras qué habías hecho, con quién habías estado. Todas habían tenido un jardín, todos los niños lo tienen, que habían perdido al crecer. Paulina me regalaba ropa y a ellas les encantaba verla. Los sujetadores, las medias, todo lo que me daba. Algunas eran jóvenes y soñaban secretamente con llevar esas prendas, regresar a aquel jardín en que habían jugado de niñas. Me cruzaba con ellas por los claustros y veía sus rostros devastados por la tristeza. Se imitaban unas a otras hasta parecer idénticas. ¿Por qué seguían allí, por qué se condenaban ellas mismas a vivir en aquellos claustros helados? Todas deseaban huir, escapar cuanto antes de aquel lugar terrible. No se atrevían, porque la idea de hacerlo les provocaba remordimientos.

También Paulina pasea ahora por claustros tan helados como aquellos. Ella muerta y yo viva, ¿quién entiende este mundo? Recuerdo cuando la sentía andar por la casa, seguirme hasta la cocina, entrar en el cuarto donde me acostaba. Había sido una casa elegante, propiedad de un marqués, que con el tiempo y la falta de cuidados se había vuelto destartalada y vieja. Tenía un portal muy amplio, para que entraran los carruajes. Y al fondo, a la derecha, estaban las escaleras. La madera era casi blanca de tanto como la habían lavado con lejía. Aquella casa les había sido requisada a sus auténticos dueños después de la guerra. Los partidarios del régimen se repartían las propiedades de los derrotados como se reparten los muebles de los difuntos en una almoneda. Las escaleras estaban iluminadas por luz natural, pues en lo alto había una lucerna. En días de sol la luz era tan clara que se diría que el agua corría por los peldaños.

Una mañana, al entrar, vi que las paredes estaban llenas de hormigas aladas. Subí sin apenas hacer ruido, temiendo que pudieran echarse a volar y enredarse en mi pelo. Paulina me dijo que pasaba todas las primaveras. Las hormigas aparecían al atardecer, y llegaban a ennegrecer por completo la pared ahondando la oscuridad del portal. Pero el insecticida hacía su efecto y, al día siguiente, yacían en el suelo formando un oscuro serrín que la portera barría. Ya habían cumplido, sin embargo, su ciclo reproductor y un año después, por esas mismas fechas, invadían de nuevo las escaleras. La historia de las hormigas aladas está en el libro de Paulina, ¿lo recuerda? Carmiña, una de sus protagonistas, se llena de aprensión al verlas, pues la aterroriza la idea de que pudieran echarse a volar y caer sobre su ropa y su pelo. Le recuerda el temor que en su pueblo las niñas tenían a los murciélagos, sobre todo cuando llevaban vestidos blancos. Se decía que les atraía ese color y que si se prendían de las telas resultaba vano cualquier intento por hacerles soltar su presa.

La casa de la que habla Paulina en su libro es la misma en que vivía con su padre. ¿Quiere que le cuente cómo era? Estaba en un tercer piso, y había que subir setenta y cuatro escalones para llegar. Era el padre de Paulina quien los había contado cuando estaba muy enfermo y apenas tenía fuerzas para subir. Tenía cuatro balcones. Tres de ellos daban a una placita que tenía el nombre de una santa, y el cuarto a una calle muy estrecha que desembocaba en otra plaza donde había un cine. La placita de los tres balcones estaba llena de acacias, cuyas copas frondosas y frescas se llenaban al atardecer de gorriones. A la izquierda se encontraba el despacho del padre y a la derecha su dormitorio. El cuarto de estar estaba en el centro, y la habitación de Paulina daba a la calle lateral. Había dos cuartos interiores, y la cocina se comunicaba con una galería que daba a un amplio patio interior.

En la novela, ¿se acuerda?, fue por esa galería por donde Adela y Carmiña vieron entrar una noche a un ladrón en el piso de abajo, que era la casa de la dueña, que vivía fuera. Estaba llena de antigüedades y el ladrón había hecho un montón en el suelo con los objetos que se pensaba llevar. Adela tiró una moneda contra los cristales de la galería de abajo para advertir al ladrón que le estaban viendo y él, que era muy joven, se volvió y, al ver que eran dos chicas guapas, les sonrió con descaro, como si les dijera: ¿Por qué no venís aquí abajo conmigo? Se fijaron en la sábana en que iba poniendo los objetos que robaba, como una flor que acabara de

abrirse ante sus ojos, y enseguida le vieron perderse en el piso de abajo, como esos animales que te encuentras en el bosque y que, tras mirarte un momento, desaparecen en la espesura.

Pero nada de esto pasó de verdad, que en la novela de Paulina se mezclan las cosas que fueron reales con las que ella se inventaba. Lo que no exageró fue el desorden que había por los cuartos, que en eso las dos casas, la del libro y la real, en nada se distinguían. Las dos estaban llenas de libros, periódicos, revistas y todo tipo de sobres y folletos, pues el padre de Paulina había acumulado durante toda su vida cuanto papel escrito había caído en sus manos. No se podían tirar ni los prospectos de las medicinas ni las hojas de publicidad que depositaban en los buzones. Paulina había dejado de luchar contra esta obsesión de su padre, y no sólo no la molestaba, sino que había terminado por encontrarse a gusto en medio de aquel desbarajuste. Era como esas mujeres que no les importa que sus hijos dejen los juguetes y las cosas sin recoger, y que se quedan mirando aquel caos con admiración y pena, como anticipándose al momento en que ya no los tendrán en casa y los echarán de menos. Había pilas de periódicos viejos y revistas por los rincones, libros sobre las sillas, encima de los aparadores o debajo de las mesas, en el cuarto de baño y la cocina, amontonados junto a la bañera o el fregadero. No sólo eso, sino que su padre los cambiaba a menudo de lugar, y así, tan pronto se llevaba los montones de periódicos a uno de los cuartos de atrás, como los acumulaba junto a la puerta de forma que casi no se podía abrir.

No había forma de saber por qué. Te pedía que le ayudaras en aquellas mudanzas, pero nunca te revelaba los motivos que le llevaban a hacerlas. Y aquellos cambios tampoco duraban mucho, que lo que había trasladado a un lugar un día, a la semana siguiente era transportado a otro o terminaba olvidado bajo la cama. A veces, nos pedía que le ayudáramos, y Paulina y yo nos veíamos llevando libros y revistas donde él nos decía, aunque siempre terminaba enfadándose porque según él todo lo hacíamos mal. Me escondéis los libros para que no los encuentre, murmuraba enfadado. No era cierto, ni Paulina ni yo tocábamos sus libros. Era él quien los llevaba de un lugar a otro, olvidando cada día lo que había hecho el anterior, con lo que cada vez era más difícil localizar un libro concreto, que muy pronto todas las secciones estuvieron mezcladas y los libros de filosofía estaban con los de geografía y los de historia, y al lado de un libro de matemáticas podías encontrarte con uno de poesía o de teatro. Tampoco Paulina interrumpía esa

actividad frenética. Sólo cuando ya le veía muy cansado se acercaba y le decía dulcemente que dejara ya de trabajar, que al día siguiente los libros continuarían en el mismo sitio y podría seguir colocándolos a su gusto.

Aquel hacer y deshacer tenía un sentido que una tarde Paulina me reveló. Su padre buscaba un libro que había tenido una influencia decisiva en su vida, y que en su demencia imaginaba escondido en algún lugar de la casa. Pero ese libro no podía aparecer porque Paulina lo había quemado. Lo había hecho delante de él, arrojándolo a la caldera de carbón, porque en él estaban escritas con su propia letra las sentencias de muerte que había firmado después de la guerra.

Y Paulina me habló de las noches en que siendo una niña le había sorprendido con aquel libro abierto sobre la mesa, pasando obsesivamente sus hojas, leyendo los nombres de las personas que había condenado. Porque su padre había sido juez de responsabilidades políticas justo después de la guerra, cuando la represión fue mayor. Combatió al lado de Franco como alférez provisional, y al terminar la contienda se quedó en el cuerpo jurídico del ejército, pues había estudiado la carrera de derecho. Y casi sin darse cuenta se encontró participando como juez en los juicios que entonces tendrían lugar en cada rincón del país. Los dos bandos habían cometido un sinfín de atrocidades y crímenes, pero, con la victoria, y cuando ya no hacía falta, Franco llevó a cabo una feroz persecución de socialistas y republicanos con el único propósito de exterminar a los que no pensaban como él. No existía libertad de expresión, no se podían juntar más de tres personas para opinar pues inmediatamente el grupo era disuelto por la Guardia Civil. A la gente la obligaban a hacerse de la Falange. También obligaban a ir todos los domingos a misa. Había mucha censura, y no se podía decir nada en contra del régimen, porque te detenían. Los matrimonios y divorcios de la zona republicana quedaron invalidados, y fueron famosos los bautizos colectivos. Los aspirantes a empleos públicos eran investigados por si eran encontrados culpables de algo y los que no pasaban la prueba iban unos a la cárcel, otros a la calle o a trabajos que nadie quería: albañil, barrendero.

Todo esto me contó Paulina aquella tarde, aunque supongo que usted ya lo sabía y que no le estoy revelando nada nuevo. Fue la época de los juicios sumarísimos, de las condenas precipitadas, de la represión más brutal e injustificable, puesto que se ejercía sobre los que habían sido vencidos y no podían defenderse. El padre de Paulina se vio envuelto en todo aquello y

horrorizado por lo que tuvo que vivir no tardó en renunciar a su puesto de juez y en abandonar la carrera militar. Era un hombre noble y bondadoso, y participar en aquellos juicios pesaría como una losa sobre su escrupulosa conciencia el resto de su vida.

Pertenecía a una generación y a una clase que habían visto en el advenimiento de la república el ocaso del mundo en el que creían. Los desórdenes en las calles, las afrentas a la religión, los cambios sociales y la liberación de las costumbres sólo eran las primeras muestras de ese caos que se estaba extendiendo por todos los lados. Y se aprestaron a luchar contra él. Era una generación desorientada que vio en las ideas fascistas una oportunidad para crear un nuevo orden y restaurar el orgullo de la nación. Estaban asustados, tenían miedo a la desaparición del mundo que conocían. Tenían miedo a la revolución, a que los obreros entraran en sus casas, a que sus mujeres y sus hijas pudieran elegir por sí solas las vidas que querían. Tenían miedo a las blasfemias, a las iglesias profanadas, a un mundo sin aquel Dios en el que creían.

Entonces, y por su cuenta, el padre de Paulina fue anotando en aquel libro los nombres de las personas que iba juzgando y las condenas que se les imponía, muchas de ellas de muerte. Y al dejar el ejército se lo llevó con él. Pero algo le obligaba de vez en cuando a abrirlo y a leer los nombres de los que había condenado. Paulina tenía doce años cuando una noche sorprendió a su padre leyéndolo. Le preguntó qué leía, y él no pudo contener la emoción y entre lágrimas le contó la historia de su participación en aquellos juicios injustos. Sólo había sido en ellos un desdichado peón, pues los expedientes llegaban a sus manos con la sentencia ya escrita, que él se limitaba a firmar. Pero cada noche volvía a ver las caras de los pobres desdichados cuyas muertes había autorizado.

Paulina sólo tenía doce años, pero el haber crecido sin madre le había dado una madurez infrecuente a esa edad, y le pidió a su padre aquel libro. Ahora lo guardaré yo, le dijo. Y este se lo entregó sin protestar. Pero el padre lo buscaba por las noches y, al no encontrarlo, la despertaba para pedirle que se lo diera. Y ella tenía que hacerlo para que se tranquilizara. Una tarde se encaró con él y le dijo que lo iba a arrojar a la caldera de carbón. Lo haremos juntos, añadió, para que ya nunca lo vuelvas a buscar. Eso hicieron, y por un largo tiempo no se volvió a hablar del libro maldito.

Paulina amaba a su padre, y estaba convencida de que si había participado en aquellos juicios fue contra su voluntad. En las guerras

suceden cosas así, nadie hace lo que desea. Su padre era un hombre apacible y bondadoso que siempre estaba ayudando a los demás, y al que todos querían en el barrio. En ese tiempo había una canción muy bonita que hablaba de una paloma que se equivocaba en todo. Por ir al norte, iba al sur; confundía una falda con una blusa, el corazón de una muchacha con una casa donde quedarse. Su padre era como esa paloma. Se equivocó al no rebelarse contra una familia que limitó su vida y al quedarse en el ejército cuando terminó la guerra. Se equivocó al pensar que el mundo por el que luchó en su juventud era mejor de lo que en realidad era. A Paulina sólo le parecía uno de esos niños asustados a los que había que proteger de sus propios remordimientos.

Pero esos remordimientos volvieron cuando empezó a perder la cabeza a causa de su demencia. Entonces volvió a buscar el libro por la casa. Paulina le decía que era inútil que lo hiciera, que el libro ya no existía, porque lo habían quemado. Pero él seguía removiendo pilas de revistas, libros y papeles buscándolo. A aquellos periodos de agitación le seguían otros de profundo abatimiento que le llevaban a encamarse durante días enteros. Paulina me instaba a que no le dejara hacerlo, pues los ancianos que se acostumbraban a la cama terminaban por no levantarse más. Le obligaba a vestirse, pero al menor descuido había regresado a su cuarto y se había vuelto a acostar. Y como cerraba la puerta por dentro, tuvimos que quitarle el cerrojo. Daba igual, cuando decidía meterse en la cama no había forma de doblegar su voluntad. Se pasaba las horas muertas bajo las mantas, sin hablar, sin moverse, con los ojos cerrados, como si esa vida dormida fuera lo único que buscara. Daba igual que entraras en su cuarto abriendo persianas y cortinas, que incluso llegaras a retirarle las sábanas y mantas con las que se cubría, porque no te hacía caso. En el mejor de los casos, todo lo que conseguías era que se levantara para sentarse en su sillón de orejas, donde permanecía igualmente ajeno a cuanto le rodeaba. Pero tampoco entonces te podías fiar de él, que de pronto y, al menor descuido por tu parte, había cogido la puerta y había salido a la calle sin importarle cómo iba vestido, ni si iba en bata y zapatillas. No tardaban en traerle de vuelta, pues en el barrio le conocían todos y estaban al tanto de su demencia.

No protestaba, se dejaba conducir por los que le encontraban mansamente, sin expresar una queja, como esos niños que se escapan y que en el fondo están deseando que los encuentren para que los lleven de vuelta,

pues enseguida descubren que ese mundo en el que ahora están no es distinto del suyo. Yo le reñía a su regreso. Me va a matar a disgustos, le decía. Por las noches, cuando se quedaba dormido, Paulina me contaba cosas de su vida con él. Su madre había muerto cuando ella sólo tenía cinco años, y él nunca había aceptado esa muerte. Le llevaban flores al cementerio y cada noche se arrodillaban ante una fotografía suya para rezarle. Era como esas diosas paganas a las que los hombres hacen sus confidencias. Y ella le pedía que le salieran bien los exámenes, que los chicos que le gustaban le hicieran caso, que su padre no estuviera siempre triste. Una hija y un padre, viviendo solos, ¿qué pueden hacer? Hay amores que son como esas cosas que les pasan a los niños en los cuentos y que no hay forma de entender. De todo esto me hablaba Paulina cuando, al anochecer, podíamos tomarnos al fin unos minutos de descanso. Cuando te descuidabas te había llenado tantas veces la copa de oporto que no podías levantarte de la mesa. Una vez, su padre leyó en el periódico que en otros países se estaban empezando a utilizar incineradoras para desembarazarse de los cadáveres, y él le dijo que por nada del mundo quería que le quemaran al morir. No quería que desapareciera su cuerpo. Soñaba con volver a ver a su esposa más allá de la muerte con los mismos cuerpos que tuvieron en la juventud. Poder ver su cara, y que ella viera la suya, tal como eran cuando se enamoraron. Pero ¿acaso era posible algo así?, me dijo. No, no lo era. El amor no podía nada. Era como esos niños muertos que vagan solitarios por el mundo hasta que se confunden con la niebla y desaparecen. Nadie sabe qué quieren, por qué se empeñan en seguir buscando algo que nunca encontrarán. Paulina hablaba a veces así. Era como si dijera dos cosas a la vez, una que te gustaba oír y otra que te hacía daño.

Uno de aquellos meses, el padre de Paulina sufrió una embolia. Le llevamos al hospital, donde estuvo varios días en coma. Paulina y yo nos turnábamos para atenderle. Los médicos ya le habían desahuciado cuando despertó. No sabía quiénes éramos, no sabía qué era un jarrón con flores, qué era una ventana, qué querían las enfermeras que entraban a verle. Pero no se quejaba, ni pedía nada. Estaba muy hermoso en aquella cama. Era como un rey. No se movía ni se rebelaba, no parecía tener miedo a lo que le pudiera pasar. La cama estaba frente a la ventana y al atardecer el sol se derramaba sobre las sábanas y sus manos cubriéndolas de oro. Olvidar el nombre de las cosas, ¿eso era la belleza? Esa misma noche murió, sin decir nada, sin quejarse, como el que está muy cansado y sólo pide que le dejen

dormir de una vez, sin saber que ese sueño será para siempre.

Acompañé a Paulina en esos trámites tan dolorosos que siguen a la muerte de un familiar. Certificados, bajas en la Seguridad Social, impuestos, la elección del ataúd. Fuimos a la iglesia para encargar el funeral y, mientras esperábamos al sacerdote, Paulina se quedó mirando uno de los cuadros que había en la sacristía. Representaba el momento, tras el Juicio Final, en que los difuntos vuelven a la vida. Los ángeles tocaban sus trompetas y el cementerio se transformaba en una huerta cuyos frutos eran los cuerpos que despertaban de la muerte.

Al llegar a casa, el mundo entero cayó sobre mí. Yo pensaba que Paulina me iba a decir que me fuera, que al morir su padre había dejado de necesitarme, pero se puso a hablarme de todo lo que teníamos que hacer. Ordenar los cuartos, revisar los libros y revistas que se amontonaban por los rincones, hablar con alguna biblioteca municipal para ver si los querían. Y tampoco al día siguiente, ni en los que vinieron después, me dijo nada acerca de mi marcha. De forma que seguí trabajando en su casa hasta que el curso terminó. Limpiaba, ordenaba un poco los cuartos, recogía la ropa y preparaba la comida, pero ni Paulina ni yo tocamos en ese tiempo los libros ni los otros papeles que su padre había dejado, que era como si nos hubiera hecho herederas de un reino incomprensible y no supiéramos qué hacer con él. Y empecé a notar que, al atardecer, cuando se cumplía mi horario, Paulina siempre se las arreglaba para demorar mi marcha con todo tipo de excusas. Unas veces porque tenía que ayudarla con las notas de los chicos; otras, porque había que revisar los cajones de la cómoda para ver lo que se guardaba en ellos; o porque las cortinas del cuarto de estar ¿no teníamos que lavarlas ya? Y cuando se le acababan las excusas, me escondía el abrigo o los zapatos de calle para que no me fuera. Y así empecé a quedarme en su casa por las noches. Me decía que necesitaba sentir que había alguien con ella, de otra forma la angustia no le dejaba escribir. Así que terminaba sentada a su lado, leyendo los libros que me prestaba, mientras ella escribía. A veces levantábamos la vista a la vez, ella de sus cuadernos y yo del libro que leía, y nos quedábamos mirándonos. Trataba de entenderla, de saber qué quería, por qué me necesitaba. Las mujeres siempre tenemos miedo, me dijo una vez, miedo de darnos, de perder lo que tenemos. Amamos a medias, porque no queremos que nos hieran.

Y me convenció de que me quedara a vivir con ella. Sería sólo por un tiempo, mientras se ponía bien. Arreglamos uno de los cuartos y me instalé

en él. No tuve ni que llevar mi ropa, porque a ella le sobraba y, al tener la misma talla, podía ponerme la suya. Además, no le gustaba la ropa que tenía yo. Para Paulina la fealdad era una especie de muerte. ¿Sabes lo que le dijo la mariposa a la tortuga?, me decía: «Mientras sea bella estoy más viva que tú». Se ponía a escribir después de comer y aguantaba hasta bien entrada la noche. No le importaba que yo anduviera por la casa haciendo cosas. Luego me sentaba enfrente de ella, en una mesita que había junto a la caldera de carbón, y leía o hacía punto. La luz de la calle entraba por la ventana iluminando su rostro y sus manos y me preguntaba si sabía hasta qué punto la llevaba dentro de mí. No dejaba de mirarla a hurtadillas, pero ella apenas levantaba los ojos de aquellos cuadernos donde le gustaba escribir y que comprábamos en una papelería que había cerca de casa. Tenían las pastas azules y eran los que ella había utilizado en la escuela. Los escritores no sabemos escribir, decía para justificarse, somos como niños aprendiendo las letras. Una vez que no tenían aquellos cuadernos en la papelería, tuve que recorrerme media ciudad hasta dar con otra donde poder comprárselos. Cuando termine la novela, me dijo feliz cuando se los llevé, te la voy a dedicar a ti. Sí, porque era una novela lo que estaba escribiendo. Nadie la conoce, porque no se llegó a publicar. Fue su primer libro. Lo había abandonado durante la enfermedad de su padre y esos días, estando yo en su casa, retomó su escritura con intensidad. Eres tú la que me hace escribir, me decía. ¿Por qué decía eso? No era nada, no tenía nada, ¿cómo podía ayudarla a escribir?

¿Por qué envejecemos, por qué Dios nos quita las cosas que nos da? ¿Por qué permitió que viera a aquella periodista hablando por televisión, que me enterara por ella de que Paulina había muerto y que corriera a la librería a comprar su libro en vez olvidarme de todo y seguir con la vida que tenía? No era nada esa vida, pero al menos no había en ella dolor. Desde entonces, cuando pienso en Paulina, el dolor que siento es tan intenso que no puedo hacer nada, ni coger un plato o un vaso, ni pasar un paño por la mesa. La ansiedad me impide moverme, hablar. Me he vuelto una inválida, una inútil que no puede ni subir las escaleras. Pensé que todo esto pasaría con el tiempo, pero no ha sido así. Es más tolerable ese dolor, pero sigue vivo. Mejor así, forma parte de mí y no quiero que se vaya.

*La linda pelirroja*, así se titulaba el libro que estaba escribiendo. ¿Sabe por qué? Porque si su protagonista es pelirroja es porque también lo fui yo. Hablo en pasado, porque el pelo que veo ahora cuando me miro en el espejo

no es ni de lejos el que tuve. Entonces era del color de los bosques en otoño, cuando las hojas parecen arder. Paulina se enfadaba conmigo cuando me lo recogía, pues le gustaba que lo llevara suelto. Me decía que si algún día me lo cortaba se negaría a verme hasta que me volviera a crecer. Ay, aquella melena roja, ¿dónde estará?

Paulina era como esas campesinas que cuando bajan al río ven cosas que la gente de las ciudades no puede ver. En el libro que escribió mientras estaba con ella hablaba de esas cosas. ¿Por qué lo quemaría? ¿Se parecía al libro de su padre, el libro de su culpa? No te acerques a mí, me dijo una de aquellas tardes. Destruyo cuanto toco. No era cierto. Era de esas personas que nunca te dicen que te quieren, pero que a su manera siempre te demuestran su amor. No he olvidado ese libro porque lo escribió delante de mí. De vez en cuando se levantaba de la mesa y se sentaba en el suelo a mi lado. Permanecía un rato sin moverse, con la cabeza sobre mi regazo; luego, se levantaba y retomaba la escritura donde la había dejado. Cada semana, me leía lo que iba escribiendo. La historia estaba situada en la época más dura del franquismo. Su protagonista era una mujer joven. Su marido había sido herido gravemente durante la guerra, y no podía andar ni sostenerse sentado. Tampoco hablaba, ni sabía si la entendía. Se habían casado unos años antes de la guerra. Él era ingeniero y tenía que viajar con frecuencia para visitar las obras del ferrocarril. Y ella siempre le acompañaba. Fueron muy felices yendo de un pueblo a otro, durmiendo en posadas que muchas veces no tenían retrete ni donde bañarse. Pero a ellos no les importaba porque estaban juntos y se querían. Una vida sólo está vacía si falta el amor.

La guerra les pilló en Madrid y el marido se alistó en el ejército republicano. Estaban en la misma ciudad, pero apenas se veían, pues él tenía que permanecer en el frente. En uno de los bombardeos, una bomba le hirió gravemente. La mujer le buscó por espacio de varias semanas, hasta dar con él en uno de los hospitales. La metralla había destruido parte de su cerebro y no podía moverse, hablar, ni siquiera sabía si la conocía. Pero se lo llevó con ella. Al terminar la guerra, apenas tenían para vivir. Trabajaba en lo que le salía, limpiando escaleras, atendiendo a ancianos, en un hotel, de traductora en una pequeña editorial, pues hablaba perfectamente el francés. Y daba clases particulares. Uno de sus alumnos era un chico de quince años, que estaba haciendo el bachillerato. Vivía dos pisos más arriba del suyo, y empezó a darse cuenta de que sólo vivía para esperar el momento en que llamara a su puerta para recibir sus clases. Era muy tímido

y cuando sus manos se rozaban sobre la mesa, enseguida apartaba avergonzado la suya.

Ella era amiga de su madre, que era quien le había pedido que le diera clase de francés, al enterarse de que conocía esa lengua. Mientras estaba con su alumno, el marido permanecía acostado en la habitación. A veces le oían gemir y se levantaba para atenderle. En aquel cuarto, por mucho que limpiara y lavara siempre olía mal, y ella empezó a sentir asco de su marido y a desear su muerte. Luego se sentía culpable de esos pensamientos y se iba a confesar. Le contaba al cura lo que había deseado, pero no que ese deseo se había intensificado desde que el chico iba por su casa y le sentía junto a ella. En contraste con el cuerpo muerto de su marido, el de su alumno le parecía uno de esos cuerpos que al abrazarles en el agua no pesan nada. Sentía esto desde que, al abrir la puerta, lo encontraba en el descansillo con los libros bajo el brazo. La forma en que la miraba le hacía pensar en algo que le había pasado una vez. Acompañó a su marido en uno de sus viajes, y paseando por el monte se encontraron inesperadamente con un ciervo. Era muy joven, pues apenas le estaban despuntando los cuernos y, antes de escapar, se volvió para mirarla un instante. Lo hizo como si más allá de sus naturalezas distintas, hubiera en su mirada el mismo anhelo y el mismo desafío de los ciervos machos cuando buscan a las hembras de su especie. Y era ahora como si aquel chico, cuando le abría la puerta para dejarle entrar, la mirara con la misma expresión de temor y deseo animal. Pero dos ciervos perdidos en las escaleras de una casa, ¿a qué mundo pertenecen?, ¿qué pueden hacer?

Ella guardaba en su armario un vestido que no había llegado a estrenar. Era un vestido de verano, de una tela muy suave que se adhería a su cuerpo como una segunda piel. Lo había visto en el escaparate de una tienda y, aunque era muy caro, se lo había comprado porque su marido le había escrito para decirle que pronto la iría a ver, y quería estar guapa cuando ese momento llegara. La espera se prolongó dos o tres meses aún, y cuando por fin tuvo a su marido con ella ya no era la persona que había conocido, sino un ser destruido por la metralla. Y el vestido quedó olvidado en su armario. De vez en cuando iba a verlo. Abría las puertas y se lo quedaba mirando sin entender por qué si tanto lo deseaba no lo podía estrenar.

Y una tarde, mientras esperaba la llegada de su joven alumno, decidió ponérselo para darle la clase con él. No debió hacerlo, porque el vestido le robaba la voluntad y la obligaba a hacer cosas que sin él nunca se le habrían

ocurrido. Y así esa tarde se acercó al chico más de la cuenta, haciendo que sus piernas llegaran a tocarse, y con el pretexto de compartir el libro dejó distraídamente su mano sobre la suya. Y a la tarde siguiente también se puso el vestido para estar con él. Oyeron música por el patio de luces. Alguien había encendido la radio y ella le propuso bailar. El chico trató de negarse, alegando que no sabía hacerlo, pero le hizo levantarse y bailaron abrazados en el cuarto de estar. Le doblaba la edad, pero el cuerpo del chico superaba en volumen y fuerza al suyo. Sentía sus brazos alrededor de su cintura y su espalda, y le pareció extraño que, a pesar de lo nerviosa que estaba, su cuerpo se moviera con aquel descaro, como si tuviera una vida al margen de la suya y no necesitara pedirle permiso para hacer lo que le venía en gana. En el cuarto de al lado estaba su marido enfermo, las paredes estaban sucias y agrietadas y la casa por mucho que limpiara siempre olía a orines y a heces, y era como si aquel abrazo la librara de esa miseria. Se separaron cuando la música terminó, pero ella ya no pudo quitarse de la cabeza el cuerpo de aquel muchacho, el calor que desprendía, y la forma en que la había mirado cuando se separaron. Si ella estaba viva ¿por qué tenía que pasarse los días con un muerto?

Una tarde, al terminar la clase, le pidió a su alumno que le ayudara a llevar unos libros a un altillo que hacía las veces de trastero. Se encontraba al fondo de la casa y había que subir media docena de peldaños para llegar a él. Estaba lleno de cajas de sombreros, que el anterior inquilino había dejado al irse sin pagar el alquiler, y allí terminaron besándose. Él quiso hablar, decir algo, pero ella se lo impidió poniendo la yema de sus dedos sobre sus labios aún húmedos de saliva. Luego le acompañó a la puerta y se despidieron hasta la clase siguiente. Regresó con su marido, que permanecía inmóvil en la cama. Le estuvo mirando largamente, y se dijo que aquello no volvería a suceder. Pero unos días después volvió a levantarse en plena clase y salió del cuarto. El muchacho la estuvo esperando hasta que se asomó al pasillo para llamarla. Al fondo, estaban las escaleras que llevaban al altillo donde el día anterior se habían besado, y al ver la puerta abierta fue en su busca. Ella estaba entre las cajas de sombreros, esperándole en la completa oscuridad.

A partir de entonces, las cosas siempre sucedían de la misma manera. Se levantaba en plena clase y el chico, tras aguardar unos minutos su regreso, iba a su encuentro. Y la escena de los besos volvía a repetirse, siempre en la oscuridad, en completo silencio, como si los que se reunían

allí fueran dos que no eran ellos. Dos que nada tenían que ver con los que luego regresaban al cuarto de estar. No se sentía culpable por traicionar a su marido. Estaba unida a él por la enfermedad, pero había dejado de amarle. A veces soñaba con dejarle, hacer la maleta a escondidas y viajar a otra ciudad donde empezar de nuevo. Si ya estaba muerto, ¿por qué tenía que permanecer junto a él? Sólo aquel chico la hacía sentirse viva. Era el vestido que guardaba en el armario quien la había llevado hasta él.

Luego, cuando se veían por las escaleras o coincidían por la calle y él iba con su madre, ninguno de los dos decía nada, como si lo que pasaba en aquel cuarto no sólo pudiera existir a espaldas de los demás sino también de ellos mismos. No podía dejar de pensar en él, echaba de menos sus besos, era como una adicción. Le dolían el cuerpo, la cabeza, el vientre. Era una tortura cada día, cada noche que pasaba sin verle. Sobre todo, de noche.

El dueño de la casa era un hombre grosero y violento, y como ella se retrasaba a menudo con los pagos del alquiler, más de una vez le había sugerido que había otras formas de pagarle. Un día coincidieron en el portal y se puso a manosearla. El chico bajaba en esos instantes por las escaleras y, al oír sus gritos, corrió a defenderla. Pero aquel salvaje era mucho más fuerte y tras abofetearle brutalmente lo cogió por el cuello y lo retuvo contra la pared. Parecía dispuesto a ahogarlo, pero ella se interpuso entre los dos y logró que lo soltara. Pero tal había sido la brutalidad del ataque que, aterrorizado, el chico se había orinado en los pantalones. Humillado, escapó escaleras arriba y ella se revolvió contra el hombre. Le dijo que prefería verse muerta antes que permitir que sus sucias manos la volvieran a tocar. No podía olvidar la desolación de su joven amante al darse cuenta de que se acababa de orinar delante de ella, como si sólo fuera un niño al que todavía le tuvieran que proteger las mujeres. Y aquello le hizo amarle más.

Una semana después, el chico esperó a aquel bruto en el portal con una pistola que le había cogido a su padre y le disparó nada más entrar. La bala se estrelló contra el marco de la puerta sin llegar a herirle. El sonido del disparo hizo que varios vecinos se asomaran asustados. El chico huyó tirando la pistola al suelo y ella se abrazó a su casero suplicándole que no le persiguiera. Voy a acabar con él. Ese niñato al que te tiras se pudrirá en la cárcel, le dijo. Había oído hablar de la miseria, el frío y la brutalidad que reinaban en las cárceles de entonces, y de cómo muchos de los que entraban en ellas no salían jamás, o lo hacían enfermos o locos para siempre, y no podía permitir que su joven amigo pasara por aquel horror. Era sólo un niño

y no lo resistiría, y volvió a pensar en sus pantalones mojados por la orina. Y decidió ir a ver a su casero y pedirle que no le denunciara. Y qué gano yo a cambio, preguntó. Me tendrás a mí, le dijo. Llegaron a un acuerdo, el chico y su familia se irían de la ciudad esa misma semana y, cuando estuvieran a salvo, ella aceptaría ser su amante.

Así fue. Habló con la madre del chico y dos días después se fueron de la ciudad. Y ella se transformó en la amante de su casero. Era un hombre influyente al que, a pesar de estar casado y tener hijos, le gustaba pavonearse por la ciudad llevándola a ella de su brazo. Pasaron dos, tres años. Su marido había muerto, y se había transformado en la querida oficial de aquel hombre. A veces, pensaba en escapar, pero ¿adónde podía ir? Además, había algo que no se atrevía a confesar. Vivía sola, en un piso que su amante le pagaba, y donde él la visitaba algunas noches. A veces se pasaba semanas enteras sin ir, y ella acabó descubriendo que esperaba anhelante esas visitas. Era como si la hubiera pervertido, descubriéndole cosas de su cuerpo que desconocía y que deseaba volver a sentir. Se había olvidado de eso difuso y lejano que en otro tiempo había llamado amor. No sentía las cosas. Sus sentidos habían dejado de obedecerla. Tocaba aquella mesa, por ejemplo, y sólo percibía su aridez, la materia muerta de que estaba hecha. Todo lo demás le daba igual; las imágenes, los olores, las voces, se habían vuelto inapreciables para ella. Sólo las visitas de aquel bruto hacían aparecer esa otra que gozaba con sus palabras soeces, y que se pasaba las noches, sobre todo las noches, esperándole, porque en el fondo no era tan distinta a él. ¿Podía pasar eso? ¿Coger un camino que te llevaba sin darte cuenta a la indignidad y la depravación, y descubrir que te gustaba recorrerlo? Pues ella había tomado ese camino, y no sabía cómo volver. Una noche, dos años después, cuando salía con el bruto de un teatro, se dieron de frente con el chico. Iba vestido con sotana y tenía el pelo casi rapado. Y aunque ella vio su sorpresa, y la expresión anhelante de su rostro, pasó de largo fingiendo no reconocerle. Sabía cuál sería la reacción de su amante si le reconocía y no quería que arriesgara su vida; pero, sobre todo, tenía miedo a que sólo con mirarla a los ojos comprendiera en qué se había convertido, y que ya no era digna de él. Fue la última vez que lo vio.

La novela de Paulina tenía la forma de una carta que, muchos años después de los hechos, la mujer le escribía al chico, que ya era un hombre y se había hecho sacerdote. Ella se estaba muriendo en el hospital y en esa carta le pedía perdón por la forma en que se había comportado la última vez

que se vieron. Y le explicaba por qué había actuado así, y cuantas cosas le acabo de contar. Desde los momentos en que llamaba a su puerta para recibir sus clases y lo que sentía luego en aquel cuarto donde se amaban –«desde entonces, le decía, me llaman la atención todos los sombreros del mundo»–, hasta el vergonzoso pacto que tuvo que hacer con aquel bruto para que no le denunciara tras episodio de la pistola. No, no amaba a aquel hombre. ¿Cómo iba a amar a un ser así? ¿Cómo iba a hacerlo, sobre todo, después de haber estado en aquel cuarto con él? Si fingió no conocerle a la salida del teatro fue para impedir que su amante le reconociera. Aquel hombre destruía todo lo que tocaba. Era el mismísimo demonio y el tiempo que había pasado con él había sido como una de esas pesadillas que por nada del mundo deseas volver a tener. Al contrario de lo que había vivido en sus brazos, que había sido lo único real en un mundo de sombras. Se estaba muriendo y sólo le escribía para despedirse. No le pedía que la perdonara, ya que tanto daño le había hecho, sino para pedir su bendición. No era pedir tanto, ya que ahora era sacerdote y se la podía dar sin esfuerzo. Bastaba con que levantara su mano derecha y trazara con los dedos una cruz en el aire. Aunque, la verdad, más que su bendición lo que desearía eran sus besos. ¿O tal vez eran la misma cosa?

El final de la carta era lo más bonito. Le decía que toda su vida había vuelto a aquel cuarto donde se encerraban, que había seguido siendo su refugio, y que en los momentos más difíciles le bastaba con cerrar los ojos para volver a sentir lo que había vivido en él. Desde la emoción con que esperaba el sonido del timbre anunciando su llegada, hasta el calor que desprendía su cuerpo cuando abría la puerta y se apartaba lo justo para dejarle pasar. Y sentía, sobre todo, aquel deseo creciente que la invadía durante la clase y que, de pronto, la hacía levantarse y volar por el pasillo hasta refugiarse en el cuarto donde él entraría momentos después. Y luego el sonido de sus pasos por el pasillo, y el chirrido de la puerta cuando finalmente la empujaba para entrar, y sus movimientos entre las cajas de cartón mientras, ya en la oscuridad completa, la buscaba. Y enseguida aquel barullo de las cajas y los sombreros cayéndose por el suelo, a causa de todo lo que entonces pasaba.

¿Cómo se iba a arrepentir de eso? No, no se arrepentía, pero en ese caso ¿podía darle él la absolución? ¿Se podían perdonar unos pecados de los que uno no sólo no se arrepentía, sino que le gustaría a volver a cometer? Aquel momento a la salida del teatro fue a la vez el más atroz y el más hermoso de

su vida. ¿Quería saber por qué? Porque al verle con sotana comprendió que nunca pertenecería a ninguna otra mujer, que sería de ella hasta el fin de los tiempos. Se ha hecho sacerdote por mí, se dijo, porque no ha podido olvidar lo que hicimos en aquel cuarto. Qué tonta era, ¿cómo podía pensar algo así? Porque ¿qué hace la avariciosa, la que todo lo quiere, en el lugar en que nada se puede tener? El dios al que servía no era como el suyo, le decía en la carta. El de ella había creado el mundo, pero no se ocupaba de él. Se parecía a esos padres que tienen hijos y luego no se preocupan de si les va bien o mal, si son felices o no. El suyo, por el contrario, era el dios de las ventanas entornadas, de los corredores secretos, de las palabras nunca dichas, de los pies descalzos. Era él quien le había conducido a sus brazos. Lo que se salva, lo que queda cuando ya no hay nada, terminaba diciéndole, eso era el dios en que tú me enseñaste a creer.

Paulina mandó la novela a dos o tres editoriales, pero pasaron las semanas y ni siquiera le contestaron. Aquello la hirió profundamente. Por qué no contestan, decía, quién se creen que son. Se sentía humillada por la indiferencia que mostraban y una tarde quemó la novela. Yo no estaba en la casa cuando lo hizo. Una tía mía, el único familiar que me quedaba, enfermó gravemente y tuve que ir a Galicia a atenderla. Mi estancia se prolongó más tiempo del pensado, y cuando regresé cerca de un mes después, Paulina estaba fuera de sí. No te vuelvas a ir sin decírmelo, me dijo. No te abriré la puerta si lo haces. Dejó de hablarme durante varios días. No escribía, no hacía nada al salir de clase. Apenas paraba en casa y regresaba de madrugada, casi siempre algo borracha, pues en ese tiempo bebía más de la cuenta. Una noche entró a verme cuando ya estaba acostada y se acostó vestida en mi cama. Había bebido y apenas podía hablar. He quemado la novela, me dijo. La arrojé a la caldera. Y yo me acordé de cuando me leía al final del día lo que iba escribiendo, de las escenas tan bonitas de amor y de los pensamientos con que las adornaba, y sentí el deseo de llorar. No entendía por qué la había quemado, si tanto le había costado escribirla. Los escritores siempre están solos, sus libros no les salvan de la oscuridad, se confunden con ella.

Unos días después, Paulina y yo volvimos a hablar de eso mientras paseábamos por el parque. Había allí unos arbustos llenos de florecillas. Se agrupaban en racimos de un color blanco lechoso y desprendían un olor dulce que recordaba al del azahar. Me dijo que eran celindas, la flor de las que son inconstantes en el amor. Y añadió con una sonrisa: Como yo. Un

poco más allá, tumbado en un banco, había acostado un mendigo. A pesar de su abandono, tenía las barbas luminosas de los patriarcas de la Biblia. Si hoy viniera uno de esos antiguos profetas, me dijo, nadie le haría caso. Nos sentamos junto a una rosaleda. Era hermoso percibir el orden de las plantas, la armonía de las hileras, llenas de rosas grandes, abiertas como manos. Paulina me pidió que le contara cosas de mi vida. De cuando había estado interna en el colegio de chicas descarriadas. No se cansaba de escuchar unas historias que me entristecía recordar. Ella me animaba a hacerlo. Me decía que no tenía por qué avergonzarme. Nadie podía librarse de la humillación y la tristeza.

Y yo le hablaba de aquel internado, del frío que pasábamos en invierno. Nos levantaban muy temprano y para lavarnos teníamos que romper el hielo de jarras y palanganas. La iglesia no estaba menos helada. Ni siquiera protestábamos, éramos cobardes, nos avergonzábamos de nosotras mismas. Niñas que lloran porque se han caído y nadie viene a consolarlas, eso éramos todas. Y aquellas monjas no sabían tratarnos. Por eso se habían recluido en aquel convento, porque tampoco ellas sabían qué era el amor. Sus caras pálidas asomaban entre los hábitos, como los rostros de las ahogadas en el agua. Eran implacables con las chicas que las desobedecían.

Todas las faenas las teníamos que hacer nosotras. Fregar con estropajo las escaleras de mármol, hasta dejarlas blancas. Pelar patatas y otros productos de la huerta, fregar platos y sartenes. Teníamos tanta hambre que nos pegábamos por rebañar las cazuelas. Por un trocito de pan y un poco de azúcar te pasabas dos horas subida a las escaleras limpiando cristales. Teníamos que ir a recoger patatas a los campos que tenía el colegio, encerar suelos, lavar sábanas y manteles. Trabajábamos sin descanso. Nos enseñaban a leer y a escribir, las tablas de multiplicar, y un poco de aritmética y de geometría, eso era todo. Sin embargo, teníamos que aprendernos de memoria la historia sagrada, los cantos de las ceremonias y todas las oraciones que las acompañaban. Nos hacían coser y remendar sábanas. Preparábamos el ajuar que llevaban a sus bodas las novias, que nunca sabrían el sacrificio con que preparábamos las prendas que ellas llevarían en la noche de sus bodas, la tristeza con que lo hacíamos, pues esas prendas nunca serían nuestras. Nos encargábamos de coser vestidos, manteles, pañuelos, camisas bonitas, limpias, bordadas, todo aquello que nosotras no teníamos y que nos diferenciaba no sólo del mundo exterior, sino de una clase social distinta a aquella de la que proveníamos. Prendas

que nunca nos podríamos poner ni disfrutar. También trabajábamos haciendo ropa para el ejército, con máquinas industriales que nos llevaron, y confeccionando bolsas de plástico para grandes comercios. Pero de cobrar, nada de nada. Eso sí, tortazos todos los que quisieras.

Teníamos que renunciar a todos nuestros sueños de muchachas. Nos cortaban el pelo muy corto y sin gracia. Yo tenía una melena preciosa, y cuando me llevaron allí me la cortaron y me obligaron a sujetarme el poco pelo que me quedaba con una cinta, porque decían que los demonios se enrollaban en los cabellos. La ropa que nos daban no era mejor. Era ropa ya usada por otras niñas que habían estado en el internado antes que nosotras, o donadas por la Iglesia o por empresas o particulares. No siempre se correspondía con nuestras tallas, y las teníamos que arreglar como podíamos. No podías sentirte guapa, y cualquier adorno o coquetería estaba prohibido. Sólo los domingos te dejaban arreglarte un poco y si tenías un lazo, te lo ponías, o llevabas la bata o el vestidito un poco más limpio, eso era todo. Al edificio del internado lo llamaban en la ciudad la Casa del Sol. ¿A quién se le había ocurrido ponerle un nombre así? Aquella era la casa de las tinieblas.

A pesar de todo, había chicas que siempre estaban desafiando a las monjas. Escondían o robaban la comida, orinaban en los confesionarios, o se asomaban a las tapias para ver pasar a los obreros. Algunas se escapaban y cuando las traían de vuelta, sus ojos brillaban como carbones. Luego, en el dormitorio, nos hablaban de lo que habían hecho. De sus paseos por jardines y calles, viendo los escaparates de las tiendas. De las noches, cuando todas las luces se encendían y la ciudad parecía uno de esos grandes trasatlánticos que flotan en la oscuridad y que se dirigen a puertos desconocidos. Dos de ellas estuvieron fuera varias semanas. Consiguieron trabajo en un bar, fregando suelos y cacharros, y cuando les pagaron el sueldo se compraron vestidos nuevos y por las noches iban a bailar. Y nos hablaban de los chicos que habían conocido y de todo lo que hacían con ellos. A casi todas las traían de vuelta enseguida, pero algunas ya no regresaron nunca. Y nos imaginábamos cómo sería su vida en las ciudades a las que habrían llegado. Sus melenas habrían crecido y se habrían comprado vestidos con los que se pasearían por las calles haciendo que todos las miraran. Tal vez habían conocido a uno de esos chicos que son como esos lagos que da tanta pena mirar y a cuyo lado tienes que quedarte para siempre.

Luego, las reprimendas eran terribles, pues las monjas no soportaban que las desobedeciéramos. Nos castigaban de rodillas en la capilla, con los brazos en cruz, a pasarnos el día sin beber, a comer sólo pan o a rezar padrenuestros y avemarías hasta quedar exhaustas. Otras veces teníamos que cavar en la huerta, no importa el calor o frío que hiciera, o mezclar con los pies desnudos una mezcla de arcilla, arena y paja, con que fabricábamos los adobes que se vendían en los pueblos. Nos pedían que fuéramos obedientes, y aprendías que ocultando lo que pensabas, y siendo previsible y aduladora, obtenías tu recompensa. Mentir se transformaba en un acto de supervivencia y dejabas de preguntarte quién eras o qué querías hacer. Pero, aun así, bastaba con que a una se le escapara la risa en la capilla para que al momento todas estuviéramos riendo sin poder contenernos, como si hubiéramos sido poseídas por el mismo demonio. Todo tiene su tiempo, se lee en el Eclesiastés, y el nuestro no era aún el tiempo de esparcir piedras, ni el de aborrecer o el de destruir y llorar, sino el de plantar y curar, el tiempo de los desatinos y de los besos. Y las monjas nos miraban con ese recelo que siempre produce la felicidad de los demás.

Pero no todas las monjas eran así. Algunas eran jóvenes y guapas, y no podían dejar de sonreír con nuestras locuras, como si se acordaran del tiempo en que también ellas las habían hecho. Sus ojos se encendían en la capilla como si vieran cosas que nosotras no alcanzábamos a ver. Decían que estaban casadas con Jesús. Pero ¿por qué este no las hacía caso, por qué tenían que esperarle inútilmente en sus pequeñas celdas y en los claustros helados del convento? ¿Qué esposo querría un lugar así para reunirse con su amada? Eran como esas mujeres que se pasan el día cocinando y limpiando la casa y que cuando llega la hora de acostarse su marido sigue sin venir. ¿Era eso ser una buena esposa, que tu lecho estuviera siempre vacío?

Y sin embargo también ellas sufrían la maldición de Eva, y todos los meses tenían sus ciclos menstruales. ¿Cómo explicar lo que pasaba entonces? Si éramos todas mujeres, ¿por qué aquel hecho natural, propio de nuestra biología, era utilizado por las monjas para humillarnos? ¿Significaba eso que nunca habían aceptado sus cuerpos, que seguían considerando aquella sangre que cada mes brotaba de sus vientres como algo impuro, una maldición debida al hecho de ser mujeres? Todo lo que tenía que ver con nuestro cuerpo estaba proscrito. Te obligaban a lavarte con las cortinas descorridas para que no hicieras cosas malas, y con las bragas y la combinación puestas. Los días en que teníamos la regla nos

dejaban lavarnos con más frecuencia, pero si estabas castigada te impedían hacerlo, ya fuera invierno o verano. Una amiga fingió ser mujer sin serlo, para poder lavarse más y cuando fue descubierta la castigaron a lavar las compresas de las monjas jóvenes. Las ponían en sacos de ropa que cuando estaban llenos te obligaban a lavar. El olor que despedían aquellas toallas te hacía vomitar. La menstruación era un problema humillante, que nos hacía sufrir. No nos proporcionaban paños ni nada, y deberíamos solucionar el problema por nuestra cuenta buscando trapos que escondíamos bajo el delantal. Daba igual que protestáramos a las monjas. Para ellas ese problema no existía, o lo hacía sólo como una posibilidad de someternos y humillarnos.

Si Paulina cuenta todo esto en su libro fue porque yo se lo conté. Yo era una de aquellas chicas, aunque no fuera de las que daban más problemas. Me gustaba estar con las monjas, y hacer lo que me decían. Había crecido sin amor y tenía miedo a sentirme rechazada. Mi madre murió siendo yo niña y mi padre me dejó a cargo de una tía suya. Emigró a Argentina y al principio nos llegaban cartas en que nos contaba sus andanzas por esas tierras. Consiguió un trabajo en el Ferrocarril General Belgrano y nos hablaba de los lugares a los que tenía que viajar de su extensa red: Buenos Aires, Mendoza, Córdoba, Tucumán, Jujuy. En la provincia de Jujuy estaba la laguna de Leandro. Se contaba que durante la conquista los pueblos de la zona reunieron un gran tesoro para rescatar a su jefe, pero al enterarse de que los españoles lo habían asesinado lo arrojaron a la laguna. Los dorados colores que se veían al atardecer en el agua eran a causa de ese oro desaparecido. Apenas hubo otras cartas. Nos dijeron que había muerto en el derrumbe de un túnel, pero nunca supimos si era verdad o no. Y yo seguí esperando sus noticias durante años. Era como si hubiera desaparecido en la oscuridad llevándose no sólo su vida consigo, sino también la mía.

La vida es lo que uno hace con ella, suele decirse. Pero los que no tienen nada, ¿qué pueden hacer? A veces me quedaba mirando a las monjas en la capilla, la forma tan fervorosa en que rezaban a su dios, y el sentido de seguridad que obtenían de su entrega. Sin embargo, aquel dios no las hacía caso. Pasaban frío, no eran felices, se llevaban mal entre ellas, rezaban y rezaban, decían que le pertenecían, pero era sólo una ilusión. La soledad lo abarcaba todo. La soledad es terrible, llega a dolerte todo el cuerpo por su causa, como cuando eres pequeña y lloras.

También Paulina estaba sola, por eso no me dejaba marchar. Hizo que

me quedara en la casa con ella. No sé por qué, pues no la servía de nada. Eres mi virgen prudente, me susurraba. Decía esto por la parábola de los Evangelios. Pero ¿tenía yo una lámpara? A veces me despertaba por la noche y veía la luz de su cuarto. Había vuelto a escribir, pero esta vez no sabía qué, pues evitaba enseñármelo. No es nada, me decía, son sólo pensamientos tontos, cosas que se me ocurren, que ni yo misma entiendo. Yo pensaba en el libro que había quemado, en la historia de aquel chico y su profesora. No entendía por qué lo había tirado a la caldera con lo hermoso que era. No sabemos nada de nosotros mismos. ¡Si pudiéramos conocernos tal como somos de verdad! Pero eso no es posible. Somos como los actores en el teatro. Estamos acostumbrados a llevar máscaras desde pequeños. Todos las llevan. No hay nadie que nos vaya enseñando su verdadero rostro, como tampoco nosotros mostramos a los demás el que tenemos.

Algunas noches, Paulina venía a mi cuarto y se acostaba conmigo. ¿No ves que estoy enamorada de ti?, me decía sonriendo. Y pasaba lentamente la yema de sus dedos por mi cara. La luz de la calle se reflejaba en el techo de la habitación formando leves ondulaciones que recordaban los reflejos del agua en la superficie de los estanques. Anda, cuéntame más cosas de ti, me decía. Y yo le hablaba de aquel internado, de las cartas que mi padre escribía desde Argentina, de los años que pasé en Galicia con mi tía. Dormía en un jergón relleno con hojas de maíz, y me levantaba temprano para trabajar. Todos los niños lo hacían, pues faltaban manos para ayudar en el campo. Era una tierra húmeda y a veces tenía tanto frío que iba al establo y me pegaba a la vaca para recibir su calor. Mi tía era muy tacaña y yo me levantaba por las noches para robarle a escondidas la mermelada que preparaba. Muy cerca había un pueblo donde yo llevaba cada mes los tarros de conservas para venderlos. Había allí una pequeña tienda de juguetes regentada por un hombre mayor, que era portugués. Fabricaba muñecas, peonzas, cajas de música, juguetes de madera, que vendía por los pueblos. A veces llegaba hasta Santiago y otras ciudades de Galicia. Viajaba con una cuerda, pues estaba obsesionado con que pudiera incendiarse la pensión en que se alojaba, y llevaba la cuerda para, llegado ese caso, descolgarse por la ventana. Era un hombre desgarbado, con los brazos y las piernas larguísimas, de manos anchas y planas. Sus pies eran tan gigantescos que nadie en sus cabales habría querido robarle las botas. Vivía solo, nunca había estado casado y desconfiaba de todo el mundo.

Yo iba cada mes a llevarle la mermelada de arándanos que hacía mi tía. Me hacía entrar en el taller y me enseñaba los juguetes. En una cajita de madera guardaba una muñeca del tamaño de su mano que había tallado a imagen y semejanza de una actriz de la que había estado enamorado de joven. La hacía vestiditos y preciosos sombreros, y cuando yo iba a verla me la entregaba para que jugara con ella. Le gustaba ver cómo la vestía y desvestía. Yo la hacía pasear sobre la mesa, entre los platos y las migas de pan y frotarse contra sus grandes manos, en una de cuyas palmas terminaba acostándola a descansar. Y le gustaba sobre todo que, fingiendo hablar por ella, le riñera por las cosas que hacía mal. Por el desorden que había en el taller, por no recoger las herramientas, porque no cumplía con los plazos para entregar los juguetes y los niños se disgustaban. Eres malo, le decía la muñequita con mi voz, esta noche te irás a la cama sin cenar. No, por favor, contestaba aquel hombretón, sin cenar no. Pero esta era muy recta y le decía que estaba harta y que un día le iba a echar de casa y que no volvería a abrirle la puerta. Aquellas escenas, con los enfados de la muñequita y sus lamentos para que le perdonara, podían prolongarse varias horas, hasta que agotado por la excitación daba por terminado el juego y me mandaba bruscamente para casa.

Una tarde tuvo que salir inesperadamente, y la curiosidad me hizo abrir un cuaderno que estaba sobre la mesa. Era una especie de diario en el que iba anotando los pedidos que recibía, los viajes que tenía que hacer y otras cosas más personales, como que había visto a los chicos bañándose en el río o a su vecino llevando las vacas a pastar. Y, junto a estas últimas anotaciones, siempre había una cruz o dos. También cuando hablaba de mis visitas había cruces así. Hoy ha venido la niña de las mermeladas, escribía, y hemos jugado con Karen, que era el nombre de la muñeca. Y al lado había una cruz o dos. Dios todopoderoso, escribía en otra hoja del cuaderno, eres todo lo que tengo, mi destino está en tus manos. Debo someterme a tu voluntad, ¡dame una razón para vivir! Mi corazón y mi sangre ansían un amor.

En una de aquellas entradas, hablaba de un chico que yo conocía, y que pasaba por delante de su casa con sus vacas. Y había escrito: Lo deseo todo el día. Y eran tres cruces las que había puesto. A Paulina le divertía mucho esta historia y se reía mucho cuando yo se la contaba. ¿Sabes lo que significan las cruces?, me preguntaba. Yo le decía que no, y ella se reía más. Bah, déjalo, no tiene importancia. Yo insistía en que me lo dijera y

ella volvía a negarse. Es mejor que no lo sepas, me decía, no quiero corromperte. En la novela de Paulina queda claro el significado de esas cruces, pero cómo iba a pensar yo en algo así. Sólo tenía diez años, qué podía saber de las tribulaciones y deseos de un hombre mayor a causa de su soledad. Y recordé cómo me esperaba sentado a la mesa para que empezáramos a jugar con la muñeca. Y cómo lo que más le gustaba era cuando esta le castigaba. Has sido muy malo, tenía que decir yo como si fuera ella quien lo hiciera, a partir de ahora para hablar conmigo tendrás que mugir como las vacas. Muuu..., muuu..., gemía él, poniendo la cara sobre la mesa para ser castigado. Aquella muñequita no le pertenecía sólo a él, vivía en ese reino de silencio, soledad y belleza que era nuestro corazón, y sólo los tristes, los insensatos, los que nada tenían, se atrevían a llegar a ella y a hacer lo que les pedía. Puede que procediera del infierno, pero era dulce y terrible, porque dulce y terrible es el deseo.

Estas eran las historias de mi vida. Paulina las cuenta en su libro a su manera, cambiándolas un poco o atribuyéndome a mí cosas que se le ocurrían a ella. Y hay otras muchas que se calla. Siempre pasa eso, nunca lo contamos todo. Siempre hay cosas que no queremos o no sabemos contar, porque no tienen explicación. Por ejemplo, ¿recuerda el episodio de los camisones? Eso fue verdad, pero lo que no cuenta Paulina en su libro es que los camisones eran iguales. Una tarde se presentó en casa con ellos. Uno es para ti, me dijo señalándomelos para que eligiera el que quisiera. Son iguales, le dije, ¿cómo voy a elegir? En la vida siempre hay que elegir, me contestó. Por la noche, cuando ya iba a acostarme, se presentó con aquel camisón. Me hizo quitarme la falda, la blusa, las medias, para ponerme el mío. No seas tan vergonzosa, me dijo, entre mujeres no importa verse desnudas. Teníamos la misma estatura, la misma talla de pecho, y con aquellos camisones parecíamos gemelas. Se colocó detrás de mí y me hizo detenerme ante el espejo. Ella llevaba el pelo muy corto, y mi melena roja se derramaba sobre mis hombros. Puso su mano sobre mi frente para retirarme el pelo. ¿No ves que somos la misma mujer?, me dijo.

Dos gemelas que comen lo mismo, que terminan diciendo las mismas cosas, que todo lo hacen juntas, que incluso duermen en la misma cama, en eso nos transformamos Paulina y yo. Porque lo de los camisones fue sólo el principio y, a partir de entonces, cada poco Paulina se presentaba con prendas que compraba repetidas. Una vez fueron dos blusas; otra, dos sujetadores; otras, dos pares de zapatos o unos pendientes. Siempre pasa

eso, que te vuelves igual a los seres que amas. Si es una oveja, te vas tras ella en el rebaño; si amas a un gato, le sigues por los tejados; si es a una amiga, quieres llevar su misma falda y sus mismos zapatos. Una noche preciosa, salimos a la calle con dos vestidos iguales. Había una verbena a la orilla del río y nos acercamos atraídas por la música. Los chicos nos decían cosas, querían sacarnos a bailar y Paulina les contestaba riéndose que éramos siamesas y que si nos separaban podíamos morir. No parábamos de decir y hacer tonterías. Todos los amantes se toman a broma su propio amor. Todos quieren vivir en un cuerpo sólo hecho para la travesura y la dicha, como el de los pájaros cuando se persiguen por el aire por el simple placer de volar o el de los niños cuando corren con sus bicicletas. Son sus bromas las que los salvan de la locura y los devuelven al mundo que comparten con los demás. ¿Cómo podrían no perder del todo la cabeza si no se rieran de lo que les pasa?

Paulina me contó la historia de la comedora de castañas. Sucedió en Japón hace centenares de años. Un hombre tenía una hija muy hermosa que atraía a muchos pretendientes, pero la chica no comía más que castañas y no probaba ni el arroz ni otros cereales. Así que su padre le negó el permiso de casarse diciéndole: Las mujeres raras como tú no deben ir como esposas a casa de nadie. La enseñanza que quería transmitir la historia era que si queríamos ser felices debíamos vivir como lo hacían los demás, pero Paulina pensaba que si aquel padre había actuado así no era porque reprobara las rarezas de su hija, sino porque la amaba tanto que quería protegerla de un mundo donde esas rarezas no tuvieran cabida.

Paulina era una de esas comedoras de castañas. Recuerdo cuando la internaron en el hospital. Fue la segunda vez que estuvimos juntas. Llevábamos dos años separadas y tuve que ir a cuidarla. Había sufrido un ataque de pánico en una de sus clases en el instituto. De pronto se quedó quieta, mirando a sus alumnos, dominada por un sentimiento angustioso de muerte. La llevaron al hospital, donde estuvo internada un mes. Al enterarse de que yo trabajaba en ese mismo hospital como auxiliar de enfermería, pidió a la psiquiatra que la fuera cuidar. Teníamos la misma edad y a esta le pareció que mi compañía podía hacerle bien. Yo estaba molesta con ella porque no entendía por qué me había dejado sin explicación dos años atrás, pero acepté sin protestar. Si un pájaro entra en tu casa, ¿no haces todo lo posible para que no se vaya? Eso hacía yo con Paulina. La ayudaba a vestirse, la peinaba, paseaba con ella por el jardín. Le gustaba mirar los

magnolios, sus hojas aceitosas, sus flores tan blancas, y detenerse ante el pequeño estanque para contemplar las carpas doradas. Sacábamos libros de la biblioteca y se los leía al atardecer. Y no dejaba de contarle cosas. Ni yo misma entendía de dónde procedía esa locuacidad sin límites, ya que siempre había sido muy tímida y no era fácil sacar de mis labios tres palabras seguidas. Le conté la historia del abanico, la de la Virgen sin ojos, la del mercado de esclavos.

Las medicinas que tomaba la hacían dormir profundamente y, mientras, yo aprovechaba para mirarla. Su rostro se volvía más pálido y lejano con el sueño, como si flotara en el interior de un lago. Paulina solía decir que había que comprender las cosas con los ojos, no con el pensamiento, y eso me pasaba a mí cuando la miraba, que no había en mí pensamientos. Estar a su lado era como abrir el estuche donde Karen, la muñequita, dormía, jugar a vestirla y a desvestirla. Tenía que ver con la dicha, no con la verdad. ¿Pero dicha y verdad podían vivir separadas?

La historia del mercado de esclavos me la contó una monja del colegio. Era un poco lunática, y siempre estaba inventándose niñerías. Una vez la descubrieron en la torre del tejado, junto al nido de la cigüeña, adonde había subido para ver si los polluelos estaban bien. Cuando le reprobaron su conducta, les contestó que se lo había pedido Jesús. Le dijeron que por qué Nuestro Señor iba a pedirle algo así, y ella les contestó que Él siempre pedía cosas que no se entendían, de otra forma, ¿cómo explicarían que hubiera querido que lo abandonaran todo para vivir como mendigas en aquellos claustros helados? No comprendía el rechazo que los protestantes manifestaban hacia las imágenes sagradas, pues ¿cómo amar algo sin desear tenerlo delante de los ojos y demorarse en su contemplación? Una vez salió de su celda con una imagen del Niño Jesús y se puso a bailar arrobada con ella, lo que arrastró a las otras novicias a bailar a su lado como llevadas por una música que sólo ella parecía oír. Las monjas mayores la criticaban, la acusaban ante la superiora de jugar con las cosas sagradas, pero esta siempre la defendía. Es la única de nosotras que sabe lo que es el amor, les decía.

Una tarde le pregunté que por qué se había hecho monja, y me dijo que porque se había cansado de ser libre. De joven había sido rebelde y desobediente. Siempre estaba contestando a los mayores y se escapaba de casa para ir en busca de aventuras. Pero empezó a cansarse de esa vida. Los jóvenes que conocía se comportaban de una manera grosera y egoísta, y, a

fuerza de estar a su lado, se volvió un poco como ellos, y tan pronto se interesaba por alguno, como al momento se había cansado de él y no quería volverle a ver. Un chico se enamoró de ella y la seguía a todos los lados mugiendo como un ternero. Se agobió tanto que empezó a tratarle mal. Una noche de mucho frío a ella se le cayó al agua una boina que se acababa de comprar y el chico, que apenas sabía nadar, se metió en el río para recuperarla. Tuvieron que lanzarse en su busca y cuando lo sacaron, avergonzada del jaleo que se había preparado, hizo como que no lo conocía. No había olvidado su mirada de dolor cuando al tenderle la boina le dijo que no era suya y que no sabía por qué se la daba. Fue como cuando Pedro negó a Jesús. Un tiempo después le dijeron que el chico había dejado su trabajo y había vuelto a su pueblo. Y ella supo que lo había hecho por cómo le había tratado esa tarde en el río.

A la gente se le llenaba la boca hablando de la libertad, continuaba diciendo, pero esa libertad, ¿para qué la querías? Te volvía caprichosa y egoísta, te hacía tratar a los demás como si fueran juguetes de los que podías servirte a tu antojo porque sólo tus deseos contaban. Y empezó a cansarse de una vida así, una vida que no entendía, que la llevaba a hacer cosas que, cuando pensaba en ellas, no le gustaban, a ver en los otros un simple instrumento para lograr sus propósitos. Una vida en la que una simple boina podía ser más importante que las ilusiones de un chico desdichado. Y dio en imaginar lo bueno que sería que hubiera en la ciudad algo parecido a un mercado de esclavos. Una placita donde todos los que estuvieran cansados de ser libres pudieran ofrecerse a los ojos de los demás. Y que un muchacho, tal vez el mismo que había despreciado, pasara casualmente por allí y, al verla en el estrado con todos los que se vendían, la eligiera y se la llevara con él. Y así quedar protegida de sí misma, la dueña más feroz, por el manto dulce de la obediencia. Y eso fue lo que pasó, concluyó la monja, que una tarde Jesús pasó por ese mercado y, al verla allí esperando, se fijó en ella y la compró para él.

Paulina escuchó la historia hasta el final y me preguntó con una sonrisa: ¿Si existiera ese mercado, me elegirías a mí? Me puse roja como la grana y no supe qué contestarle. Pero luego, por la noche, tras darle la cena, me detuve un momento en la puerta y le dije que sí, que la compraría sin dudar. Luego, ya en casa, no podía dejar de repetir esas palabras: Te compraría, te compraría. Como palabras en una canción de amor.

A Paulina le hizo mucha gracia esta historia y en su libro se sirve de ella

en la escena en que Adela y Carmiña se conocen en la tienda de artículos religiosos. Pero ni yo trabajé nunca en una tienda así, ni Paulina y yo nos conocimos como ella lo cuenta. Paulina sólo tomaba de la vida las cosas que le gustaban, como si el mundo fuera una tienda en la que pudieras llevarte sin más problemas lo que querías para escribir tus libros. Una vez me robaron en la calle. Me detuve a dar una limosna a un mendigo y, mientras lo hacía, su compañera me robó la cartera. Paulina se rio cuando se lo conté. Eso te pasa por pava, me dijo. Luego, en la novela, lo cuenta a su manera. Carmiña regresa a casa y se encuentra con una mendiga. Es invierno y, como hace mucho frío, Carmiña se compadece de ella y le da la bufanda y el gorro de lana que lleva puestos. Pero la mendiga, que está temblando, le pide también el abrigo y Carmiña regresa a casa sólo con la falda y la blusa. Adela la riñe cuando se lo cuenta, ya que ha podido cogerse una pulmonía. Un día te pedirá un ciego los ojos y tú se los darás, le dice enfadada. Pero luego Paulina escribe en su libro: Cuando se entrega, así empieza la vida del corazón.

Y eso les pasa a Carmiña y Adela al conocerse, que se roban la una a la otra el corazón. Es la escena más bonita del libro. Adela pasa por delante del escaparate de la tienda de artículos religiosos cuando Carmiña lo está arreglando y permanece un rato observándola. La calle está llena de acacias y se extiende por el aire el olor dulzón de sus flores. Adela no tarda en irse, ya que tiene cosas que hacer, mas regresa antes de la hora del cierre y se detiene frente al escaparate. Allí están las casullas, los cálices, los libros litúrgicos, los vasos sagrados, las imágenes de santas y vírgenes, los ornamentos que precisan los sacerdotes para sus celebraciones y ceremonias. Y, al fondo, en el mostrador, ordenando papeles, ve a Carmiña. Entra fingiendo que quiere comprar una de esas figuras religiosas, y Carmiña se las va enseñando. Son imágenes de vírgenes con el Niño en los brazos, de santas que llevan sus pechos en una bandeja, que enseñan sus propios ojos en la palma de la mano, que llevan una astilla clavada en la frente o que tienen a sus pies una serpiente. Y le cuenta la historia de santa Lucía, la virgen luminosa que se arrancó sus preciosos ojos y se los envió a un enamorado para sanarle de su mal de amores. Lucía se quedó sin ojos, pero seguía viendo. A Adela le hace gracia aquel lugar, que es como si hubieran reunido en él a todas las comedoras de castañas de la tierra, pero a la vez sólo tiene ojos para la chica que se las enseña. Y se pregunta si también ella será una de esas mujeres raras que no deben ser esposas de

nadie. Y mientras Carmiña se las va enseñando, le va diciendo que no, que tampoco es esa la santa que quiere. Entonces, ¿qué hacemos?, le pregunta candorosamente Carmiña cuando termina de enseñárselas todas. Lo que quiero yo, le dice Adela sin dejar de mirarla, es comprarte a ti.

Pero no, Paulina y yo no nos conocimos como se cuenta en la novela, ni yo estuve nunca trabajando en una tienda como esa, que todo esto es ella quien se lo inventa. Su padre había enfermado y las monjas me mandaron para que la ayudara a cuidarle. Luego, tras su muerte, me pidió que me quedara un tiempo más. Pero esto ya se lo he contado, ¿verdad? Necesitaba mi compañía para poner un poco de orden en la casa.

Pero fueron pasando los días y todo permanecía igual. Guantes, botellas, cajas de medicinas, cordeles, bombillas fundidas, colecciones de sellos, cuadernos escolares, periódicos, zapatos viejos, seguían allí sin que Paulina se decidiera a tocarlos. En un cuarto de atrás, su padre había amontonado centenares de bolsas, que unas sobre otras llegaban a alcanzar la altura de un metro. En muchas había prendas de mujer. Era ropa de su madre: faldas, blusas, zapatos, medias. Paulina no se acordaba de ella, porque su madre había muerto cuando sólo tenía cinco años, pero aquella tenía que ser su ropa ya que su padre nunca había vivido con otra mujer. Encontramos fotografías que no conocía. En una de ellas su madre, muy joven, estaba con dos amigas, apoyadas en la verja de una iglesia. Llevaba una falda por encima de la rodilla y la cabeza cubierta con un pañuelo. Era la más guapa de las tres. Una de sus piernas se apoyaba en uno de los escalones y la otra ascendía hasta el siguiente, dejando al descubierto el comienzo de su muslo. Parecía la joven actriz de una película norteamericana. Hacía viento y la falda se tensaba sobre su vientre como la vela de una barca. Parecía un pájaro a punto de echarse a volar. Tener una madre dulce y coqueta es lo peor que puede pasarle a un niño, decía Paulina riéndose. Cuando crezca, no dejará de buscarla en todos los seres que ame.

Paulina se arrepentía de haber tirado a la caldera el libro donde su padre había anotado las sentencias de su época de juez. Pero era sólo una niña y no quería verle sufrir. La noche antes de quemarlo le había sorprendido pasando sus páginas mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. ¿Qué haces?, le preguntó. Estoy leyendo la historia del diablo, le contestó. Había en su rostro una expresión de horror, como si se hubiera quedado dormido y al despertar se descubriera en un mundo que no reconocía.

Siempre teníamos cosas que hacer, aunque no nos molestáramos

demasiado en terminar ninguna. ¿Qué prisa tenemos?, decía. Los tesoros de los mendigos, ¿quién los quiere? Paulina decía que la gente se empeñaba en ver su vida como algo que tuviera que completar, pero se equivocaba. La idea de un todo era una enfermedad de nuestra mente. Era mejor la imperfección, lo incompleto, vivir con la idea de que tenía que haber algo más. Su padre cogió la manía de acumular cosas cuando enviudó. Guardaba lo que había compartido con su mujer –abrigos, paraguas, libros–, como si de un momento a otro fuera a encerrarse allí para no salir nunca. Aquella casa era como una jaula que quería contener cuanto había sido de los dos. Inútilmente, porque lo que habían vivido en ella era tan ligero que ya no estaba allí.

Fue en esa época cuando empezó a comprarme ropa. Los camisones, las faldas, los zapatos, los broches para el pelo. Teníamos que llevarlo todo igual. Compró aquellos vestidos con los que íbamos a bailar. Eran de color azul, ajustados a la cintura, con una falda muy leve que se ajustaba a las formas del cuerpo. Las monjas nos hacían llevar medias incluso en verano, pero Paulina me dijo que me las quitara. Teníamos la misma altura, la misma talla, y con aquellos vestidos éramos como dos gotas de agua. Los chicos, no sé por qué, se volvían locos al vernos. Nos bastaba con ponernos a bailar juntas para que al momento tuviéramos una nube de ellos a nuestro alrededor. Paulina los rechazaba riéndose. No veis que estamos hablando de nuestras cosas, les decía. Tuvimos suerte con ellos. No hacían otra cosa que empujarse excitados unos a otros y reír mientras nos miraban. Era como estar rodeadas de niños asombrados al ver a dos chicas exactamente iguales. La pista de baile estaba a la orilla del río. Bailábamos bajo los árboles, de cuyas ramas colgaban farolillos de colores. Un conjunto tocaba canciones suaves y románticas y las parejas se movían enamoradas en la pista de baile, que brillaba como encerada. Recuerdo una canción francesa muy bonita que nos gustaba mucho. *Mon amie la rose* se titulaba. Cuando se levantaba la brisa teníamos que sujetarnos el vuelo del vestido como si el río se lo quisiera quedar. Vivíamos en ese mundo de la canción en que viven todas las parejas que se aman.

La escena en que Adela se viste de hombre para llevar a Carmiña a bailar es una invención de Paulina. Conmigo nunca se vistió así, aunque sí me dijera una tarde que le gustaría ser un hombre para poder bailar conmigo sin que nos dieran la lata. Muchas chicas bailaban juntas para provocar a los chicos que se acercaban a ellas. Pero nosotras no queríamos que nos

separaran. Paulina sabía algo de francés y, mientras bailábamos, me hablaba al oído en esa lengua que parece concebida para enamorar. En la novela hay una escena muy graciosa en que Adela le pide a Carmiña que le vende los pechos. Quiere salir con ella vestida de hombre y no quiere que se los noten bajo la camisa. Carmiña lo hace a regañadientes. Cuando termina, se vuelve a Adela y exclama: ¡Qué cosas me haces hacer! Luego entran en una de esas *boîtes* sin apenas luz donde las parejas van a abrazarse y nadie descubre que son dos chicas. Me pregunto por qué Paulina se inventó todo esto. ¿Soñaba con salir a la calle vestida de hombre? A veces nos pasa eso, que para amar a alguien queremos ser una persona que no somos. ¿Quería Paulina ser un chico, lo hubiera querido yo? No, yo no. Yo sólo quería ser la linda pelirroja que ella amaba.

Por las noches leíamos juntas, y me hablaba de los libros y de los autores que los habían escrito, pues desde que era pequeña no había hecho otra cosa que leer y leer. Me contó una cosa que le había dicho un profesor cuyas clases habían sido decisivas en su vocación de escritora. Paulina le llevó un relato que había escrito para conocer su parecer. Pasó el tiempo y, como no le dijera nada, fue a preguntarle. El profesor le explicó que, aunque el relato estaba correctamente escrito, tenía un grave problema: la joven que lo protagonizaba no merecía ser el centro de una historia. ¿Era yo como esa chica? ¿Tampoco merecía que se contara mi historia?

Hicimos un viaje. Paulina me hizo clavar un alfiler en el mapa de España con los ojos cerrados, y ese fue el lugar elegido. Tuvimos que coger un tren desvencijado que se paraba en todos los pueblos. La gente se subía a los vagones con todo tipo de productos del campo, gallinas y conejos vivos, cestas con frutas y verduras, artesanías, ya que en la ciudad a la que nos dirigíamos había ese día un mercado. Paulina estaba feliz entre aquella gente. Una señora le preguntó que a qué se dedicaba, y yo, muy orgullosa, le dije que era escritora. Luego, ella me lo recriminó. Yo no soy escritora, me dijo. Escribí un libro, pero lo quemé, ¿no te acuerdas? Seguro que escribes otro, le contesté. No, no lo creo, insistió. Para qué escribir si la gente ya no cree en nada. Si Sherezade hubiera nacido hoy hasta el sultán se habría dormido escuchándola. No, no era cierto. El mundo estaba lleno de historias que había que contar. Puede que nos engañáramos al creerlas posibles, pero ¿si nuestro corazón no fuera un poco bobo podríamos vivir?

En aquel vagón, una señora nos contó algo que le sucedió a una tía abuela suya. Nunca ha salido de su pueblo y va a la ciudad a visitar a una

conocida que está ingresada en el hospital. A su regreso, ve en una tienda un abanico precioso y, aunque es muy caro, se lo compra. En el tren hace mucho calor y lo saca orgullosa de su bolso. Nunca ha tenido un abanico así, y piensa complacida en el instante en que podrá enseñárselo a sus conocidas. El tren llega por fin a su destino y ella desciende arrastrando con dificultad su equipaje. Ya en el andén, se da cuenta de que se ha olvidado en el vagón el abanico. Sube corriendo a buscarlo, pero no está donde lo dejó. Alguien, «una ansiosa», se lo ha llevado. Está a punto de ponerse a gritar, de exigir a los pasajeros que se lo devuelvan, pero se anuncia la salida el tren y tiene que correr a la puerta. En el último asiento hay un hombre dormido. Sus gafas descansan sobre el periódico y ella se las roba, como un acto de reparación. Es corta de vista, y lleva años sin ver bien, pues en aquel tiempo la gente apenas iba al oculista. Se prueba en casa las gafas y descubre que puede enhebrar la aguja sin dificultad, y es capaz de ejecutar sin errar las puntadas más precisas. La pérdida del abanico le ha llevado al robo de las gafas, que le han devuelto la posibilidad de bordar otra vez. Es muy religiosa y ve en ello la mano de Dios. No se le ocurre pensar que ese milagro en el que cree es consecuencia de algo reprobable, un robo. Es esto lo que le señala una amiga a quien se lo cuenta. Esta es muy escrupulosa y le dice que tiene que devolver las gafas, porque Dios no ha podido disponer algo así. Por qué no iba a hacerlo, le contesta, ¿acaso nosotros entendemos a Dios? Y se queda feliz con las gafas.

La ciudad que visitamos estaba situada a orillas de un caudaloso río. Era una de esas ciudades castellanas en las que el tiempo parece haberse detenido. Los niños jugaban en una placita que había junto al hotel. Eran muy pequeños y sus madres los miraban desde los bancos. Ninguna madre sabe cómo son sus hijos, qué hay en sus corazones, ninguna sabe nada de esa isla perdida de la que proceden y a la que por mucho que se empeñen ya no pueden volver. La placita estaba llena de camelias blancas, cuyas flores flotaban entre las hojas como leves cuencos llenos de nieve. La belleza ¿qué era, por qué se presentaba así?, ¿para decirnos qué? Paulina y yo íbamos cogidas de la mano. Había allí una iglesia y entramos a verla. No había nadie y nos acercamos al retablo mayor. La Virgen, que era su figura central, estaba acostada en una cama, como si estuviera muerta. Una mujer se acercó a nosotras. Era la sacristana y nos dijo que aquella Virgen era Nuestra Señora del Tránsito. Su figura recordaba el momento en que María, antes de morir, había sido llevada al cielo por Dios. Era ya una anciana,

pero siempre se la representaba como una niña. La sacristana nos contó la historia de la iglesia. Pertenecía a unas monjas que se habían visto obligadas a abandonar su convento e instalarse en aquella ciudad por orden del obispo. Las monjas echaban de menos a la Virgen que habían dejado en su pueblo, por la que sentían una gran devoción. Un día, dos peregrinos les pidieron cobijo. Sabían tallar la madera y, al oír cuánto añoraban aquella Virgen, se ofrecieron a hacerles una con la condición de que no se empeñaran en verla hasta que estuviera terminada. Pidieron varias piezas de la mejor madera y se encerraron en la iglesia a trabajar. Pero pasaban los días y no terminaban su obra. Los dos eran jorobados, apenas comían y sólo trabajaban de noche. Una monja sorprendió a uno de ellos en el huerto. Estaba arrodillado en el suelo y tenía las manos y la boca manchadas de la tierra que se estaba comiendo. Al verla, se escabulló hasta la pared de la iglesia por donde ascendió a gran velocidad, como si fuera un lagarto. Otra vez, dos hermanas los vieron paseando por el campo. Sus cuerpos desprendían una luz azulada que iba dejando en el suelo un rastro luminoso. Estaban además sus extraños suspiros, y el hecho de que se alimentaran del aceite y la cera de las ceremonias. Decidieron ir a hablar con el obispo, pero no podían abandonar el convento. Iban a salir y una fuerza misteriosa les hacía desistir de hacerlo, y regresaban a sus celdas.

Y, como no parecían ir a terminar nunca, una monja joven no pudo resistir la curiosidad y entró a escondidas en la iglesia donde trabajaban. Vio que los peregrinos eran en realidad dos ángeles y que el resplandor que veían cada noche en las ventanas de la iglesia era el de sus cuerpos. Al sentirse descubiertos, los ángeles se fueron volando. Lo hicieron a través del muro de la iglesia, como si lo que nosotros creíamos real para ellos fuera sólo un sueño. La monja corrió a llamar a sus compañeras y todas se acercaron a ver la figura que los ángeles habían tallado. Era la Virgen más hermosa que habían visto nunca, mas al no haberles dado tiempo a terminarla le faltaban los ojos. Y fue así como se quedó para siempre.

Cuando la sacristana terminó de contarnos la historia vi que Paulina estaba llorando. Le pregunté, a la salida, qué le pasaba, y no me quiso contestar. Llegamos a una calle muy corta llena de tiendas: una zapatería, una sastrería, una ferretería, una tienda de ultramarinos. Un comercio situado en la esquina se llamaba Las Dos Tiendas, porque en él se vendían a la vez zapatos y prendas de ropa. Nos detuvimos ante el escaparate de la sastrería. En el interior había un matrimonio de ancianos. La mujer le

probaba al marido la ropa. Le tendía una gabardina, se la quitaba; le daba al momento otra y él la aceptaba sin protestar. Cuando ya la tenía puesta, sonreía al verse en el espejo. Tenía el rostro hinchado de los bebedores y su nariz era voluminosa y deforme. No decía nada, no asentía ni protestaba, se limitaba a tender y a recoger los brazos con la mansedumbre del ganado para facilitar la tarea a su mujer.

Para que veas, me comentó Paulina, ese hombre no se parece a ti. Todo se lo deja hacer. Decía esto porque antes de salir se había empeñado en que llevara una boina suya y yo me había negado porque era demasiado llamativa. Pero no era verdad que no le hiciera caso, hacía todo lo que me decía. Entramos en la tienda de ultramarinos. Tenían encurtidos en unos barriles, y Paulina compró aceitunas y pepinillos, que nos dieron en cucuruchos de papel de estraza. El tendero y una mujer vestida de negro hablaban junto al mostrador del fallecimiento de la madre de esta. La mujer le decía al tendero que lo único que la consolaba es haber podido verla antes de morir. Al llegar al hospital, su madre estaba acostada en la cama, sin fuerzas, y se quejaba de una forma inarticulada, casi inaudible, como hacían los gatitos recién nacidos cuando los arrojaban al río.

Al salir vimos a un chico detenido en la acera. Llevaba unas cajas y se había parado ante el escaparate de una carnicería lleno de los despojos de los animales sacrificados. Tenía una expresión extraviada, como si no terminara de entender por qué la gente pasaba delante de aquel horror sin apenas prestarle atención. Una mujer le llamó desde uno de los balcones. Tomás, hijo, pero ¿qué haces ahí? El chico despertó de su ensueño y se fue calle arriba. Nos acercamos al escaparate y nos quedamos mirando los mismos sangrientos despojos que había mirado él. Deberíamos comer llorando, ¿no te parece?, me dijo Paulina con una sonrisa triste.

Nuestro hotel estaba en una plaza cubierta de plátanos de sombra. Los jardineros habían hecho que sus ramas se fundieran entre sí hasta transformarlas en un único árbol. Debería poder hacerse eso con las personas, me dijo Paulina. ¿Te imaginas? Podríamos saber cada una lo que piensa la otra. A nuestro lado había dos mujeres jóvenes. Una de ellas le hablaba a la otra de su hija, una niña obediente y lista, pero con una incomprensible propensión a mentir. No sabía por qué lo hacía, ya que aquellas mentiras no eran para ocultar sus faltas, sino que carecían de utilidad concreta. A la madre le preocupaba aquel vicio y la castigaba cuando la descubría. Tenía miedo a que pudiera transformarse en una de

esas personas de las que todos se apartan en el futuro. Sólo se siente feliz dentro de la mentira, le dijo a su amiga con una sonrisa, es como esos gusanitos que viven escondidos en los frutos.

Fuimos al hotel. Estaba muy cansada, pues había pasado mala noche, y me eché un rato en la cama para descansar. Cuando me desperté, Paulina no estaba en la habitación. Aún no había anochecido y, tras arreglarme un poco, salí a buscarla. Estaba sentada en las escalinatas de una pequeña iglesia, rodeada de niños. Jugaban a adivinanzas. Uno tenía que explicar algo valiéndose sólo de los gestos y los demás trataban de adivinarlo. ¿Dónde he visto yo antes todas estas cosas?, me pregunté. ¿En el cine?, ¿en un sueño? Era como si las hubiera vivido en una existencia anterior. Paulina se despidió de los niños y vino corriendo hasta mí. Mira lo que he comprado, me dijo, tendiéndome una cajita. Había en ella dos anillos iguales. ¿Me estás pidiendo que me case contigo?, le pregunté divertida. Sí, eso quiero. Pero ¿cómo vamos a hacer eso si somos dos mujeres? Me contestó que eso no importaba. Si en los cuentos las mujeres se casaban con los animales, ¿por qué no iban a poder hacerlo entre ellas? Y tomando mi mano me puso el anillo en el dedo anular. Enseguida me tendió la suya para que se lo pusiera yo. Y, acercándose a mí, me besó suavemente en los labios. Estuvimos paseando por el parque agarradas de la cintura. Estaba lleno de pájaros que se perseguían y piaban enloquecidos entre las copas de los árboles. Deprisa, deprisa, parecían estar diciendo, que la vida no espera a los perezosos. Fuimos a cenar a un restaurante. Bebí más vino de la cuenta y cuando llegamos al hotel todo me daba vueltas. Paulina se sentó a mi lado en la cama y se quedó mirándome. ¿Sabes lo más bonito que me han dicho?, me preguntó. Fue en Lombardía, en un viaje que hice con una amiga cuando era muy joven. Un chico se acercó a mí y me dijo que miraba las cosas como si estuviera hablando con ellas. Así miras tú el mundo, me dijo al tiempo que se inclinaba sobre mí y me volvía a besar.

Me desperté en plena noche. Paulina permanecía con los ojos abiertos, absorta en los reflejos que la luz de la calle proyectaba en el techo. Me pidió que siguiera durmiendo. Al día siguiente, cuando desperté, no estaba en la habitación. Acababa de vestirme cuando sentí sus pasos en el pasillo y como, al entrar, vi que no llevaba el anillo, yo también me lo quité. Luego me lo ponía de vez en cuando, tratando de adivinar si también ella lo llevaría. Pero nunca volvió a hacerlo. Yo lo sacaba de su cajita para mirarlo y me preguntaba cómo habría sido esa vida que hubiéramos podido tener.

No, no es verdad que el pasado esté completo, que todo en él esté decidido para siempre: lo que hicimos, las cosas que nos pasaron. El pasado sigue vivo, hay puertas en él que aún piden ser abiertas, cuartos con alguien que espera que le beses para despertar. Era eso lo que significaba la historia de la Virgen sin ojos y la razón de que Paulina llorara al escucharla. Los ángeles no actuaron así para castigar la curiosidad de las monjas, sino para decirles que ese amor que buscaban sólo en la oscuridad podían encontrarlo. Tenían que quedarse sin ojos, aprender a ver sin ellos. Era esa otra mirada la que importaba.

Y eso hizo Paulina conmigo, me quitó los ojos. No veía si no estaba con ella, me daba contra las paredes si no me llevaba de la mano. Los ojos que yo tenía eran sus ojos. Y así ha sido desde entonces. No es tan grave, si los ciegos aprenden a vivir así, ¿por qué no iba a poder hacerlo yo? Además, para qué queremos los ojos si no podemos ver lo que nos gusta. Ahora entiendo a aquella niña, la mentirosa. Mentía porque quería más, porque no se conformaba con lo que tenía. También las monjas mentían. Toda aquella vida de oraciones, disciplina y ceremonias absurdas, qué era sino una colección de mentiras. Era su forma de hablar con un dios que también era una mentira, de pedirle que no nos dejara solos. Porque ¿acaso se puede vivir sin mentir? ¿Podríamos soportar la aridez de la vida, que no volveremos a ver a los seres que la muerte se lleva a su reino de sombras?

Nos fuimos al día siguiente. Mientras el tren iniciaba su marcha me quedé mirando la ciudad que dejábamos atrás. En apenas unas horas habíamos escuchado la leyenda de una Virgen sin ojos, las historias de una niña que mentía y de dos ángeles que se deslizaban por las paredes como lagartos. Habíamos oído decir a una mujer que en el momento de la muerte sólo éramos como los gatitos que se arrojaban al río cuando nacían. No cesaban las historias de los hombres. La de Paulina y la mía, ¿cuál era? ¿La contaría alguien alguna vez? Me quedé mirando a mi amiga, que sentada en el asiento de enfrente contemplaba por la ventanilla los campos que dejábamos atrás, y supe que sería ella quien lo haría. Por eso no me extrañó lo que oí decir a su editora aquella tarde en la televisión. Hablaba del libro que Paulina había escrito antes de morir y del epitafio que había mandado grabar en su tumba, y supe que el libro hablaba de nosotras. Tardé varios días en decidirme a leerlo. Lo abría al azar y me detenía en una hoja cualquiera. Y casi siempre las cosas que allí se contaban eran las mismas que nos habían pasado a nosotras. Incluso las que Paulina se inventaba no

me parecían menos ciertas que las que habían sucedido de verdad. Pero estaba sobre todo aquel imprevisto final. Ya le he hablado de él al comienzo de la carta. La mujer que intervino tras su charla en el casino dijo que era lo que menos le gustaba del libro, porque ¿cómo podía creerse nadie que fuera posible algo así? Usted le contestó que aunque las cosas que se cuentan en los libros no siempre sean reales eso no quiere decir que no las necesitemos. Además, ¿no era lo inverosímil lo que daba valor a las cosas? Era un razonamiento impecable, sólo tenía un problema: lo que cuenta Paulina al final de su libro era tan verdad como esta carta que ahora está leyendo usted. ¿Recuerda la escena de la nube de hollín? Está en las últimas páginas del libro y fue, al leerlas, cuando supe que lo que se contaba en ellas, por muy fantasioso que pudiera parecer, lo había vivido yo en uno de mis sueños. Y un sueño que se comparte ¿no se vuelve real?

Pero espere, espere, que aún no quiero hablarle de ese sueño. Lo hacía de aquel viaje, del momento en que tomamos el tren de vuelta a nuestra ciudad. ¿Lo recuerda? Paulina estaba sentada enfrente, y yo me pregunté al mirarla que cómo era posible que no nos hubiéramos visto antes. ¿Habríamos podido pasar por la vida como esos trenes que van de un lado a otro y que nunca se encuentran? Poco antes de separarnos, le hablé a Paulina de aquel viaje y de lo felices que habíamos sido. Aún seguía pensando en el hotel en que habíamos estado. Era como si no lo hubiéramos abandonado del todo, como si una parte de nosotras aún siguiera allí. Y si te dijera, me contestó, que no sabes qué pasó esa noche. Le pregunté que quería decir y me confesó que, mientras yo dormía, había querido matarme. Esa era la razón de haberme pedido a nuestro regreso que me fuera de su casa. Estaba segura de que, de continuar allí, habría terminado por hacerme daño. Se lo hacía a todos los que se acercaban a ella. Y recordé la expresión de locura que había en su rostro cuando, al despertarme en plena noche, la había sorprendido mirándome. Estaba furiosa, añadió, porque me quisiste abandonar.

No es cierto que la hubiera querido abandonar. Me fui de su casa sin avisar, pero no porque yo lo quisiera. Primero tuve que ir a Galicia a atender a mi tía, y al regresar hubo una intoxicación en la residencia de ancianos y las monjas me llamaron para que fuera a ayudarlas. Paulina se había ido de excursión con los chicos del instituto, y no pude decirle que pasaría varios días fuera. Murieron varios ancianos y pasamos cerca de un mes sin poder movernos de allí. La llamé varias veces, pero Paulina no me

cogía el teléfono, y cuando por fin tuve un momento para visitarla no me abrió la puerta. Paulina estaba furiosa y, por más que se lo expliqué, no quiso entenderlo. Decía que la había abandonado y que no quería volver a verme. Fue en esos días cuando quemó el libro que había escrito.

Hicimos aquel viaje para reconciliarnos. Lo pasamos muy bien y yo estaba feliz porque pensaba que las cosas volvían a ser como antes de lo que ella llamaba mi traición. Pero fue al regreso de ese viaje cuando Paulina me pidió por sorpresa que me fuera. No me explicó por qué. Me dijo que había decidido vender el piso y desprenderse de todo lo que en él había acumulado su padre. Y que ya no me necesitaba. Es más fácil vivir sola en la oscuridad, añadió, que arrastrar a otras personas contigo.

Pasaron dos años antes de que volviéramos a vernos. Fue cuando la ingresaron por aquel ataque de pánico. Yo entonces trabajaba de auxiliar de enfermería en el hospital y Paulina, al enterarse, quiso que la cuidara yo. Pero creo que esto ya se lo he contado, ¿verdad? No hablaba, no decía nada, se limitaba a hacer mansamente lo que se le decía. No parecía la misma, era como esas personas que pierden la memoria y no recuerdan quiénes son. Salíamos a pasear por el jardín. Le gustaba sentarse en los bancos más ocultos, de donde ya no se movía si no la ibas a buscar, era como esos animales heridos que se refugian a morir en un lugar donde nadie pueda verlos. Cuando le dieron el alta, la psiquiatra me pidió que me fuera con ella. Seguía sin hablar con nadie, y tenía miedo a que pudiera hacer una tontería si se quedaba sola. La casa estaba como la había dejado al irme dos años atrás. No parecía haber cambiado de sitio ni un solo papel. No hablaba conmigo, pero no me quitaba ojo. No te miraba como las otras personas, como me había mirado antes, sino como alguien que hubiera vivido toda su vida en la oscuridad y ve por primera vez las cosas de este mundo. Y siente miedo al descubrir cómo son. Una vez me olvidé los guantes y ella me lo hizo notar cuando estaba en la puerta. Estaba pendiente de mis menores gestos y reaccionaba a ellos con movimientos de los que no parecía consciente. Por ejemplo, si me sentaba en la mesita que había junto a la galería, ella se llevaba las manos al cabello para arreglárselo; cuando le acercaba algo, antes de cogerlo, se acariciaba levemente el pecho por encima de la blusa.

No sabemos qué hacer con nuestro corazón. Es como meter en casa un animal salvaje, un animal que está hecho para vivir en el bosque o en fondo del mar o de los lagos, con otras criaturas como él. ¿Cómo decirle que

respete las normas, los horarios, las obligaciones, que nos deje dormir, que si coge algo lo deje donde estaba? Es como esos niños chicos que no tienen tiempo de recoger su cuarto porque siempre hay algo nuevo que reclama su atención, y que tan pronto son dulces como corderos como se vuelven pequeños monstruos de maldad. Paulina era así, cruel y adorable a la vez. Pero no les pedimos verdad a los que seres que amamos, les pedimos vida. Y ni siquiera la confesión de que había querido matarme me hizo dudar de ella. Claro que, al principio, no la creí y pensé que sólo lo decía para provocarme.

Unos días después empecé a sentirme enferma. Me sentaban mal las comidas y tenía náuseas constantes. Estaba tan cansada que casi no podía levantarme de la cama. Paulina me atendía, se preocupaba por mí. Quiso llevarme al médico, pero yo me negaba. Una mañana, al recoger uno de sus cuadernos vi un recorte de periódico entre sus hojas. Se hablaba en él de un envenenamiento. La asesina, una mujer joven, había matado a su esposo con arsénico, que le administraba en pequeñas cantidades cada día. Y recordé que sólo unos días atrás Paulina había comprado un paquete de matarratas. Lo busqué por la cocina hasta encontrarlo abierto bajo el fregadero. ¿Me estaba dando a escondidas aquel veneno y por eso me sentía así? No huí de casa, no dije nada, y seguí tomándome la leche que me llevaba cada noche a la cama. Era como si la sospecha de que me estaba envenenando lejos de apartarme de Paulina, me uniera a ella por un vínculo aún más misterioso e indisoluble. Como mi debilidad era cada vez mayor, un día le pregunté si me estaba envenenando. Paulina se echó a reír y, sin dejar de tenderme el vaso de leche, me contestó. ¿Te gustaría que lo hiciera? Sí, me gustaría, le dije sin pensarlo. A partir de ese momento, empecé a sentirme mejor y muy pronto me había recuperado. No volví a hablar con Paulina de aquello. El paquete con el matarratas continuaba bajo el fregadero y me quedé sin saber si había intentado envenenarme o sólo había sido una fantasía mía.

Pero esa fantasía ya no me abandonó. Pensaba en ella cada vez que tomaba algo que Paulina me daba, o cuando acostada en la cama sentía que el sueño me iba venciendo. Ahora, vendrá a verme y me matará, pensaba. No tenía miedo, deseaba que lo hiciera. Y me veía a mí misma en los días en que estuve enferma y en que Paulina me llevaba el vaso de la leche que me tomaba con la duda de si me estaba envenenando o no, como había hecho la mujer de la noticia del periódico con su marido. Y aquello me

hacía sentir una calma como nunca luego he vuelto a experimentar. Pensará que estoy loca, que debieron recluirme en un manicomio, y puede que tenga razón. Pero ¿acaso lo que nos da la vida no es muchas veces lo que nos la quita?

Usted de Paulina sólo conoce sus libros. Se carteó con ella, y le mandaba los estudios que hizo sobre su obra, que ella nunca leyó, porque, como usted misma nos dijo en el casino, Paulina era como esas pájaras que aborrecen sus nidos si alguien los toca. Pero no la conoció de verdad, ni puede saber, por tanto, cómo era cuando vivimos juntas. Y sin saber eso, cómo puede entender lo que le cuento. Renegamos de nuestra juventud porque no queremos reconocer que lo mejor de nuestra vida acabó cuando la dejamos atrás. Pero si alguna vez hubiéramos sido capaces de volar, ¿lo olvidaríamos? ¿Olvidaríamos esa embriaguez, la sensación de estar suspendidas en el aire, de contemplar la tierra desde la altura? No, no podríamos. Ese cuerpo capaz de volar o de respirar bajo el agua es a la vez lo que perdimos y lo que no podremos recuperar nunca.

El anillo que Paulina me regaló hablaba de ese cuerpo. Aún lo tengo conmigo, y con frecuencia lo saco de su estuche para mirarlo. No me lo he vuelto a poner, ¿para qué iba a hacerlo si Paulina no me lo verá? A la vuelta de aquel viaje sí lo hacía, aunque sólo cuando ella no estaba. No quería que me viera con él, sabía que me tendría bajo su poder si me descubría llevándolo. Pero ¿acaso me importaba? Sólo era una mujer, y las mujeres, al contrario que los hombres, nunca hemos tenido miedo a reconocer nuestra debilidad. Es más, nos gusta jugar con ella como las niñas lo hacen con los vestidos que ponen a sus muñecas. Un día me olvidé que llevaba el anillo puesto y Paulina me sorprendió con él. Y me miró con una sonrisa triste, como si supiera cosas que yo desconocía y no me las quisiera decir. El anillo hablaba de esas cosas. Tenía que ver con ese cuerpo hecho para los secretos del amor. Las mujeres necesitamos esos secretos más que los hombres, son ellos los que nos protegen de su poder. Pero ese cuerpo desconocido se va para siempre, no hay forma de retenerlo en el mundo. Al cuarto de los sombreros no se puede volver.

Al salir del hospital íbamos mucho al cine. Íbamos, sobre todo, a aquellos cineclubs universitarios donde se podían ver películas que no se exhibían en los cines más comerciales. Se proyectaban en versión original, con subtítulos en castellano. Paulina decía que era como había que ver las películas, que doblar a los actores y a las actrices era un crimen. Para amar

a alguien tenía que gustarte el sonido de su voz. A mí me costaba seguir las películas así, sobre todo cuando había mucho diálogo y los subtítulos pasaban demasiado deprisa. Además, eran películas que no siempre entendía bien. Paulina me las iba explicando por lo bajo, y con frecuencia los otros espectadores nos mandaban callar, lo que a nosotras nos hacía reír. Y la verdad es que, si ella estaba conmigo, tampoco me importaba mucho no entenderlas. ¿Acaso entendíamos el mundo, las cosas que pasaban en él, entendíamos a las personas que amábamos? Paulina decía que debíamos aprender a conformarnos con la mitad del conocimiento, y eso hacía yo cuando estaba a su lado, conformarme con la mitad de la mitad. Vimos películas preciosas: *Juegos de verano, Sueño de amor eterno, Los amantes de la noche, Lilith, La sirena del Mississippi, El fantasma y la señora Muir, Persona.* Y una tarde en que no paraba de llover pusieron *Gertrud*, la película que cambiaría nuestras vidas.

Habíamos quedado en un café y Paulina llegó completamente empapada. Las luces del local se reflejaban en su piel y el agua le chorreaba por el pelo. El cine estaba enfrente y cruzamos la calle corriendo para refugiarnos en su vestíbulo. Allí estaba el cartel de la película. Se veía en él a una mujer mirándose en un espejo. Estaba vestida con un traje de otro tiempo y su expresión era distante y seria. Tenía una de las manos sobre el pecho, como si estuviera sujetándose algo que llevara al cuello. Paulina me preguntó si quería que entráramos a verla y le dije que sí con desgana, porque no me pareció una película que me fuera a interesar. Y así fue al principio. No había decorados bonitos, ni trajes que te gustara ver y ponerte, ni siquiera la actriz era especialmente guapa. Tampoco la historia me resultó interesante al principio. No estaba protagonizada por gente joven que enseguida sospecharas que se fuera a enamorar, sino por un matrimonio de personas serias y aburridas. La primera escena tiene lugar en el salón de la casa, donde el matrimonio está hablando. El marido es un hombre de vida acomodada al que le acaban de anunciar que le van a hacer ministro. Quiere a su mujer como si fuera una rutina más de las muchas que llenan su vida, y cuando le comunica su próximo nombramiento, esta le dice que le va a abandonar. Y le recuerda algo que él mismo le dijo cuando se prometieron, que si alguna vez uno de los dos quería recuperar la libertad, el otro no se negaría a concedérsela. En ese momento, le dolió que dijera algo así, por pensar que no la amaba lo suficiente, pero ahora es ella quien le pide esa libertad. Ha conocido a otro hombre, un joven pianista. Ha asistido a uno de

sus conciertos y se ha enamorado de él. Y en la película se ve el momento en que va a su casa y le entrega la partitura de una canción. Quiere que él la acompañe al piano mientras la canta. Es una canción que habla de una perla que se ha formado en la noche y que vive escondida en su alma.

Al salir del cine había dejado de llover. La calle mojada brillaba como el suelo de las cocinas que se acaban de fregar. Yo no había dejado de llorar en las últimas escenas y Paulina me miraba con curiosidad, como si estuviera esperando mis comentarios, pero tenía miedo a decir algo que la decepcionara y permanecí en silencio. Una mujer se había sentado en el borde de uno de los bancos. Era tan menuda que sus pies apenas rozaban el suelo y, a pesar de lo forzado de su posición, no se movía, ni hacía ademán alguno de irse a marchar. Parecía abatida y triste. Me acordé de un momento de la película en que el marido le pregunta a Gertrud qué está pensando. Pensaba, le contesta, en las pobres gentes que se permiten amar, aunque no tengan nada. ¿Era aquella mujer una de ellas?

Esa noche fui al encuentro de Paulina. Estaba escribiendo y, al verme detenida en la puerta, me llamó. Anda, ven, Chica Lista, me dijo separándose un poco de la mesa para que me sentara a su lado. Aún tenía el pelo algo húmedo y olía como esos gatos que entran en casa después de andar en la hierba. Yo pensaba en la perla de aquella canción y en todos los que encontraban perlas así en el fondo de su alma. Esas perlas, ¿por qué tras brillar un momento volvían a perderse en la misma oscuridad en que se habían formado? Me acordé del sueño en que Gertrud se ve corriendo desnuda por un bosque perseguida por una jauría de perros y se despierta cuando la alcanzan. Y de cómo, al terminar de contárselo a su amante, se vuelve hacia él y le pregunta: ¿Estamos solos en el mundo tú y yo?

Volvimos al cine al día siguiente, y al otro y al otro, pues no nos cansábamos de ver *Gertrud*. Las películas solían permanecer una semana en cartel, pero al quinto día la habían quitado. Nos alejábamos decepcionadas cuando nos chistaron desde atrás. Un hombre nos llamaba desde la puerta. Era el proyeccionista y nos había visto entrar un día tras otro en el cine. Paulina le habló de nuestra decepción al ver que ya no ponían *Gertrud*. Los cambios de programa solían ser los viernes y esta vez lo habían adelantado dos días. El hombre nos explicó que lo habían hecho porque aquella película nadie la iba a ver, pero que podíamos hacer una cosa: pasarnos por allí al día siguiente por la mañana. Aún no habían devuelto la cinta a la distribuidora y la pondría para nosotras solas una última vez antes de la

sesión de tarde.

Y al día siguiente nos bastó golpear levemente las puertas del cine para que aquel hombre nos saliera a abrir. La sala de butacas estaba vacía. ¿Dónde quieren sentarse las dos estudiantes?, preguntó. Elegimos las filas delanteras, porque a Paulina le gustaba ponerse cerca de la pantalla. Nos sabíamos de memoria los diálogos y los íbamos diciendo al tiempo que los protagonistas. Era extraño saber qué iba a pasar, que las palabras y gestos de Gertrud y su joven amante siempre fueran los mismos. Y pensé en lo hermoso que sería que también a nosotras nos pasara lo mismo. Volver una tarde y otra al mismo cine y, al golpear la puerta con los nudillos, que aquel proyeccionista, del que ni siquiera sabíamos el nombre, nos llevara al interior de la sala y que, tras elegir de nuevo las mismas butacas, volviéramos a contemplar la escena en que el joven pianista le pregunta a Gertrud quién es realmente. Soy muchas, todas distintas, le contesta. Soy el rocío que gotea en los árboles, la nube blanca que navega no se sabe hacia dónde. Qué más, insiste él. Soy la luna, soy el cielo. ¿Aún eres más cosas?, le vuelve a preguntar. Sí, soy una boca que busca otra boca. Y que, mientras se iban diciendo estas cosas, Paulina las fuera repitiendo por lo bajo, moviendo los labios al tiempo que lo hacía Gertrud. Parece un sueño, diría entonces el amante. Es un sueño. La vida es un sueño, contestaría Paulina. ¿La vida?, volvería a preguntar él. La vida es una larga cadena de sueños que se mezclan unos con otros, dirían Paulina y Gertrud a la vez. ¿Y la boca que mencionaste? Un sueño. ¿Y la boca que buscaste? También un sueño, volverían a decir las dos. ¿Por qué aquello no podía pasar? ¿Por qué nuestra escena en el cine no podía repetirse eternamente al tiempo que la de aquellos amantes en la pantalla?

Estás loca, me dijo Paulina cuando se lo conté a la salida. Estás como una puta cabra. Íbamos cogidas de la mano y permanecimos un rato en silencio. Paulina me habló entonces de lo que acabábamos de vivir. Habíamos estado yendo a aquel cine toda la semana y casi siempre estaba vacío. No entendía por qué nadie iba a ver *Gertrud*, o por qué los pocos que lo hacían abandonaban aburridos la sala antes de que terminara. Aquella película, ¿por qué no interesaba a nadie? Nos paramos ante el escaparate de una tienda. Había allí un vestido muy bonito y Paulina se quedó mirándolo. Vamos a probárnoslo, me dijo. Primero se lo puso ella y luego yo. Pero era muy caro y nos fuimos sin comprarlo. Me dio pena, pues el vestido le sentaba muy bien. Me encantaba ponerme su ropa, y a veces lo hacía a

escondidas cuando no estaba en casa. Me bastaba con abrir el armario para sentirme embargada por la emoción. Aquellos vestidos recordaban el que se ponía la protagonista del libro que Paulina quemó para recibir a su alumno. Como pasaba en los cuentos, eran los árboles y la noche quienes se los daban a las mujeres.

Lo siento, perdone, no sé por qué le cuento estas cosas. Soy una vieja, es lo que me pasa. Y a estas edades sólo existe el pasado. Recuerdo cuando me llevaron al internado del que le hablé. Por las noches, en la cama, cerraba los ojos y, para defenderme de la angustia, borraba de mi mente los recuerdos del día, las palabras, los gestos, las procacidades, hasta dejarlo vacío. Hacía todo lo posible para que no se fijaran en mí. No hablaba, no participaba en los juegos de mis compañeras, ni en sus conversaciones ni en sus locuras. Las chicas se fugaban a menudo del colegio y una vez me llevaron con ellas. No tardaron en cansarse de mí. Me abandonaron en una esquina y me dijeron que no tardarían en volver. Había mucha gente en la calle y no sabía qué hacer, adónde ir. Una mujer muy amable se detuvo a mi lado y me preguntó si me había perdido. Pero no me salía la voz y decidí hacer como que no la veía. Se acercaron otras personas. Creo que es ciega, dijo una de ellas. No tardaron en acercarse los guardias. Los sentía moverse a mi alrededor, y fingí que estaba ciega y no podía verlos. Ser ciega era estar escondida, que no supieran nada de ti. Me llevaron al colegio y las monjas descubrieron el engaño, lo que me valió un riguroso castigo. Tuve que fregar escaleras y retretes, me daban de comer agua, pan y un poco de queso, porque decían que me había burlado de todos. Pero no era cierto, no había querido ofender a nadie. Mi sueño era poder ir por los pasillos del colegio, entrar en el comedor y en la capilla sin que nadie se diera cuenta, como pasa con los muertos. Porque ¿no era de verdad una muerta? Recorría el mundo en busca de algo incomprensible, viendo como todo lo que había amado se transformaba en sombra. También a Gertrud, en aquella película, le pasaba lo mismo. Por eso le pide a su joven amante que se vaya con ella, que se olvide de sus amigos, de sus juergas, le pide huir juntos a un lugar donde nadie los encuentre. No sólo por el amor que se tienen, sino también por su música, para que pueda transformarse en ese artista que puede ser. Como si aquellas dos cosas, la música y el amor, necesitaran la oscuridad para florecer. Es como la Virgen sin ojos de la leyenda, pide a los que la aman que se aparten del mundo si quieren estar con ella.

Hay otro personaje en la película, un poeta que la amó. Se ha hecho

muy famoso y llega a la ciudad para recibir un homenaje. Es él quien le cuenta a Gertrud que su joven amante anda pregonando que se acuesta con ella y le pide que lo deje todo y que se alejen juntos de allí, retomar el amor que se tuvieron en su juventud. Pero Gertrud le contesta que es demasiado tarde. No hay felicidad en el amor, añade. El amor es sufrimiento, el amor es la desgracia. En el libro de Paulina, es Adela quien repite esta misma frase la tarde en que le cuenta a Carmiña su historia con la chica del instituto. ¿A que se acuerda de ella? Es extraño que no mencione la película de la que procede, ni cuente nada de la semana en que estuvimos viéndola una y otra vez. Que no hable de aquel proyeccionista, ni de la tarde en que puso la película sólo para nosotras.

Pero ¿aquello se podía contar? ¿Se podía contar qué hacíamos en el cine, la razón por la que nunca nos cansábamos de ver aquella película y que, a partir de entonces, repetir la frase con que el proyeccionista nos recibía *–¿dónde quieren sentarse las dos estudiantes?–* nos llenaba de felicidad? Sí, ya lo sé, todo lo que pasa en esa película es un disparate. Gertrud es implacable con los hombres que la aman, les exige lo que nadie puede dar: una entrega absoluta. Hay un momento en que dice que no se conforma con ser una cosa con la que se juega de vez en cuando, pero ¿es malo eso? ¿Por qué no conformarse con esos juegos, como hacen los niños? No, ella no quiere. Profesa una religión incomprensible, dulce y cruel, como todas las religiones: la religión del amor. Y Paulina era como ella.

¿También lo soy yo? No, yo no. Yo no tengo nada, no soy nadie, ¿cómo puedo saber qué es el amor? Mi madre murió cuando sólo tenía cinco años y a mi padre apenas le conocí. Emigró a América y, aunque al principio nos enviaba cartas cada mes, muy pronto se cansó de hacerlo y dejamos de saber de él. Tampoco con mi tía me fue mejor. Se ocupaba de mí con la misma desgana y el mismo fatalismo con que atendía al ganado. Y para qué hablar de mi ingreso en el correccional cuando ella murió, de mi vida con las monjas y con las chicas que tenían a su cargo. Mentían, se escapaban por la noche, fumaban y bebían a escondidas, se acostaban con el primero que pasaba y se quedaban embarazadas. Las monjas les quitaban los niños que tenían, aunque ellas se los quisieran quedar. Les decían que habían muerto en el parto y se los daban o vendían a familias cristianas que no podían tener hijos y que fingían que eran suyos. Las oía llorar por las noches, veía sus blusas mojadas de leche, su deambular errático por los pasillos del internado, como si siguieran buscando a los pequeños que les

habían robado; y veía a aquellas madres cristianas llevárselos a escondidas como el que entra en un huerto y se lleva bajo la ropa la fruta que roba. Una tarde hablé de esto con un confesor. Era un hombre comprensivo que apenas te ponía penitencia para darte la absolución. Le conté lo que había visto y le pregunté si era cierto que las monjas vendían a los niños. Me dijo que sí, que lo hacían para que pudieran recibir una educación cristiana. Pero ¿es cristiano quitarle un niño a su madre?, le pregunté. No, no lo es, me contestó. Lo vi en la huerta unas horas después. Estaba detenido frente a una tapia, observando los pequeños escondites de las lagartijas. ¡Qué listas son las jodidas!, exclamó al verme. Me contó que al sentirse en peligro se desprenden de sus colas, que quedan agitándose un rato llamando la atención de su perseguidor, lo que aprovechan para escapar. Ya se estaba yendo cuando se detuvo un momento y se quedó mirándome. No pienses en los niños de tus amigas, simplemente no debieron nacer. Ninguno debimos hacerlo. Todos hemos venido al mundo para ser abandonados.

Me acuerdo de cuando íbamos a la iglesia a rezar, de los santos y vírgenes que estaban en los altares y con los que hablábamos como si pudieran escucharnos. Eran como esos trampantojos que en los teatros te hacen creer que es verdad lo que ves y de los que no queda nada cuando baja el telón. Las oraciones, los cantos, las velas encendidas, ¿para qué servían entonces? ¿Para qué el incienso que se quemaba, los blancos manteles en los altares, para qué las temblorosas flores, el oro de los retablos, las heridas de Jesús? ¿Por qué bendecir el agua, guardar silencio durante el ofertorio, acercarte con las manos unidas a recibir la comunión, si nada de aquello te libraba del frío de los dormitorios, de los lloros en la noche, de nuestras bragas manchadas de sangre? ¿Por qué si el cuerpo de Jesús había entrado en nosotras al comulgar seguíamos siendo igual de miserables y no podíamos tocar las llamas sin quemarnos, hacer que las puertas se abrieran cuando se lo pidiéramos o que nuestras madres salieran de sus tumbas para venir a buscarnos y cubrirnos de besos?

Paulina tenía su propia fe, su propia religión. Tenías que hacer lo que te pedía, aunque no la entendieras. Lo hacías para que no te abandonara. No soy yo, es el amor quien lo quiere, parecía decirte sin abrir los labios, porque la palabra amor no se podía pronunciar. Odiaba todo lo sentimental. Las expresiones excesivas de afecto, las cartas cursis de los enamorados. La que piensa y no habla, esa era Paulina. Yo me acordaba de las monjas, de las historias que nos leían en el refectorio, mientras estábamos comiendo: la

historia del arca de Noé, la del maná cayendo del cielo, la del pozo de Agar, o aquella en que una simple burra había visto un ángel detenido en el camino. Y me parecía que el amor sólo era una de esas historias. Creer, por ejemplo, que un niño abandonado en un cestillo podía ser recogido por la hija del faraón, como le había pasado a Moisés. Mas lo que solía pasarles a los niños que se abandonaban en la corriente de los ríos es que terminaban ahogados.

¿Dónde quieren sentarse las dos estudiantes?, cuántas veces habré repetido esta frase en mi interior. Las dos estudiantes éramos Paulina y yo, yo y Paulina. El proyeccionista nos condujo hasta el patio de butacas y nos quedamos esperando en la puerta. Que no te duela no comprender lo que ves, que quieras seguir viéndolo sin saber la razón, me dije sin dejar de mirarla. Era un cine muy pobre, con butacas que crujían al sentarse. Olía a las bodegas cerradas, a esos abrigos de paño que se cuelgan aún húmedos por la lluvia. Elegimos una de las filas delanteras. Las luces volvieron a apagarse y Paulina me tomó de la mano. La pantalla se llenó de imágenes y yo la miré de reojo. Me acordaba del cuarto de los sombreros de su novela, era como estar con ella en un lugar así.

En la última escena, Gertrud es una anciana y un amigo la visita para entregarle su último libro. Llevan muchos años sin verse, desde el tiempo que compartieron en París y fueron amantes. Gertrud tiene el pelo blanco, pero conserva la piel tersa y llena de luz de la juventud. El amigo le recuerda que en ese tiempo solía decir que no había otra forma de vida que el amor, ninguna otra. Y le pregunta si no lamenta haberlo dicho. Gertrud le contesta que no, que lo sigue creyendo así. Al salir del cine todavía era de día. Pasamos junto a una tapia cubierta de enredaderas. Sopló el viento y una lluvia de florecillas blancas cayó inesperadamente sobre nosotras. Apenas nos atrevimos a movernos, como ante el reparto de un alimento desconocido. Quería decirle algo, pero no sabía qué. ¿Qué dice uno cuando ama?

Unos días después, al despertarme por la noche, vi que Paulina estaba a mi lado mirándome. Había empezado a sentirme mal y devolvía todo lo que tomaba. No sabía qué me pasaba y apenas me mantenía en pie. Ya le he contado esto. Poco antes había encontrado un recorte de periódico en que se hablaba de cómo una mujer había envenenado a su esposo con un raticida. Y vi en la cocina un paquete así. Estaba abierto y me pregunté si acaso Paulina me estaría envenenando, como aquella mujer había hecho con su

marido. Pero, a pesar de mis sospechas, seguí tomando lo que me daba. ¡Qué ingenuos son los que aman! No saben lo equivocados que están al pensar que su amor los protege. Se parecen a esos muchachos patriotas que piensan que nunca les alcanzarán los disparos, porque las ideas por las que luchan los protegen de la muerte. Pero las ideas no pueden hacer eso.

Me tendió el vaso de leche que solía llevarme cada noche y lo bebí sin protestar entre sus brazos. De pronto, ya no quería morir. Hacerlo era abandonar aquellos brazos, separarme de ellos para siempre. Por favor, no me mates, le dije. Esta noche no. Paulina se echó a reír. ¿Estás loca? ¡Cómo iba a hacer eso! Le confesé lo que había pensado esos días, tras leer aquel recorte y ver el raticida en la cocina. Jamás te haría daño, me dijo llena de dulzura. Hay ratones en casa, por eso he comprado el veneno. Parecía feliz de tenerme en sus brazos, feliz de que la hubiera creído capaz de matarme, de descubrir que, en caso de haber sido cierto, no me habría rebelado. Pero no te fíes de mí, añadió sonriendo, a lo mejor algún día lo hago de verdad. No sabía quién era, qué pensaba. Paulina era como una que ve, pero a la que no podemos ver. ¡Qué lentas fueron aquellas tardes! Hacía todo lo que me decía, imitaba sus gestos, hablaba con sus palabras. ¿No hacíamos eso desde que éramos niños, imitar los gestos y las palabras de los seres que amábamos? Pienso a menudo en aquel tiempo tratando de entender lo que pasó en él, pero es como intentar regresar a un palacio que no sabes dónde se encuentra, un palacio que viste en uno de tus sueños y que perdiste al despertar. Un palacio donde no sabes si fuiste feliz o desdichada como pasa en todos los palacios que existen cuando los abandonas.

La idea de que me había querido envenenar tuvo que ver con lo que le había pasado a Paulina en el instituto donde trabajaba. Una alumna intentó suicidarse cortándose las venas. Encontraron su diario personal, repleto de esas confesiones truculentas a que son tan proclives las muchachas a esa edad, y donde se hablaba de Paulina sin descanso. La chica tenía quince años y el padre quería denunciar a Paulina por haber abusado de ella, pues en el diario había escrito frases ambiguas que lo hacían posible. Paulina lo negó todo y, aunque el director del instituto consiguió que el asunto no trascendiera, empezaron a mirarla mal. Habían visto cómo la muchacha la seguía a todos los sitios y cómo ella lo aceptaba gustosa. Incluso las vieron paseando juntas por la orilla del río, o en algún bar por la noche. Y las amigas contaron que muchas tardes iban juntas a su casa. Todo eran rumores a su alrededor, hasta que un día no pudo más. Estaba dando una de

sus clases cuando sintió que no podía hablar. Lo que iba a decir, y que había repetido mil veces, se borró de su memoria y se quedó completamente en blanco. Luego vino la angustia, aquel sentimiento de muerte inminente que la paralizó. Pensaron en un ataque al corazón y la llevaron al hospital, donde le diagnosticaron un ataque de pánico. Mejoró en los días siguientes, pero entonces dejó de hablar. Se comunicaba escribiendo frases cortas en un cuaderno. Y me llamaron a mí para que la atendiera.

Pero esto creo que ya se lo he contado, perdóneme. Soy como esas viejas que a todas horas andan repitiendo las cosas. Habían pasado dos años desde que abandoné aquella casa y todo estaba igual. Los periódicos y las revistas seguían apilados por los rincones, los libros desbordaban las estanterías ocupando sillas y mesas, y la ropa se amontonaba en las camas. Por la noche los cuartos se llenaban de ruidos. Ruidos de los muebles y de la tarima, que crujían por la humedad, de las cañerías, y, si hacía algo de viento o lluvia, de las ventanas mal ajustadas. A veces esos ruidos parecían provenir de respiraciones y gemidos humanos, como si alguien se paseara por el pasillo al llegar la noche. Paulina seguía sin hablar y yo empecé a hacerlo por las dos. Le contaba lo que me habían costado las zanahorias o la lechuga, a quién había visto en el supermercado, le ponía al tanto de las noticias que leía en los periódicos. Paulina no tenía televisión ni compraba periódicos o revistas, aunque luego en su casa no hiciera otra cosa que leer. A veces me despertaba por la noche y, al percibir luz en su cuarto, me acercaba a verla. Permanecía absorta en la lectura de algún libro y ni siquiera se daba cuenta de mi presencia.

Una tarde se animó a salir. Fuimos al parque y estuvimos paseando alrededor del estanque. El aire estaba lleno de las primeras pelusillas de los chopos. No era tiempo aún de que las soltaran, pero soplaba el viento y las más tempraneras iniciaron un viaje anticipado. Cruzaban el aire ingrávidas, sin rumbo, y Paulina y yo nos detuvimos a contemplar la levísima siembra. Luego nos sentamos en un banco. Uno de los copos se posó en su pelo y, al tender la mano para retirárselo, ella se apartó bruscamente. ¿Por qué has hecho eso?, le dije. Sólo quería quitarte la pelusa del pelo. Ella tomó su cuaderno y escribió: No soporto que me toquen, que me vean sufrir. Ya en casa, le pregunté por qué sufría, si era por aquella muchacha. ¿Quieres contarme qué pasó?, le pregunté. Volvió a tomar su libreta y escribió: No deberías fiarte de mí. Me gusta hacer daño a los que me aman. Raras veces me hablaba de sus sentimientos. Me asaetaba a preguntas, quería conocer

los hechos mínimos de mi vida, pero ella siempre estaba muda. Lo quieres saber todo, pensé, pero no cuentas nada.

Unos días después fui al hospital a llevar a la psiquiatra, por petición suya, una carta que le había escrito. El sobre estaba abierto y no pude evitar la tentación de leerla. En la carta, Paulina se reía de mí. Me llamaba *la linda pelirroja*, decía que era una pobre ignorante y que de seguir más tiempo en la casa no le extrañaría que termináramos rezando juntas el rosario por las tardes, aunque yo era tan hermosa que no le importaría hacer otras cosas conmigo. Y le pedía que la librara de mí. No quiero hacerle daño. Es demasiado pava, y no me lo perdonaría. Aquello me hirió. La linda pelirroja, ¿por qué me llamaba así? ¿Acaso no sabía mi nombre? Era ella quien me había hecho ir a su casa para atenderla, ¿quién se pensaba que era? Jamás se me había pasado por la cabeza la idea de ponerme a rezar el rosario con ella, entre otras cosas porque tampoco lo rezaba yo. ¿Por qué decía que era una pava? No se me borraba de la cabeza la frase en que le pedía a la psiquiatra que me llevara de allí antes de que fuera demasiado tarde. Demasiado tarde ¿para qué?, ¿para corromperme? ¿Era eso lo que había hecho con la estudiante, corromperla? ¿Por eso la chica se había querido matar?

Esa tarde me vengué. Paulina me pidió un café y cambié el azúcar por sal. A Paulina le gustaba el café muy dulce y se sirvió tres cucharadas. Se lo bebió sin protestar, a pesar de lo asqueroso que debía de estar. Luego, mientras estábamos leyendo, levantó los ojos del libro y me preguntó si había leído la carta. Le dije que sí, que estaba furiosa por lo que había dicho de mí. Sólo estaba bromeando, me contestó. No quiero que te vayas. Pensé en el pasaje de la carta en que hablaba de las cosas que le gustaría hacerme, y me pregunté qué cosas serían esas. También en que había dicho que yo era hermosa. Fui al baño y me detuve ante el espejo, Paulina no tardó en seguirme y me abrazó por detrás. Me retiró el pelo de la frente para ponérmelo como lo llevaba ella. Me quedé mirando los dos rostros, que en ese momento me parecieron casi iguales. ¿Qué era corromper a alguien, hacerle descubrir cosas de sí mismo que desconocía y que anhelaba conocer? Me acordé entonces de las crucecitas que el fabricante de juguetes anotaba en los márgenes de su diario. Señalaban el momento en que, al ver pasar por delante de su casa al chico de las vacas, exclamaba ese «¡ay de mí!» que expresa la perfección en el amor. Y eso mismo sentí yo al ver nuestras caras en el espejo.

Al final de la película, el viejo amante que visita a Gertrud en el retiro de su vejez le pregunta si piensa en la muerte. Ella le contesta que sí, que ya ha comprado la sepultura, encargado la lápida y decidido el epitafio: *Amor omnia*. El amor es todo lo que tenemos. Le ha pedido al jardinero que sólo crezca hierba a su lado, pero en primavera querrá anémonas. Si alguna vez pasa por allí, debe coger una y pensar en ella. Tomarla como una palabra de amor, pensada pero nunca dicha. Luego le pide que se vaya. Algún día su visita no será sino un recuerdo entre todos los recuerdos que guarda. De vez en cuando saca los recuerdos y se pierde en ellos. Entonces siente que mira un fuego que se está extinguiendo.

¿Se están extinguiendo los míos? A veces me parece que sí, que cada vez se vuelven más remotos, que la luz que desprenden se ha vuelto más débil y que un día me descubriré sola en la oscuridad. Pero eso dura poco, porque esa luz siempre vuelve. Es Paulina quien me la trae. Es extraño el amor, no explica ni borra nada, pero siempre está ahí cuando lo necesitas. Gertrud se queda sola cuando su amigo se va y, ya con la puerta cerrada, oímos el replicar lejano de las campanas dando a entender que todo volverá, que el amor siempre vuelve, que es lo único real en este mundo de sueños. Aunque no sepamos qué hacer con él, aunque no pueda nada. ¿O sí que puede?

Verá, cuando la película terminó aquella tarde, la luz blanca del proyector siguió iluminando la pantalla. Paulina y yo esperamos a que el proyeccionista la apagara, pero como tardaba en hacerlo salimos en su busca. No estaba por ningún lado y, un poco confusas, nos fuimos del cine sin despedirnos. Junto a la taquilla había un cartel que decía: *Todos los niños que no sean de pecho pagan localidad*. Nos echamos a reír porque también nosotras habíamos entrado sin pagar, como esos niños que sus madres llevan con ellas al cine y que dan de mamar mientras ven la película. Mirábamos los afiches que había en la pared cuando sentimos cerrar bruscamente la puerta por dentro. Nos fuimos a toda prisa, temiendo que nos fueran a reprender por habernos colado en el cine sin permiso. Íbamos cogidas de la mano y me sentía misteriosamente triste. Aquella película, ¿por qué la habían quitado tan pronto? Paulina tenía razón, nunca más volvería a proyectarse en ningún lugar porque nadie la iría a ver. Nosotras habíamos sido las últimas que la verían en esta tierra. Hablaba del amor como una vida que no nos pertenece, a la que hay que entregarse como lo hace la criada que regresa a la casa donde sirvió por primera vez.

¿Sería yo capaz de esa firmeza, de esa entrega absoluta al otro? Porque servir era esa entrega.

Ya en casa, me quedé mirando a Paulina. No se encontraba a gusto en ningún sitio. Se levantaba de una silla, deambulaba por el cuarto, se sentaba en otra o en el sillón de orejas de su padre, para enseguida levantarse de nuevo. A veces, se detenía ante el espejo como preguntándose si la que veía reflejada era ella de verdad. ¿Te has fijado que Gertrud hace lo mismo que tú?, le dije. ¿Hace qué?, me contestó. Se levanta de una silla, se sienta en otra sin dejar de hablar. Vuelve a levantarse, fuerza a los que están a su lado a hacer lo mismo. Siempre quiere otra cosa y, como no se la dan, se aparta de ellos como hace con las sillas en las que se sienta. Es como si estuviera en uno de esos jardines que no pertenecen a nadie y que están solos con el agua blanca.

Paulina se rio al escucharme. ¿Me dejarás plantada también a mí?, le pregunté. Me estaba muriendo y tú, Chica Lista me salvaste. ¿Cómo iba a hacer algo así? Nos quedamos un rato calladas. Parecíamos dos estudiantes que tienen que compartir el mismo cuarto en un país extranjero y no saben qué decirse porque no hablan la misma lengua. ¿Te acuerdas cómo nos llamaba el proyeccionista?, le pregunté. Sí, claro, me contestó. Yo creo que era un ángel, le dije divertida. Vino a la tierra para que pudiéramos ver *Gertrud* por última vez y regresó a su mundo tras cumplir su misión. Paulina se echó a reír. No te fíes de los ángeles, me dijo. Te llevan a lugares que luego no puedes abandonar.

Al terminar ese curso Paulina me dejó para siempre. Era verano y, como no tenía clases, se fue de vacaciones. Yo volví al hospital y, aunque esperaba cada día una carta suya, esa carta nunca llegó. Me acerqué a su casa, pero ya no estaba allí. Se había ido tras vender los muebles a un anticuario. Tampoco en el instituto sabían por dónde andaba. Había desaparecido sin hablar con nadie de sus planes, ni dejar su nueva dirección, como si se la hubiera tragado la tierra. Me fui a vivir a otra ciudad y dejé de saber de ella. Sin embargo, no la olvidé y en todo ese tiempo me bastaba con oír el teléfono para correr en su busca esperando que fuera ella quien llamara. Pero nunca lo hizo, ni me escribió carta alguna, aunque me consolaba que, al no conocer mi nueva dirección, no habría tenido dónde enviarla. Una vez viajé a su ciudad y me pasé por su antigua casa con la absurda idea de que pudiera haber vuelto. Llamé a la puerta varias veces y, ante mi insistencia, acudió la vecina de al lado. Era una

anciana muy afable, que me invitó a entrar en su piso. Me condujo hasta el cuarto de estar y me indicó con gestos que la esperara. La casa se parecía mucho a la de Paulina, por una de sus ventanas se veía el mismo tejado por el que había ido a recoger el libro que ella se olvidó cuando salía a tomar el sol. Me acordé del paquete de raticida, de la absurda idea de que me hubiera querido envenenar. La anciana regresó con una bandeja en la que traía un café con leche y unas magdalenas, y se sentó a mi lado para vérmelas comer. No hablaba, no decía nada, se limitaba a permanecer en silencio. Y entonces me di cuenta de que era ciega. Su cara, sin embargo, ardía de excitación, como si estuviese demasiado cerca de una hoguera. Me puse a hablarle de Paulina, de cómo la había conocido. De aquella casa, donde primero había vivido con su padre y luego conmigo. Hablaba con la anciana como si la conociera desde hace años y pudiera confiarle los secretos de mi vida. Nos amábamos, le dije. Una vez me puse mala, y creí que me estaba envenenando. Fue por una noticia que leí en el periódico acerca de una mujer que envenenaba poco a poco a su marido con raticida. Y yo era tan tonta que seguí tomando lo que me daba, porque lo único que quería era que no me abandonara. La anciana me miraba sin dejar de sonreír. Transmitía una dulce paz, y no pareció extrañarse de que yo, siendo una mujer, hablara del amor por otra mujer, ni de la historia del envenenamiento. Era la primera vez que le hablaba a alguien de Paulina, de mis sentimientos hacia ella, y no sabía por qué lo estaba haciendo con una anciana a la que no conocía de nada. ¡Todo pasa tan deprisa!, dijo ella de pronto, no hay tiempo de aprender a vivir. Tomé el café que me había llevado y me despedí de ella. Insistió en que me llevara las magdalenas, podría comérmelas por el camino. Luego me dio un beso. Me sorprendió lo bien que olía, a pesar de ser tan mayor. Me volví al llegar al primer descansillo, y vi que aún estaba en la puerta sonriéndome. Sus ojos brillaban como negras cerezas.

Pasé junto al cine en que habíamos visto *Gertrud* y me pregunté qué habría sido de aquel proyeccionista. ¿Se acordaría de Paulina y de mí, de la tarde en que puso la película sólo para nosotras? Y recordé la escena en que Gertrud le dice a su amigo que no hay otra cosa en la vida que el amor y la juventud. Seguí mi paseo hasta las enredaderas que entonces dejaron caer sobre nosotras sus flores blancas. Acabábamos de salir del cine y yo le pregunté a Paulina si creía que no había otra forma de vida que el amor. Paulina me contestó que no, que no la había. Arriba, el cielo era de un azul claro y las nubes se fundían en él como leche en el agua. Paulina me miró

con ojos relucientes. El problema de las que son como Gertrud, me dijo, es que se empeñan en mezclar el amor con la honestidad, y eso no es posible. El amor, Chica Lista, sólo es un niño que juega.

Muchos años después, volví a pasarme por aquella calle y habían cerrado el cine. Traté de imaginarme cómo sería Paulina en ese instante. En caso de seguir viva, sería una vieja como yo. Recordar no servía de nada. Era empeñarse en volver a una vida que ya no te pertenecía, que por mucho que quisieras no podrías recuperar. Buscábamos el amor como el recién nacido busca los latidos del corazón de su madre. Pero esos latidos, ¿dónde estaban?, ¿en qué noche? Me acordé de una oración que había escuchado. Es una osadía amar lo que la muerte puede tocar, decía. Una osadía y lo único sagrado. Ni Paulina ni yo éramos ya aquellas que habían estado juntas. Todos nos volvíamos otros al envejecer. No se trataba sólo de que nuestra piel se arrugara y la expresión de nuestra cara se hiciera más dura y amarga, sino que también cambiaba nuestro corazón. Sólo el corazón de Gertrud no cambió nunca. Un corazón puro no se pierde, no se gasta, no se transforma. Había personas así, como ladrones que jamás se arrepienten de sus robos, pues la vida del corazón es robar. Su amigo se la encuentra cuando es una anciana, pero ella sigue siendo misteriosamente la misma, como si el tiempo no hubiera hecho otra cosa que cubrir de nieve su pelo. ¿Era Paulina como ella? ¿En ese caso por qué me había abandonado? No, no quería que me viera transformada en una pobre anciana y pudiera preguntarme dónde estaba la muchacha que amó. Me sentía culpable de no haber sabido conservarme para ella como era cuando me conoció. Un cuerpo viejo y cansado era todo lo que podía ofrecerle ahora. ¿Para qué querría tener en sus brazos un espantajo así?

En fin, ya termino, que no quiero parecer una de esas visitas inoportunas que, ante nuestra desesperación, no encuentran la hora de despedirse. Pero aún tengo algo que contarle, lo más importante de todo. Tiene que ver con lo que cuenta Paulina al final de la novela. Han pasado muchos años y Adela, su protagonista, ya es una anciana. Es invierno y tiene un problema con la calefacción de gasóleo, ¿recuerda? El tiro se obstruye y se produce una pequeña explosión que tizna paredes y muebles. Adela se dispone a limpiarlos, pero en el último momento algo la hace detenerse y se sienta en el sillón de orejas mirando ese hollín que todo lo mancha. Y recuerda que tiempo atrás le pasó algo así en su antigua casa. Acababa de morir su padre y, al cambiar la caldera, el tiro se obstruye y todo se llena de hollín. Aún

vivía Carmiña con ella y, al volver de la calle, se la encuentra sentada en el comedor, incapaz de reaccionar ante el desastre. Se ponen manos a la obra, pero el hollín se pega a las superficies y es muy difícil de limpiar por más empeño que pongan. Ellas mismas terminan tiznadas de arriba abajo, lo que hace que no puedan contener la risa.

Es ese recuerdo el que acude a ella mientras contempla desde el sillón los muebles cubiertos de ceniza. Entonces siente pasos a su espalda y, al volverse, ve a Carmiña en la puerta del comedor. No a la anciana que debía ser, que ella misma es en ese instante, sino a la joven que vivía a su lado cuando tuvo lugar aquel incidente, hace cerca de cuarenta años. Y la ve avanzar lentamente, sin cojear, y detenerse a su lado. Se fija en lo hermosa y frágil que es, y no puede evitar tender la mano para acariciarla, como si procediera de uno de esos pueblos antiguos donde las muchachas perecían cuando amaban, y quisiera protegerla de ese triste fin. Y, como tiene la mano manchada, deja sobre su piel un rastro de hollín. Carmiña la toma entonces de la mano –la mano de una niña y la mano de una vieja–, y recorren juntas el cuarto hasta el espejo que hay en el aparador. Y Adela ve en ese espejo que tampoco ella es ya la vieja en que se ha convertido, sino alguien en todo semejante a la hermosa aparecida que la visita. Y al ver sus caras iguales en el espejo no sabe distinguir cuál es la suya. Adela ya no recuerda más, pues cuando quiere darse cuenta se descubre de nuevo sentada en el sillón y aunque enseguida se levanta y busca a Carmiña no la encuentra por sitio alguno. Cree que todo ha sido una alucinación, un sueño, provocado por la emoción que le produjo ver el hollín en la casa, pero al asomarse al pasillo ve las huellas de unos pies descalzos recorriéndolo hasta llegar a la puerta.

Así termina el libro de Paulina. Usted dijo en el casino que tal final es sólo una metáfora, creo que fue así como lo llamó, que expresa el anhelo tan humano de recuperar ese cuerpo sólo hecho para el amor que perdemos para siempre al envejecer. Y no digo que eso no sea cierto, pero ¿qué pensaría si le dijera que lo que cuenta Paulina en su libro lo había vivido yo en un sueño? Un sueño en el que, al igual que sus protagonistas, las dos volvimos a encontrarnos tal como éramos cuando vivimos juntas. Paulina y yo, Adela y Carmiña, cuatro que son dos, dos que al mirarse en el espejo confunden sus caras tiznadas de hollín. Leí una vez que cuando dos personas se aman adquieren ciertas cualidades mágicas que tienen el poder de transformarlas. Tal vez ellas no se den cuenta, pero el amor pasa a

guiarlas y les suceden cosas inexplicables, como si accedieran a una realidad luminosa en la que hasta lo más impensado puede suceder. No, no se trataba de una fantasía de Paulina. Fue verdad que estuvimos juntas en la habitación llena de hollín, fue verdad que volvimos a ser aquellas que tuvieron un cine para ellas solas, las mismas que al mirarse en el espejo no supieron distinguir sus caras iguales. Claro que usted bien puede decir que todo esto no son sino fantasías mías, pero entonces, ¿cómo pudo ella conocer esas fantasías si llevábamos años sin vernos y yo no se las había podido contar? ¿Sabe lo que pienso yo? Que hubo una noche misteriosa en que aquellos dos carcamales que éramos compartieron un sueño en que volvieron a tener la misma edad que cuando se conocieron y amaron.

Hice un viaje al pueblecito de Asturias donde Paulina está enterrada. No tardé en encontrar su sepultura. No había cruz ni nombre en ella, pero me bastó con leer su epitafio para reconocerla. Recordé cuánto le molestaba a Paulina que las personas no fueran por dentro como se mostraban en el exterior, y aquella tumba en todo se le parecía. Había allí un arbusto cuyas flores colgaban misteriosamente vivas, como frutas a punto de caer. Me senté a su lado y recité el poema que Gertrud escribió a la tierna edad de quince años:

*Mírame, si quieres.*
*¿Soy bella?*
*No, pero he amado.*

*Mírame, si quieres.*
*¿Soy joven?*
*No, pero he amado.*

*Mírame, si quieres*
*¿Estoy viva?*
*No, pero he amado.*

Había comprado anémonas y las puse sobre la lápida. El amor llega demasiado pronto, cuando eres tan joven que en el fondo apenas lo necesitas, pues todo te reclama a tu alrededor y enseguida a un amor le sucede otro. Luego, cuando te haces vieja y sólo piensas en él, ya no queda amor para ti. Nadie quiere estar con los viejos, o se está a su lado por

compasión. Los viejos siempre están solos. Yo los había atendido y cuidado en la residencia y sabía bien cómo eran. El miedo a la muerte y la soledad los enloquecía y con frecuencia se volvían iracundos y desconfiados. Ni eran amados ni sabían amar. Y tenía miedo a terminar como ellos.

Soplaba el viento y no tardó en empezar a llover. Era una lluvia misteriosamente cálida que cubría el cementerio como un manto. El agua humedecía la lápida de la fosa, que brillaba como un altar. No sé cuánto tiempo estuve quieta, abstraída en mis pensamientos. Luego las nubes se abrieron y por todos los lados surgieron alas de luz, como si en lo profundo de las cosas habitara un fresco corazón de agua. Me acordé de la noche en que le pedí a Paulina que no me matara. Había descubierto el raticida en la cocina y creía que me estaba envenenando. Tú no vas a morir nunca, me dijo cuando se lo conté. Te harás vieja, pero nunca morirás. Le hacía gracia que hubiera podido imaginar algo así. Pensé en Paulina y en aquel cuarto lleno de hollín de nuestro sueño. Las muchachas que nos miraban desde el espejo, ¿dónde estaban? ¿Dónde sus figuras sin tacha, las formas silenciosas de sus vestidos, sus lágrimas y el recuerdo de sus risas, las palabras que se decían en secreto, su libro inacabado? ¿Por qué las habíamos dejado marchar antes de conocer las ciudades que un día visitarían, las camas en que dormirían juntas, las películas que verían cogidas de la mano, las iglesias en que entrarían a pedir que su amor no terminara nunca? ¡Lo que nos hemos perdido, le dije a Paulina, lo que nos hemos perdido las dos!

Vi una película titulada *Sólo se vive una vez*. Trata de un hombre que sale de la cárcel después de cumplir la condena. Le está esperando su novia, con quien comienza una nueva vida como camionero. Pero la fatalidad le impide seguir un camino recto y, tras ser despedido injustamente de su trabajo, le acusan de un homicidio que no ha cometido. Ella lo deja todo por seguirle y escapan hacia la frontera mexicana, donde la policía les tiende una trampa. Empiezan los disparos y tienen que internarse en el bosque. Ya se creen a salvo, cuando la mujer es alcanzada por una bala. El hombre la toma en sus brazos y sigue su marcha con ella hasta que agotado por el esfuerzo se tiene que detener. Es una noche muy hermosa, con el cielo cuajado de estrellas, y ella, que se está muriendo, le dice que volvería a hacer lo mismo si ese era el precio que tenía que pagar por estar a su lado.

Cuando aquella psiquiatra me llamó para pedirme que fuera a atender a Paulina, mi primera reacción fue negarme, ya que aún tenía reciente cuánto me había hecho sufrir. Pero no pude dormir en toda la noche, y a la mañana

siguiente corrí a decirle que lo haría. A lo largo de estos años, me he preguntado muchas veces qué habría hecho si Paulina me hubiera llamado una tercera vez, y mi respuesta es que habría vuelto corriendo con ella. *Lo volvería a hacer, lo volvería a hacer*, es la promesa que no pueden dejar de hacer los que aman, aunque cumplirla les cueste la vida.

Se despide de usted atentamente

CARMIÑA

# La mentirosa

Donde hay relato, el fuego se ha apagado;
donde hay misterio, no puede haber historia.

GIORGIO AGAMBEN,
*El fuego y el relato*

Esta noche ha vuelto a dolerme la pierna. Cada vez me pasa con más frecuencia. El dolor comienza en la rodilla y enseguida se extiende por el muslo hasta la cadera, como si me estuvieran quemando por dentro. Era tan intenso que tuve que taparme la boca para no gritar. Sólo de madrugada pude dormir un poco de tan exhausta como estaba. Me despertaron los pájaros, que se pusieron a piar sin descanso. Hay centenares y duermen en las enredaderas y las acacias que lindan con la huerta. Deprisa, deprisa, que el día tiene que empezar otra vez, parecen decirse unos a otros.

Luego, en la iglesia, el cansancio me impedía concentrarme en los rezos. Me quedé dormida en el banco y una hermana me despertó tirándome suavemente del hábito. La oí pronunciar dos veces mi nombre. Bernadette, Bernadette, despierta, que la madre te va a ver, me decía. Hacía mucho frío y el aliento se condensaba en su boca al hablar. Todas estaban rezando y yo oía la cantinela de sus voces. Me acordé de cuando era niña, del ruido que hacía la piedra del molino al girar. ¡Qué pobres éramos! Vivíamos en una celda de la antigua prisión, que estaba fuera de uso. Los que viven en el calabozo, nos llamaban. Oía a las hermanas y sus voces siempre iguales me recordaban el girar de la piedra de moler. Estos rezos para qué son, pensé. No sabía dónde estaba, qué sentido tenían aquellas oraciones. Tantas mujeres solas, me pregunté, ¿qué hacen aquí? Me pareció que éramos como los pájaros que me habían despertado. Sólo que mucho más tristes.

A veces cierro los ojos y me imagino cómo sería este lugar si yo no estuviera en él. Veo una cuchara, una mesa, y me pregunto cómo serían sin este dolor en la pierna, sin todo lo que cuentan de mí. Para eso vine a este convento, para vivir en un mundo en que nadie me conociera. Fue lo que me dijo el abate Peyramale. Allí, en Nevers, nadie te molestará. Serás como las ranas del estanque. Pero no es cierto. Cuchichean a mis espaldas, me hacen preguntas que no sé contestar, piensan que soy una mentirosa. Sobre todo, la madre Joséphine, que ni siquiera se cree lo de mi cojera. Lo hablo con monseñor cuando viene a verme y me dice que tenga paciencia, que es lógico que las hermanas y las madres sientan curiosidad por mí, que desconfíen y quieran saber qué pasó y si lo que cuento es verdad. Pero ¿sé yo lo que pasó? Monseñor está escribiendo un libro donde se cuenta la

historia de mi vida. Pero ¿qué sabe él de mi vida? Es verdad que éramos muy pobres, que mi padre era tuerto y que fuimos ocho hermanos, de los que cuatro murieron siendo niños. Pero qué sabe él de esas muertes, qué sabe, por ejemplo, del dolor que sentí al ver morir a la pequeña de todos en aquel lugar horrible en que vivíamos. ¿Ha tenido él alguna vez en los brazos a una niña muerta que se llamaba Louise? Monseñor me ha pedido permiso para publicar el libro cuando lo termine de escribir, y yo se lo he dado. Pero sólo por las cosas tan lindas que cuenta de mí, no porque sean verdad. Escribe cosas y luego me pregunta si fue así como sucedieron, y yo le digo que sí porque no quiero disgustarle. Pero esas no son mis palabras. *Aquerò*[1] es la única palabra que salió de mi boca.

Los dolores de esta noche creo que han sido por las locuras que hicimos ayer en la huerta. Estaban la hermana Alice Domon y las dos nuevas novicias, las hermanas Constance y Charlotte. Esta última hizo una pelota con trapos y estuvimos jugando a quitárnosla. Lleva sólo dos meses en el convento y no para de inventarse niñerías. Hasta la madre Joséphine, siempre tan severa, se ríe con ella y todo se lo consiente. La hermana Alice, que es muy maliciosa, dice que está enamorada de ella, que a veces pasa eso entre las mujeres, que unas se enamoran de otras. La hermana Charlotte llega tarde a la iglesia, se queda dormida en cualquier rincón y, cuando no le gusta, esconde la comida y luego se la lleva a los gansos, que la siguen adondequiera que va, como los niños pequeños hacen con sus maestras. Una vez cogió la figura de un Niño Jesús y se puso a bailar con él por el claustro, mientras las monjas se reían, y tampoco la madre le dijo nada. Las buenas esposas, dijo, deben estar siempre alegres. ¿Esposas? ¿De quién somos esposas?

La hermana Charlotte vive obsesionada conmigo y a todas partes me sigue. Todo lo que hago también ella lo quiere hacer. Incluso va de un lado a otro cojeando como yo. Dice que lo hace sin darse cuenta. La hermana es de un pueblecito cercano a Pau y las dos hablamos el gascón, que aquí, en Nevers, nadie entiende. Es muy guapa y me cuenta que por aquellos sitios sólo se

habla de mí. Han construido una iglesia y acuden enfermos de todas partes a rezar. Abundan los ciegos, los tullidos, los cuerpos deformes. También llevan a los niños que han nacido mal, los seres que nadie quiere. Piensan que el agua de la fuente les puede devolver la salud. El agua que encontré yo.

También me ha dicho que en la gruta han puesto la imagen de una Virgen con las manos unidas de las que cuelga un rosario, y que le encienden velas y se arrodillan a su lado para rezarle. Una señora que vestía una túnica blanca con un velo que le cubría la cabeza y le llegaba hasta los pies, sobre los que tenía dos rosas amarillas del mismo color que su rosario, ¿esto fue lo que dije? No lo sé, he tenido que contarlo tantas veces que no logro recordar mis palabras. Fue mi hermana Toinette la que empezó a hablar en el pueblo de nuestras visitas. Habló de la pequeña gruta de Masse-Vieille, de la luz que apareció en su interior y del silencio que se hizo en el campo. Habló del olor que se extendió por el aire, como si a pesar de estar en invierno la gruta estuviera llena de flores. Pero ni ella ni la pobre Baloum, que venía con nosotras, sabían qué pasaba allí dentro. Sólo yo lo sabía. Me preguntaron por lo que había visto y yo les dije que era una joven muy hermosa. *Uo petito damizelo*, esas fueron mis palabras. Pero no sé de dónde lo saqué. Vi algo que no sé explicar. ¿Una dama, una joven? Una llama que tiembla en su candil, ¿qué es? Vi una lumbre posada en la roca.

Me llevaron a aquel escultor porque querían que hiciera una figura que fuera como Aquerò. Era profesor de la Academia de las Ciencias, las Artes y las Letras de Lyon y se desesperaba conmigo porque no sabía describir mi visión. ¿Cómo hablar de lo que no sabes, de lo que no se parece a nada que hayas conocido, de lo que ninguna palabra es capaz de nombrar? El hombre se ponía fuera de sí. Esta muchacha es una pobre idiota, le oí decir una vez. Una tarde se presentó con una figura que acababa de tallar en mármol y yo para complacerle le dije que esa sí me gustaba. No lo hice porque se pareciera a lo que yo había visto, sino por lo hermosa que era y porque todas las jóvenes soñábamos con tener un vestido como el suyo, la piel tan blanca, el rostro tan dulce. A esas edades sólo se sueña con el amor.

Pero ¿quién dice que el amor es así? Está lleno de dolor, de niños que nacen cuando no deben, de promesas que nunca se cumplen. Una fuente

como la que brotó al pie de la gruta, así es el amor. Una fuente donde todos van a beber, donde se sueñan cosas que no pueden existir, que no se sabe para qué valen. La hermana Charlotte me cuenta que han hecho un estanque para recoger el agua de aquel manantial y que se forman ante él largas colas de enfermos, locos y tullidos. A veces, por las noches, cuando me vuelve el dolor en la pierna, pienso en esa procesión y me imagino que yo voy en ella, y me veo entrando en el estanque con mi pierna coja y cómo, poco a poco, al contacto con el agua, el dolor desaparece. Pero no, el agua no es para eso.

Cavé aquel hoyo en el suelo con las manos desnudas. Lo intenté tres veces, y a la cuarta vi que en la tierra se formaban pequeñas gotas, que bebí lamiendo la tierra. También me comí unas plantas menudas que había cerca y que recordaban a los berros. Había mucha gente y al verme con el rostro manchado y con las plantas en la boca empezaron a insultarme. Es un fraude, decían, esta chica es una demente. Tendrían que encerrarla. No sabía por qué se metían conmigo si yo no les había pedido que estuvieran allí. Regresé a la gruta por la tarde, cuando se habían ido, y vi que el agua brotaba del hoyo fangoso que había hecho en el suelo y corría pendiente abajo. Más allá, en el linde del pinar, se había formado una pequeña charca donde una cierva estaba bebiendo. Lo hacía a pequeños sorbos, alzando la cabeza cada poco para mirar a su alrededor. Se fue cuando me vio. El sol iluminaba la superficie de la charca que se llenó de reflejos. Me descalcé para meterme en ella. Un hombre pasó por allí con sus ovejas. Se llamaba Pierre y era vecino nuestro. Se quedó mirando el agua que no cesaba de correr. Estaba atardeciendo y de pronto se hizo el silencio. Los pájaros dejaron de piar y las ovejas de moverse. El viento agitaba las copas de los árboles, pero no se oía ruido de las hojas ni de las ramas. Pierre fue a decirme algo, pero movía los labios sin que saliera de ellos sonido alguno. Se asustó y, recogiendo las ovejas, se fue corriendo de allí.

Al regresar a la gruta mis manos empezaron a moverse. Siempre era así cuando Aquerò venía a mi encuentro. Mi cuerpo dejaba de obedecerme y una voluntad más poderosa que la mía tomaba posesión de mí. No cabía resistirse, sólo dejarse llevar por ella, lo que me causaba vivísimo placer. Mis manos se abrieron como queriendo recibir el calor de la tierra. Me fijé

en el agua que corría a mis pies y sentí una gran paz. La gruta estaba muy oscura y encendí una de las velas que llevaba conmigo. Había algo en lo alto de las rocas. Mi Señora, pregunté, ¿eres tú? La llamaba mi Señora porque todo lo que me pedía tenía que hacerlo. Aunque la vela se había consumido, la llama seguía ardiendo en mi mano. Pensé en el agua que había manado del suelo, en el silencio que todo lo llenaba, en aquella llama que ardía sin quemarme. Toda aquella belleza, ¿quién me la daba?

Esa noche mi hermana pequeña se puso a toser y mi padre se levantó a atenderla. Vivíamos en una celda de la antigua prisión, por entonces fuera de uso, en la calle Des Petits Fossés, que nos había cedido un primo de mi padre. La celda apenas media cuatro metros por cuatro y dormíamos amontonados como los animales. Éramos los más pobres del pueblo. Llevábamos años de sequía y las cosechas eran escasas, por lo que el negocio del molino se había venido abajo. También a causa de los molinos de vapor, que se estaban extendiendo por la zona y que eran más rentables que los que funcionaban con agua. A veces no teníamos ni un mendrugo de pan y yo tenía que pedir ropa prestada cuando lavaba la mía. Oí aquellas toses y sentí cómo mi padre se levantaba a arropar a mi hermana. Estaba obsesionado con el cólera. Yo lo había sufrido cuando era más pequeña y desde entonces tenía frecuentes ataques de asma. La epidemia había matado a decenas en el pueblo y habían quedado muchas casas deshabitadas, pero nadie se atrevía a entrar en ellas por temor a contagiarse. Los domingos, cuando íbamos a misa, los bancos estaban vacíos.

Mi padre se movía entre los cuerpos tendidos, y yo le llamé. Padre, le dije, mañana tiene que venir conmigo. Pensaba en aquel manantial, en la charca que se había formado entre las rocas y que brillaba como un espejo, en aquel silencio tan dulce que había en la gruta cuando la Señora se me aparecía. No era sólo que cesaran los sonidos, también cesaba el dolor, los recuerdos de las cosas malas. Quería llevarle allí para que también él sintiera todo eso. Mi padre terminó de arroparme y tras besar mi frente se despidió de mí. Duerme, pequeña mía, murmuró. Lo sentí alejarse. Siempre estaba solo y cuando veía a algún conocido corría a esconderse para no tener que hablar con él. Se comportaba así desde que había estado en la cárcel y sentía vergüenza por lo que había hecho. Sé lo que es esa

vergüenza, sentir que has actuado mal. Me sucedió una vez. En las afueras del pueblo, junto al puente, vivía una mujer que se llamaba Danièle Ajoret. Estaba enferma y siempre que pasábamos cerca nos llamaba para que entráramos a verla. Mi padre no quería que lo hiciéramos, porque le aterrorizaba la idea de que nos pudiera contagiar alguna enfermedad. Pero Baloum siempre quería entrar. Aquella mujer nunca nos pedía nada, sólo que le habláramos de las cosas que hacíamos. Una tarde en que pasaba yo sola por su calle la oí llamarnos. Niñas, niñas, decía con una voz muy débil, ¿estáis ahí? Había un pájaro muerto en su puerta y me acordé de lo que había dicho mi padre, de todo el tiempo que estuve enferma a causa del cólera, y tuve miedo. Ese pájaro ¿había muerto por acercarse a su casa? Me alejé lentamente, para que no me oyera. Y era como si con cada paso que daba la estuviera traicionando. Se murió esa misma noche y siempre que pensaba en ella sentía vergüenza por no haber entrado a verla.

Padre, le pregunté, los que se mueren ¿adónde van? Le habían encerrado por robar un saco de harina y, desde entonces, no había vuelto a ser el mismo. Pero esa harina la había robado para darnos de comer, no porque tuviera el vicio de robar. Me daba pena mi padre, siempre tan triste, tan callado, siempre trabajando. Durante un tiempo recogió la basura del pueblo y del hospital y se negaba a entrar en casa a causa del olor que desprendían sus ropas. Se quedaba en el establo con los animales y yo le iba a buscar. Padre, le decía, venga con nosotros que se va a enfriar. A mí me gustaba ese olor porque me llevaba al lugar donde me estaba esperando. Se llamaba François Sobirós y había perdido un ojo en un accidente de trabajo. Era él quien se ocupaba de nosotros. Mi madre casi siempre estaba enferma y se pasaba largas temporadas en la cama. Toinette y yo, las mayores, no podíamos ir a la escuela porque siempre teníamos cosas que hacer: lavar la ropa, preparar el fuego, hacer la comida, ir a por agua y cuidar a los pequeños. Toinette era muy alegre y cualquier cosa la hacía feliz. Se parecía a las gallinas que teníamos en el corral, que siempre estaban alborotando.

Pero a mí quien me gustaba era Baloum. Era medio prima nuestra y se pasaba la vida en nuestra casa, porque era huérfana. Su nombre verdadero era Juana Abadie, pero todos la llamábamos Baloum. Era un poco más

pequeña que nosotros, y Toinette se metía con ella porque decía que no se daba a valer y que todos en el pueblo se aprovechaban de ella. A mí me recordaba a las ovejas que había en el prado, la forma en que te miraban cuando pasabas a su lado. ¿Qué hacemos en el mundo?, parecían preguntarte con sus ojos tristes. Baloum tenía unos ojos como los suyos. Cuando te miraba emitían un resplandor dulce y extraño que se diría robado al agua que brotaba en los pozos oscuros. Sí, era como si también ella viniera de esa oscuridad. En la oscuridad estaban los nidos, las guaridas de los animales, los escondites de los niños y de las parejas. Todo lo que era joven y hermoso buscaba lo oscuro para florecer.

Una vez vinieron unos titiriteros al pueblo con sus carromatos. Acamparon en las afueras y por la noche actuaron en la plaza a la luz de las antorchas. Entre ellos había un joven que era español. Se llamaba Ernesto García y tenía un loro que siempre llevaba consigo. Nunca habíamos visto una criatura igual. Escalaba por los árboles con gran destreza, era de color verde, con plumas amarillas y rojas alrededor del pico. Bonitas, bonitas, nos decía en español cuando nos acercábamos, pues hablaba como una persona. Ernesto no paraba de reírse. El lorito os quiere de novias, nos decía. Baloum no se apartaba de aquel muchacho. ¿Qué es ser novia de alguien?, parecía preguntarle cuando le miraba. Toinette decía que el loro no tenía conocimiento y que repetía las cosas sin saber qué estaba diciendo, pero Baloum estaba convencida de que si hablaba con nosotras era porque sabía quiénes éramos y lo quería hacer. El loro aprendió a decir su nombre. Baloum, Baloum, reina mía, exclamaba al verla llegar. Cuando se fueron, Baloum no dejaba de llorar. Toinette se reía de ella porque decía que nunca había visto a nadie llorar por un pájaro. Pero yo la entendía. Era extraño que alguien te llamara por tu nombre. Era extraño que ese nombre estuviera en los labios de los demás, escucharlo sin saber por qué lo decían. Me pasaba eso desde pequeña. Iba por un camino y oía cómo me llamaban desde detrás de los árboles. Era como sentirte mirada por algo o alguien que no conocías. No sólo me llamaban los animales o las otras personas, sino también las cosas. Bernadette, me decía una cuchara de madera. Bernadette, oía en la fuente cuando iba a llenar el cántaro. Había un agujero en la roca donde se metían los murciélagos. Lo hacían al atardecer, pues allí tenían sus crías.

Me daban pena los murciélagos, porque parecían pájaros quemados. Pero me asomaba a ese hueco y oía cómo me llamaban desde dentro.

Sí, eso me pasaba con Aquerò, que también me llamaba. Por eso tenía que ir a la gruta, aunque me dijera cosas que no acertaba a explicar, que olvidaba al alejarme. Es como cuando en un sueño oímos algo muy hermoso, y lo oímos con una claridad tan grande que pensamos que no podremos olvidarlo nunca, pero que a la mañana siguiente, al despertar de ese sueño, no lo recordamos. Todo eso que se olvida, ¿dónde queda? El abate me hacía preguntas, pero ¿cómo podría contestarlas si se referían a cosas que nada tenían que ver con lo que era yo? Una respuesta a una pregunta que aún no existía, eso era Aquerò. Cómo explicárselo a los demás. ¡Si al menos supieran escuchar! Pero no, no quieren, sólo que les vuelvan a decir lo que saben. Y escuchar es esperar otra cosa, que se abra una grieta en la piedra. Por eso me gustaba Baloum, porque tampoco ella sabía explicar qué hacía en el mundo. Un día la vimos mezclada con las ovejas. Iba en el rebaño haciendo lo mismo que ellas. Cuando se detenían lo hacía ella también, si bajaban al río a beber las acompañaba.

Por la tarde nos vimos en la plaza. Estábamos con otras chicas y todas se acercaron para reírse de ella, porque la habían visto siguiendo al rebaño. ¿Qué hacías con las ovejas?, le preguntaron maliciosas. Baloum no les contestó. Unas horas después coincidimos en la fuente. Baloum estaba llenando un cántaro de agua. Lo hacía como si el agua, el cántaro y la mano que lo sostenía formaran parte del mismo todo. Era como cuando la había visto delante del rebaño y las ovejas la seguían. Reunía lo que nosotros separamos al vivir. Varias caballerías se acercaron a beber, y Baloum se volvió hacia mí como preguntándome: Todos estos animales, ¿por qué estarán en el mundo con nosotras?

Contaron que Aquerò quería que se hicieran procesiones a la gruta y se construyera una capilla en su honor, pero ¿cómo iba a querer esas cosas? Fueron los abates Pène, Perres y Pomian los que pusieron en mis labios tales cosas. Me preguntaban hasta hacerme llorar. Querían que les contara

lo del cirio, lo del viento a la entrada de la gruta, lo de la luz que había en su interior. ¿Te dijo que era la Inmaculada Concepción?, me preguntaban. Sí, les decía yo. Te dijo penitencia, penitencia, penitencia, y volvía a decirles que sí. Pero lo hacía para que me dejaran tranquila, no porque fuera verdad. La verdad, ¿cómo era? ¿Querían ellos conocerla? No, no querían. Sólo que les dijera lo que ellos deseaban oír, lo que les interesaba. No querían conocer la verdad, eso es lo que pasaba. Por eso preguntaban cosas que nada tenían que ver con Aquerò. Era como cuando Toinette y las otras chicas le preguntaron a Baloum qué hacía con las ovejas, y ella se quedó callada. Aquerò era como esas ovejas, conocía sitios que nosotros no conocemos.

Aquel español era el único que comprendía a Baloum. A ver, lorito, qué le dices a esta niña, le preguntaba cuando la veía llegar. Baloum, Baloum, reina, mía, contestaba el loro. El español nos hablaba del tiempo que había vivido en América. Estuvo en un pueblo situado a las orillas de un lago muy hermoso, rodeado por tres volcanes. Sus habitantes eran los seres más delicados que había visto nunca. Eran así desde pequeños, cuando al recoger el café, y para no dañar las ramas, se veían obligados a arrancar el grano con la mayor suavidad, de otra forma sus caporales les descontaban del sueldo las hojas dañadas. El español decía que Baloum era como esos niños recolectores de café, que parecía hecha de la niebla de aquel lago.

Era con ella con quien yo iba a la gruta. Baloum vivía con su abuelo en una cueva que hay a las afueras del pueblo. Eran más pobres que las ratas y apenas tenían para comer, por lo que muchas veces tenía que ir a mendigar por el pueblo. No llamaba a las casas, se quedaba quieta a la entrada y esperaba a que le dieran lo que les sobrara. Casi todos lo hacían, pues sentían pena de que tuviera que vivir en aquel lugar húmedo y frío con un hombre viejo que se pasaba el día borracho. Una tarde, la vi a la entrada de la cueva. Había una mesa con tres botellas. Baloum estaba en el extremo opuesto y yo me senté a su lado. No nos dijimos nada, con Baloum raras veces sentías necesidad de hablar. Pasó un rato y me dijo: Mira lo que hago.

Se levantó y poniendo las dos manos abiertas a un lado y otro de la cara se puso a mover la cabeza como un péndulo. Anduvo un paso y se quedó quieta, dio otro paso y giró sobre sí misma extendiendo los brazos. Levantó uno de los pies y se quedó con él en el aire, como hacen las cigüeñas cuando se duermen. No sé de dónde sacaba esos gestos, pero eran los más lindos que he visto nunca.

Baloum me recordaba a Juanita, la marioneta con que Ernesto García nos había enamorado a todos. Con sus vestidos de colores, su melena negra llena de rizos, sus ojos almendrados y los aros que le colgaban de las orejas. Ernesto García la movía con unos hilos que accionaba con unos palos. Sus piernas y brazos temblaban como si algo más allá de nosotros la estuviera llamando, como si estuviera viendo cosas que nosotras no alcanzábamos a ver.

La hermana Charlotte es un poco así. Me sigue a todos los sitios y no deja de preguntarme por mis visiones, como ella las llama. ¿Es verdad que viste a la Virgen? ¿Es verdad que tenía una rosa sobre cada pie? Pero yo no quiero hablar de eso. Además, la madre Joséphine me ha prohibido que lo haga. Dice que todo me lo invento, que en aquella gruta no había nadie ni yo vi ningún resplandor, y que si el agua manó de la tierra fue porque allí había un manantial que nadie conocía. Tampoco se cree lo de mis dolencias. Piensa que me quejo para llamar la atención, que debería haberme dedicado al teatro. Pero no es cierto, yo no quiero que se fijen en mí, que me señalen con el dedo, que me hagan preguntas. Por eso le dije al obispo de Tarbes que me llevara a un lugar donde nadie pudiera encontrarme. Era él quien presidía la comisión eclesiástica que tenía que verificar mis visiones. Aún me acuerdo de ese día, el 1 de diciembre de 1860. Me interrogaron sin descanso desde la mañana a la noche, y fue el mismo obispo el que me dijo que había pensado en un lugar para mí, alejado del tumulto que me rodeaba. Se trataba del hospicio de las Hermanas de la Caridad. Monseñor era un hombre anciano y bondadoso que me trataba con ternura. Me dijeron que se había emocionado con lo que yo le conté, pero no recuerdo qué pudo ser.

Un escritor vino a verme una tarde y, después de hablar un rato conmigo, dijo que yo era una pobre idiota. Pero ¿qué es ser idiota? ¿No

saber hablar? Las ovejas, las caballerías, los terneros que pastan a la orilla del río tampoco hablan. Pero no hablar no es lo mismo que no ver. Es como cuando un pájaro muy hermoso se posa a tu lado y no quieres moverte para no asustarlo. Hablar es como tratar de cogerlo, si lo haces se aleja de ti.

La madre Joséphine Imbert cree que sólo cojeo para llamar la atención. Incluso me obliga a permanecer en la celda si me ve renqueando en el claustro porque dice que soy un mal ejemplo para las otras hermanas. Pero el dolor de mi rodilla aumenta cada día. A veces es tan intenso que tengo que morder un pañuelo para no gritar. La madre nunca me quiso. Me aceptó en el convento porque la obligaron, no porque creyera que eso era bueno para mí. Fue así desde mi llegada, cuando entré allí para profesar, y mientras todas las novicias recibieron el crucifijo, el libro de las constituciones y la carta de obediencia, yo no recibí nada. No hace nada bien, era lo que repetía una y otra vez la madre cuando alguien le reprochaba el trato que me daba.

Nunca creyó lo que se contaba de mí, me imponía los trabajos más duros como penitencia. En la iglesia me obligaba a permanecer tumbada en el suelo con los brazos abiertos frente al altar, lo que me hacía mucho perjuicio pues las losas estaban heladas y aumentaban mis dolencias. Era una tortura estar allí, aunque nunca protesté porque ¿adónde podía ir? A mi pueblo no podía volver porque desde que todos hablaban de mis visiones no tenía un momento de paz. Me esperaban a la puerta de la casa, me seguían por las calles rezando. Creían que podía hacer milagros y me llevaban enfermos para que los curara. Pero yo no podía hacer eso. Tampoco podía volver a la gruta, porque siempre había allí decenas de personas esperando. Ponían velas encendidas en el suelo, se pasaban las noches pidiéndole cosas. No sabían que a Aquerò no se le puede pedir, que no hay manera de convencerla de nada. Es como esos pájaros que oímos cantar en las frondas del bosque. No hables con nadie de esto, te dicen cuando los ves. No lo dicen así, claro, pues ellos no hablan. Lo dicen con la lengua de las cosas mudas. También Aquerò te hablaba con esa lengua. Era como si más allá de aquel lugar en que estábamos existiera otro lugar, un lugar que sólo ella conocía. Tienes que traer aquí todas las cosas del mundo, te decía.

Yo de esto no hablaba con nadie. Lo hice aquella vez, la primera, cuando al salir de la gruta me encontré con Toinette y Baloum. Estaba tan alterada que, cuando me preguntaron qué me había pasado, se lo dije. No debí hacerlo, pues a Toinette, que no podía tener la lengua quieta, le faltó tiempo para contarlo en el pueblo. Dijo que en la gruta había una Señora que había hablado conmigo y que era como esas llamas que en los cementerios flotan a unos palmos del suelo y de las que se dice que son espíritus de niños sin bautizar o nacidos muertos que revoloteaban ente el cielo y el infierno. Y empezaron a ir para verla, de forma que muy pronto muchos se reunían a la entrada esperándome. Y pasaba algo extraordinario, que me bastaba con acercarme a ellos para que dejara de escucharse sonido alguno y todo se quedara en suspenso. Una mujer que se estaba arreglando el pañuelo permanecía con las manos enredadas en su cabello, un niño que se había agachado a coger algo se quedaba ovillado en el suelo, dos esposos, que llevaban a un pequeño en los brazos, se quedaban quietos como estatuas. También Baloum se desprendía de mi mano y se quedaba atrás. Sólo yo podía moverme, era la única despierta en aquel mundo dormido. Entonces veía a Aquerò. Estaba en lo alto de la gruta, rodeada de un halo de luz verdosa que recordaba la luz de las luciérnagas en las noches de verano. ¡Qué pequeña era! No decía nada, apenas se movía y me miraba fijamente como si se extrañara de verme en un lugar que sólo a ella pertenecía. Aquellos dos mundos, el suyo y el nuestro, ¿se podían mezclar? Extendía entonces sus manos mostrando sus palmas blancas, que temblaban como las hojas de los chopos cuando un viento muy leve las mueve.

Una vez me quedé dormida y cuando volví a abrir los ojos Baloum estaba arrodillada a mi lado. Yo estaba en el suelo y ella retenía mi cabeza sobre su regazo. ¿Cuándo me había dormido? ¿Lo que yo había visto era un sueño? Sentí el ruido del viento, el canto de los pájaros y en el exterior de la gruta vi a la gente moverse. Al salir, se arrodillaban cuando me veían pasar, como si yo fuera una de esas santas que hay en las iglesias a quienes todos van a rezar. Un ciego me hizo poner los dedos sobre sus ojos vacíos, unas mujeres me acercaron en brazos a una muchacha deforme. Algunos llevaban la cabeza o las manos vendadas, otros cojeaban o habían perdido alguno de sus miembros. Todos se acercaban a mí para que les tocara.

Baloum y yo nos abrimos paso entre ellos como pudimos y, al llegar al camino, echamos a correr. Bajamos al arroyo. Las aguas estaban muy quietas y nos acercamos a la orilla. Vamos a andar por el agua, le dije a

Baloum. Y agarradas de la mano nos internamos en la corriente. El agua se movía bajo nuestros pies, pero no nos hundíamos. Éramos como esas hermanas gemelas que comparten los pensamientos, los sueños, que enferman a la vez. ¿Lo que pasó esa tarde en el río fue un sueño? Era extraña Aquerò. Te daba lo que no le pedías.

Unos días después, dos tías mías me llevaron a ver al padre Dominique. Era el párroco del pueblo, y era muy cariñoso con nosotros. Apreciaba mucho a mi padre, y nos había ayudado cuando estuvo en la cárcel. El padre Dominique me preguntó si era cierto que yo veía a la Virgen, y no supe qué contestar. Recordaba mi paseo por el agua con Baloum. Llegamos hasta el puente de piedra y regresamos a la orilla temiendo ir a hundirnos con cada nuevo paso. Regresamos a casa y esa noche oí ruidos en el patio. Me levanté para ver qué era y vi a Baloum detenida en la puerta. Hacía mucho frío y la acerqué al calor de la cocina, cuyo rescoldo aún se mantenía encendido. El cielo estaba lleno de estrellas que brillaban como ojillos de gente loca. Bernadette, me preguntó, ¿qué pasó en el río? Hablaba de aquello como si no hubiéramos sido nosotras las que hubiéramos estado allí, sino otras que no conocíamos. Anduvimos por encima del agua, le contesté. Y le hablé de lo que había pasado antes en la gruta, cómo se había hecho un silencio muy grande y todos se habían quedado quietos, y cómo al entrar había visto en lo alto de la pared a la pequeña dama. Y cómo me había entrado un sueño dulcísimo y al despertar era ella, Baloum, la que me tenía en los brazos y me decía que me despertara. Y que al salir vimos a toda aquella gente esperando y nos escapamos corriendo, y al llegar a la orilla del río y ver el agua, nos pusimos a andar por ella y cuando quisimos darnos cuenta habíamos llegado al puente, y vimos cómo el viento movía las ramas de los árboles y oímos gritar a la corneja. Y que era como si aquel sitio perteneciera a la vez al mundo que conocíamos y a otro que no sabíamos cuál era. Un mundo del que luego no podíamos hablar porque era como si aquellas que habían andado por el río se hubieran quedado con el secreto de dónde habían estado. Eran cosas así las que le contaba a Baloum. Muchas me las inventaba yo. Mentía para proteger ese secreto.

Eso me pasaba a mí con Aquerò, que era ella quien se quedaba con el secreto de lo que sucedía en la gruta. Por eso cuando el padre Dominique me preguntó por lo que había visto, yo no se lo supe explicar. ¿Esa que viste en la gruta, me preguntó, era la Inmaculada Concepción? Y yo me limité a decirle lo que mis tías me habían pedido que dijera. Porque doce años atrás había pasado algo en La Salette que recordaban bien y que según ellas se parecía a lo que ahora me estaba pasando a mí. Una señora vestida de blanco se había aparecido a dos niños en la montaña, al borde de un arroyo. La señora andaba sobre la hierba sin pisarla y les había confiado a los niños un gran secreto. Una señora vestida de luz, un secreto que confiaba a unos niños sencillos y buenos, una misión por cumplir, y la promesa de milagros para encantar a la gente, ¿esa historia no se había repetido en muchos lugares? Por eso cuando Toinette contó en el pueblo lo que me había pasado en la gruta todos pensaron que se trataba de la misma historia. Y así empezaron a decir que la Señora quería que se hicieran procesiones a la gruta y que se construyera en aquel lugar una capilla en su honor. O que me había pedido que hiciéramos penitencia por nuestros pecados. Pero ¿cómo Aquerò iba a decir esas cosas? Ella que amaba los lugares escondidos, las grutas donde no entra nadie ¿para qué iba a querer una capilla llena de oro?

Si me trajeron a este convento no fue porque yo lo pidiera, sino porque querían tenerme lejos de Lourdes. La noticia de las apariciones se había extendido por toda Francia, y centenares de peregrinos acudían a la gruta y preguntaban por mí. Y tenían miedo a lo que pudiera contarles. Un periodista me dijo que me llevaría a París y que me haría rica. Pero ¿acaso no lo era ya? Los peregrinos me llevaban a sus hijos para que los sanara y empezaron a hablar de milagros, de paralíticos que habían vuelto a andar, de ciegos que recuperaban la vista. Habían hecho un estanque con el agua que manaba de la gruta y metían allí a los enfermos esperando verlos sanar. Vestían de oscuro y cargaban paquetes de todas clases, cestos, maletas y cajas de madera. Unos apenas podían andar, otros estaban ciegos o llenos de pústulas, algunos estaban tan enfermos que tenían que llevarlos en brazos o en camillas improvisadas. Se formaban montones de almohadas, colchones y camillas, en medio de una multitud que esperaba la llegada de

los enfermos. Llenaban la gruta de cirios encendidos y se arrodillaban a rezar.

Antes de venir a Nevers, estuve un tiempo en el hospicio que las religiosas Hermanas de la Caridad tenían en Lourdes. Eran muy buenas conmigo y me enseñaron a ocuparme de los enfermos. Había tanto que hacer que no teníamos tiempo para perderlo en murmuraciones. La gente vivía en la pobreza y cuando enfermaban los llevaban al hospicio. Muchos morían allí. Era muy triste ver esto, sobre todo cuando los que morían eran los niños. Era muy triste tener que lavar sus pequeños cuerpos inertes, vestirlos y peinarlos para que sus madres los vieran guapos por última vez. Algunas ni siquiera lloraban. Estaban acostumbradas a la desgracia, a trabajar desde la mañana a la noche, a soportar a maridos borrachos, a ver enfermar y morir a los hijos que parían. Pero a mí me gustaba arreglar a los niños antes de que los metieran en aquellas cajas sin desbastar, que parecían hechas para guardar herramientas. Los peinaba, lavaba sus caritas y sus manos, ponía a su lado las flores más lindas que encontraba.

Me acordaba de cuando Baloum había muerto, de todo el tiempo que pasé a su lado durante su enfermedad viendo cómo la fiebre la devoraba. Por las noches hablábamos de las cosas que habíamos hecho juntas, sobre todo de la tarde en que anduvimos por encima de las aguas. Baloum respiraba con dificultad y tenía que detenerse cada dos o tres palabras porque se quedaba sin aire. ¡Pobre Baloum! Cuando llegaban las fiestas nos quedábamos mirando los puestos de golosinas porque no teníamos dinero para comprarlas. Muchas noches tenía miedo y venía con nosotros al lugar miserable donde vivíamos hacinados. Baloum se acostaba a mi lado y estaba tan fría que tenía que abrazarla mucho tiempo para que pudiera recuperar el calor. Nunca la vi quejarse, nunca protestó por la vida que tenía. ¿Se podía detener el granizo que destruía las cosechas, hacer que los lobos no atacaran a las ovejas, impedir que nacieran niños deformes? No, no se podía. Consentir, era todo lo que podíamos hacer.

El sufrimiento, ¿por qué existirá? Está por todos los sitios. Dentro de las

casas, en las iglesias, en las tabernas donde los hombres van a beber, en los establos y en las cocinas donde hierven los guisos. Está en los corrales de las casas, y en los tristes rebaños que recorren los campos, pues también los animales sufren y se dañan entre ellos. En cualquier sitio que miraras descubrías tormentos y pesares. ¡Cuántas lágrimas se habían vertido en el mundo! Y esas lágrimas ¿de qué habían servido si todo continuaba igual? También en mi casa fue así y en ella raras veces hubo felicidad. Sobre todo, desde que tuvimos que abandonar el molino. Mi padre se vio obligado a aceptar los trabajos más miserables para darnos de comer y regresaba tan agotado que ni siquiera tenía fuerzas para quitarse la ropa para dormir. Yo le ayudaba a hacerlo. Estaba tuerto y se cubría el ojo vacío con un parche negro que se ataba a la nuca. Aquello le avergonzaba, como si haber perdido un ojo fuera el castigo por algo malo que hubiera hecho. Cuando murió mi hermano nada podía consolarle. Tenía sólo tres años y era el cuarto de nosotros y el primer varón. Siempre se estaba riendo y no se separaba de mi padre, al que adoraba. Le estuvimos velando en nuestra pobre casa. Vino gente del pueblo. Yo estaba muy cansada y no podía apartar los ojos del niño. Habían encendido varios cirios a su alrededor y su piel tan blanca tenía el brillo de las losas de la iglesia. No se movía, no abría los ojos cuando le llamabas ni tendía los brazos para que le cogieras cuando te acercabas a él. ¿Morir era olvidarte de los que te querían?

Había algo debajo de la alacena. Me tumbé en el suelo y cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad vi que era el reloj de mi padre. Era extraño que estuviera allí ya que se lo había vendido a un vecino del pueblo una vez que no tenía ni un franco para darnos de comer. Se lo había comprado de joven con un dinero que había ganado a la lotería, y desde entonces siempre lo llevaba en uno de los bolsillos de su chaleco sujeto con una cadena. Cuando lo abrías se oía *La marsellesa*. Venderlo para poder comprarnos comida había sido una de las grandes derrotas de la vida y todavía se acordaba de él. Ahora estaba allí, debajo del armario. Traté de alcanzarlo estirando mi brazo hasta hacerme daño, pero no lo conseguí. Mi padre estaba atendiendo a los que habían llegado y mi primer impulso fue correr a contárselo, pero preferí no hacerlo, temerosa de que pudieran acusarnos de haberlo robado, porque ¿cómo podíamos explicar que el reloj volviera a estar en nuestra casa? Agotada, me quedé dormida. Al despertar, mi hermano seguía inmóvil sobre la mesa y mis padres estaban a su lado abrazados. Corrí en busca del reloj, pero ya no estaba debajo del aparador y

supe que lo había soñado.

Del mundo sólo conocemos una parte, lo demás nos es desconocido. Mas que no conozcamos algo no quiere decir que no pueda existir. Esto lo aprendí cuando me enviaron a Bartrès. Mis padres no podían ocuparse de nosotros y me dejaron con una nodriza en aquella aldea de apenas cuatrocientas almas, situada a una legua de Lourdes. Las casas se hallaban desparramadas entre praderas y frondas de nogales y castaños, pues había un agua abundante que bajaba de las montañas. Vivíamos junto a un prado lleno de manzanos y perales y de un arroyo tan pequeño que podía cruzarse de un salto. Yo iba al campo con las ovejas y contemplaba las montañas cubiertas de masas resplandecientes o sombrías, según la hora del día. Era una niña delicada que enfermaba al menor cambio de tiempo, a causa del asma. Todos me consideraban poca cosa, pues no sabía leer ni escribir ni entendía de cuentas, pero vivía rodeada de dulzura y mi nodriza no dejaba de contarme historias llenas de misterios relacionados con los bosques, grutas y montañas que nos rodeaban. Historias de árboles que sangraban, de pájaros cuyos cantos detenían el discurrir del tiempo, de cruces de caminos en los que había que rezar tres avemarías antes de seguir adelante para no encontrarte con animales de siete cuernos que llevaban a las muchachas a la perdición. La historia de Renaud de Montauban, de sus tres hermanos, y de su caballo mágico, Bayard, que podía crecer hasta llevarlos a los cuatro en el lomo. Y de su lucha despiadada contra el emperador Carlomagno, que era un monarca vengativo y traicionero que quiso matar al caballo lanzándolo al río encadenado a una gran roca. O la historia de la dama de Shalott, sobre la que pesaba la maldición de que le sucederían todo tipo de desgracias si abandonaba la torre en que vivía encerrada. Contemplaba el mundo a través de un espejo que colgaba junto a la ventana, y por él vio una tarde a un caballero tan hermoso que la hizo abandonar la torre para internarse en el lago en una barca y perderse en la niebla y no regresar más.

Y a mí me bastaba con adentrarme en el bosque con mis ovejas para escuchar el canto de la desdichada dama. Porque aquel era un mundo de hadas que bailaban en los claros del bosque, de enamorados que detenían el vuelo de las aves con el canto de sus penas, de animales que entendían la lengua de los muertos, de leñadores que en las noches de luna se

transformaban en lobos, de bandidos que raptaban a las muchachas que dormían con las ventanas abiertas. Un mundo de damas blancas que se aparecían dentro de una luz resplandeciente, como les había pasado en La Salette a los niños Maximin y Mélanie. Pero no, Aquerò no era como la dama que ellos habían visto. No lloraba por los pecados del mundo, no me había susurrado ningún secreto, no llevaba colgado al cuello un crucifijo, un martillo y unas tenazas.

La mentira es extraña, se apodera de ti, te hace hablar con palabras que no sabes de quién son. Es como un vestido que te pones y que no te puedes quitar, que se confunde con tu propio cuerpo, que lo cambia. Un vestido que se apodera de tu voluntad y te obliga a hacer cosas que no comprendes. Porque era extraño subir a la gruta y que empezaran a seguirte, que se arrodillaran cuando pasabas, que te pidieran cosas que tú no podías darles. Háblale de nosotros, me decían. Pero ¿hablarle de qué, de sus penas, de que estaban enfermos y tenían miedo a la muerte? ¿De qué sirve hablar de eso? La muerte está en las hojas que caen, en los árboles secos, en los animales hambrientos, en la materia que se descompone junto a las raíces. Está en las caras de los ancianos, en los suspiros de las parejas cuando se aman, en nuestros propios ojos al mirarnos en el espejo. Si no podemos hacer nada para evitarla ¿por qué ocuparnos de ella? Era como aquella historia de la dama de Shalott. ¿Importaba por qué estaba encerrada, qué hacía allí? Es lo que vio en el espejo y la hizo vagar en la barca en medio de la niebla lo que queremos saber.

Aquerò era como ese reflejo en la ventana de la torre, era como el caballero que la dama del lago vio aparecer en su espejo. Venía de las afueras del mundo. Si me sigues, decía con su sonrisa, te diré dónde está escondido tu corazón. Era como si te hubieran robado el corazón y ella supiera dónde lo tenían. Te decía que en el mundo había lugares que no conocías y que podía llevarte a ellos.

Todo esto cambió cuando empezaron a llegar los enfermos y los peregrinos al pueblo. Me iban a buscar a casa, me esperaban a la puerta para

acompañarme a la gruta. Un ciego mostraba sus ojos turbios, una muchacha exhibía las llagas de sus piernas, una mujer se esforzaba por juntar sus manos deformes, una madre llevaba en sus brazos a un hijo que a pesar de haber cumplido siete años era incapaz de andar y hablar. Cubrían las rocas de la entrada de la gruta de pequeños corazones, de piernas y manos de cera, de cabellos atados con cintas porque iban buscando milagros. Algunos me llamaban loca, decían que era una enferma, una alucinada, un ser atacado de infantilismo, apenas consciente, incapaz de voluntad. Se metían conmigo porque no conseguían que sus miembros sanaran, que sus ojos pudieran ver, que sus hijos vivieran. Una tarde me atacaron a la entrada de la gruta. Una mujer me golpeó con una cuerda y otras me arrastraron por el suelo tirando de mis vestidos. Las autoridades me acusaban de perturbar el orden público y me amenazaban con la cárcel.

Y todo el mundo empezó a hablar de lo que pasaba. Se hablaba de muchachas paralíticas que volvían a andar, de enfermos que se levantaban de sus literas, de sordos que volvían a oír, de cojos que echaban a andar sin muletas. De un chico que resucitó del agua helada. Yo no sabía qué pensar de esas curaciones, porque lo que pasaba en la gruta no tenía que ver con ellas. Todo allí era secreto, todo trascurría a espaldas del mundo. Estar con Aquerò era como estar escondida en un lugar que nadie conocía, del que no se podía volver. Los animales huyen en la proximidad de los hombres. Se apartan cuando oyen sus pasos por los caminos, cuando los oyen gritar o reír, cuando van al bosque para recoger madera con que calentarse. Pero algunos se acercan en secreto a los pueblos. Les gustan las ventanas iluminadas, los tendales llenos de ropa, el orden de las huertas, los juegos de los niños y de las jóvenes. Y se acercan a ver todo eso. Aquerò era así, le gustaban las cosas de este mundo. Pero si tratabas de acercarte a ella escapaba de tu lado. Si hablas de esta gruta, parecía decirme cuando la veía, me perderás.

Pero en Lourdes no me dejaban tranquila. Me esperaban a la puerta de casa, me abordaban por la calle para pedirme que intercediera por ellos ante la Señora, que era como la llamaban. Querían que la hiciera depositaria de sus quejas, de sus amarguras, que le preguntara si la vida tenía que ser siempre así: llena de sufrimiento. Vaso Espiritual, Rosa Mística, Torre de David,

Casa de Oro, Arca de la Alianza, Puerta del Cielo, Estrella de la Mañana, Refugio de los Pecadores, con todos estos nombres la llamaban. Y yo me acordaba de la mujer que me había atacado, de la furia que veía en los rostros de los que me esperaban a la entrada de la gruta, y de los insultos que me decían cuando las cosas no eran como ellos querían, y tenía miedo a que todo eso se repitiera.

Una tarde una mujer me dio al entrar en la gruta un cirio encendido. No sé cuánto tiempo permanecí absorta en mis ensoñaciones, pero cuando quise darme cuenta el cirio se había consumido y la llama llevaba un rato en contacto con mi piel sin que se produjera en mí dolor o quemadura alguna. Mi primera reacción fue apagarla para que nadie pudiera verlo. Pero sentí a la multitud esperando a la entrada de la gruta y tuve miedo de sus llagas, de sus ojos vacíos, de sus miembros rígidos como ramas secas, de sus caras deformadas por el dolor y la ira. Miedo a que me volvieran a pegar o insultar, a que me pidieran cosas que yo no podía darles. Y me volví llevando aquella llama en mi mano. Algunos se arrodillaban a mi paso o tendían las manos para tocar mis ropas. Las madres se acercaban con sus hijos enfermos para que la luz de la llama los iluminara un momento. Pensaban que esa luz los podía curar. Pero ¿puede curar una llama, la luz que ilumina tus vestidos cuando te acercas a ella?

Esa noche caminé hasta las afueras del pueblo. El cielo estaba lleno de estrellas y un viento muy suave movía las ramas de los árboles que en las sombras recordaban brazos humanos. El cielo era negro como el carbón, y oí un llanto débil que me recordó el balido de un cordero. Esa llama, pensé, ¿por qué no me quemaba? Las agujas de los pinos cubrían la ladera como mantas viejas. Adónde iría ahora, qué haría. Nuestro vecino el pastor había hecho allí un cercado para sus ovejas, y me acerqué a acariciarlas. Me miraban como si lo supieran todo, lo que había ocurrido y lo que iba a ocurrir. Me acordé de algo que decía mi madre para referirse a esos vecinos del pueblo que se apartaban de todos para ocultar sus miserias. Uno está tan enfermo como sus secretos. ¿Estaba yo enferma? ¿Qué secreto guardaba conmigo?

Por la mañana, todos se volvían para mirarme. Habían sido testigos de lo que había pasado en la gruta y la noticia del milagro corría por los

caminos. Incluso había estado presente el médico de la ciudad, el doctor Romaine Dozus, quien midió el tiempo que la llama permaneció sobre mi mano sin causarme daño. El milagro del cirio lo llamaban. Desde ese momento, todo cambió para mí. Ya no me insultaban, me seguían por las calles o me esperaban al amanecer a la puerta de casa. Y en los caminos que llevaban a la gruta se agolpaba una multitud esperando a que apareciera. Me acercaban a sus hijos pequeños, que yo acariciaba como se hace con los caballos asustados. Querían que le trasladara a Aquerò sus peticiones, que abogara por ellos, que le hablara de sus penas. Por las noches, llevaban velas y se formaban colas interminables de pequeñas llamas que temblaban como las mariposas en las noches de verano.

Uno de esos días el abate Peyramale, el cura de Lourdes, me llamó para hablar conmigo. Era un hombre bueno y recto, al que todos querían. Pero yo me había criado en Bartrès y apenas había tenido trato con él. Esa Señora que viste, ¿era Nuestra Señora?, me preguntó. Y yo permanecí callada. Luego me preguntó cosas del catecismo que no le supe contestar, pues nunca había ido a las clases de la parroquia. Se enfadó conmigo y me dijo riéndose que si era cierto lo que andaba contando por qué no le pedía a la señora que había visto que hiciese florecer el rosal silvestre que tenía a mis pies. Pero ¿cómo iba a pedirle eso si no sabía quién era, por qué, aunque la gruta se llenara de gente, sólo la veía yo? Me eché a llorar y él entonces me tomó entre sus brazos y me abrazó tiernamente.

Varios años después, cuando ya estaba en este convento, vino a verme y hablamos de cuando nos conocimos y me pidió perdón por haberme hecho llorar. Hacer llorar sin razón a un niño, me dijo, es el mayor de los pecados. El abate Peyramale se transformó en mi defensor. Para protegerme de la muchedumbre me llevaba a la parroquia y me daba pequeñas tareas que hacer: barrer el suelo de la iglesia, guardar los candelabros y las lámparas votivas, reponer las lámparas de aceite o de cera, vigilar las provisiones de incienso y carbón, ordenar los armarios con los ornamentos sagrados. Yo era feliz en aquel silencio. A veces me quedaba mirando las figuras de los altares: ángeles con la mirada perdida en el infinito, santas que llenas de llagas transmitían paz, vírgenes que a pesar de sus penas parecían conformes con su destino. ¿El dolor podía ser hermoso? Sus penas no se

parecían a las nuestras: las penas de mi familia, mis propias penas. Las penas de los enfermos, de las madres que perdían a sus hijos, de los pobres que pasaban frío y no tenían para comer, de los rebaños rumiando en los campos helados, de los animales hacinados en los establos. Para qué vivimos, decían esas penas, todo esto para qué.

Una tarde en que estábamos en la sacristía el abate me enseñó un libro lleno de imágenes. Eran reproducciones de cuadros que pintores de otros tiempos habían hecho de la Virgen María y me pidió que le dijera si la señora que yo había visto se parecía a alguna de ellas. Pasé lentamente las hojas viendo aquellas muchachas. Algunas estaban sobre nubes resplandecientes, otras pisaban la cabeza de un dragón o de una serpiente, o llevaban mantos azules o una corona de estrellas o tenían en sus manos una paloma o una granada. Las más tenían a su hijo en los brazos. Todas parecían tristes, como si supieran cosas que no se atrevían a decir. Eran como novias que se prepararan para la fiesta de sus bodas, pero cuyos corazones por dentro estuvieran deshechos. Me extrañó que fueran tan distintas entre sí. Se lo dije al abate que me contestó que los pintores utilizaban como modelos a personas reales para dar a entender que cualquier muchacha podría haber sido elegida por Dios para aquella misión. Y volvió a preguntarme si la señora que yo había visto en la gruta se parecía a alguna de ellas, pero no supe qué contestarle. Lo que me pasaba en la gruta era como esos sueños en que vives cosas que olvidas al despertar. Puede que Aquerò fuera un sueño. Mas, en ese caso, aquella llama ¿por qué no me quemaba?

Estuve un buen rato pasando las hojas del libro y al levantar los ojos vi que el abate estaba a mi lado mirándome. Desde la calle nos llegaron las voces del chamarilero anunciando su llegada al pueblo. Comerciaba con objetos y ropas usadas. Su voz era aguda y sonaba como si estuviera rota. Me pareció que en el mundo todo estaba roto, que cada cosa seguía su propio camino. La señora que viste, insistió el abate, ¿habló contigo? Hubiera querido contestarle, pero ¿qué le podía decir? Era como haber estado de noche en

una casa resplandeciente en la que nunca antes habías estado y a la que luego, por la mañana, por mucho que te empeñaras no supieras volver.

La sacristía estaba muy oscura y permanecimos un largo rato escuchando cada uno la respiración del otro. De pronto, y sin saber por qué, el abate empezó a llorar. Levanté los ojos hacia la pared. Había un espejo del que colgaban dos ángeles con las caras enrojecidas, como si hubieran estado bebiendo a escondidas el vino de la misa. El abate se había cubierto la cara con las manos e inclinaba la cabeza hasta casi tocar la superficie de la mesa. ¿Era yo quien le hacía sufrir? Se comportaba como una persona que ha perdido algo y no acierta a recordar qué. Aún estaban encendidos los cirios de la misa, me acerqué a uno de ellos y cogí su llama con los dedos. Y me acerqué al abate llevándola entre los dedos. La llama seguía en mis dedos, y él tendió la mano para ver si quemaba. La dejé sobre la mesa, donde aún permaneció encendida unos minutos. El abate me preguntó entonces si podía hacer otras cosas así, y me bastó con poner mi mirada sobre los cálices y los candeleros que había al otro lado de la mesa para que estos empezaran a moverse. ¡Oh Dios, Dios, exclamó, pobre criatura mía! Cogió una silla que estaba junto a la puerta y se sentó a mi lado. La sacristía estaba en silencio, revuelta y triste, y sin dejar de mirarme me dijo que no volviera a la gruta, que no hiciera esas cosas delante de nadie, que mi vida se transformaría en un infierno si lo descubrían.

Me acordé de las ferias, de las barracas que ponían en la plaza. En una de esas barracas estaban los fenómenos: enanos, mujeres barbudas, tipos como montañas de grasa, seres que no eran ni hombres ni mujeres. ¿Era yo como ellos? Había andado por encima del río con Baloum, podía tomar una llama sin quemarme y hacer cosas que guardaba en secreto: mover los objetos con el pensamiento, hundir mis manos en las paredes, hacer hervir el agua, caminar entre la gente sin que me conocieran. Todo eso me sucedía en los días posteriores a mis encuentros en la gruta, ya que aquellas cualidades estaban relacionadas con Aquerò. Era como si hubiera otra en mí, y fuera ella quien la visitara en la gruta. Otra que era yo misma y que a la vez estaba fuera de mí, como están los animales y las plantas, como estaban todas aquellas figuras que había en la iglesia, como estaban los muertos y los locos fuera del mundo. Era esa otra la que habitaba ese afuera, y la que podía hacer esas cosas. Todo esto, pensaba, ¿por qué Aquerò querrá que pase?

Otra tarde estaba en el patio lavando unas botellas de vidrio. Las había puesto a secar encima de la mesa cuando sentí el deseo de moverlas sólo con el pensamiento, como llevaba haciendo en secreto todos esos días con cosas que me encontraba. Tal obsesión me había empezado una noche en que estando acostada, al fijarme en la vela que había dejado en el suelo, esta empezó a moverse. Al día siguiente probé con otras cosas: los cacharros de la cocina, las hoces y las palas, el caldero del pozo. Y vi que las cosas hacían lo que yo les decía. De modo que esa tarde, al ver las botellas, las hice deslizarse sobre la mesa. Y Baloum, que acababa de entrar en el patio, lo vio todo asombrada. Le conté que había seguido yendo a la gruta y que era Aquerò quien me daba aquel poder. Sé hacer otras cosas, añadí. Había allí un cazo con agua y me bastó con tocarlo para que el agua empezara a hervir. Unas mujeres pasaron por allí y Baloum se acercó a mí para protegerme de sus miradas. No debes hacer esto, me dijo muy nerviosa mientras se alejaban. En el pueblo se contaban historias de brujas que preparaban pócimas con las que se apoderaban de la voluntad de los hombres, brujas que en las noches de luna se reunían en el bosque para volar por el aire y cometer todo tipo de maldades, y Baloum no quería que pensaran que yo era como ellas. Las cosas extrañas que hacían los hombres, ¿siempre tenían que ver con la oscuridad y el dolor?

Baloum se fue a casa y al quedarme sola tuve miedo. Miedo de la gruta, de las cualidades nuevas que adquiría en ella y que no comprendía. Porque ¿acaso no eran los muertos los que en la noche movían los muebles de las casas, los que abrían las ventanas y puertas de las habitaciones vacías, los que hacían temblar las llamas de las velas? El mundo, ¿para qué era? ¿Por qué estábamos en él? Cuando era más niña y vivía en Bartrès no pensaba en la muerte. Ni siquiera pensaba en Dios. Dios era las flores y los árboles y los montes y el sol y la luz de la luna. Dios era las ovejas que llevaba a pastar, la hierba que comían, el agua del pozo. Decía agua, árbol, y eso era Dios. No pensaba en la muerte porque morir era confundirte con el agua de los arroyos, con las hojas que caían, con el viento que susurraba en las enramadas, con el reflejo del sol en las piedras. Pero era como si toda mi vida hubiera estado dormida y ahora me hubiera despertado y no reconociera a la que había sido antes de conocer a Aquerò. Pero ¿ella no era un sueño también? Un sueño dentro de otro sueño, ¿a eso llamaban despertar?

Esa mañana me levanté muy pronto para ir a la gruta. No sé cuánto tiempo estuve dentro, pero se reunió a la entrada una pequeña multitud. Oía sus voces, el rumor repetitivo de los rezos, sus cantos. Algunos me llamaban quedamente para que saliera. Yo no quería hacerlo porque sabía lo que me esperaba: los lloros, las súplicas, todo lo que hacen los hombres cuando son desdichados. Cuando amas a alguien ¿no te conformas con lo que te da? Cosas que no sabías si eran reales o no, era lo que Aquerò te daba. Esa tarde fue un conejo. Salió de lo más hondo de la gruta y corrió decidido hasta mí. Estaba muy caliente y sentí los latidos apresurados de su corazón. Sucedió algo portentoso. En la explanada, frente a la gruta, había una multitud esperando y pasé entre ellos sin que me vieran. El camino de vuelta estaba lleno de peregrinos, pero tampoco estos se dieron cuenta de que pasaba a su lado. De pronto no podía seguir andando por el camino, no podía llorar, y sin poder contenerme eché a correr llena de gozo dando voces y gritos, hasta terminar agotada. Cuando volví en mí ya no llevaba el conejo en los brazos. ¿Dónde estaba, en qué momento lo había perdido? Lo estuve buscando por el campo. Comprendí que tenía fantasías, que veía cosas que no existían, que no podía recuperar.

Hubo otros animales, otros objetos. Un cordero, un gallo, una guirnalda de flores, un paño precioso con brocados de oro, un anillo con una piedra roja, una bandeja de plata. Escondía los objetos para que nadie pudiera verlos y cuando iba a buscarlos ya no estaban; y por mucho que cuidara a los animales estos no tardaban en desaparecer. Nunca supe si eran reales o no. Eran como esas cosas que suceden en los sueños y que cuando despiertas no sabes explicar. Como haber estado en un lugar donde te encontrabas con un corazón que no sabías si era el tuyo y del que por alguna razón misteriosa tenías que hacerte cargo. Aquel cordero, el anillo con la piedra roja, la llama que ardía sin quemarme hablaban de ese corazón. Pero ¿qué haces con un corazón así? Está lleno de locura, te pide cosas que no comprendes, que no puedes explicar. Quiere lo que no tienes, lo que no le puedes dar. Me perderás, dicen todas las cosas bellas.

No es verdad que Aquerò hablara conmigo, que me pidiera que hiciéramos penitencia, que se hicieran procesiones a la gruta y se construyera allí mismo una capilla en su honor. Hablaban los enfermos, los sacerdotes, las autoridades civiles. Hablaban las mujeres en la calle, los hombres en el campo, pero ella no se movía, no decía nada. Quería que miraras las cosas en silencio, que te fijaras en lo frágil que era todo. Te

decía que lo bello era un puñado de trigo, el agua que sacabas del pozo, la ropa que tendías en la hierba. Te decía que tu corazón no era una sola cosa. Es sinrazón, locura, partes sin un todo, te decía. Quiere lo que no le puedes dar.

Sólo Baloum y el abate Peyramale me respetaron. El abate porque quería protegerme de todo aquello, convencido de que me podía dañar; Baloum porque estar con ella era como estar con una niña muerta. Alguien que era y no era, que andaba por el mundo y no andaba por él, que todo lo quería y no quería nada. Nunca fui más feliz que cuando estuve a su lado. A veces, la hermana Constance me la recuerda. Ella tampoco pregunta, tampoco dice nada. Sólo se acerca a mí y se queda esperando. Anda, le digo, vamos a coger flores. Se viene conmigo a la huerta y para que haga algo tengo que hacerlo yo primero. Me pregunto por qué me mira así, quién es esa que ve, por qué no hace como las otras hermanas que no dejan de preguntarme por lo que oyen contar. ¿Tenía un manto azul, dos rosas en los pies?, ¿es verdad que te dijo que comieras hierba?, ¿los secretos que te confió por qué no se pueden contar?, me dicen. Sólo la hermana Constance me sigue sin preguntarme, le basta con estar a mi lado. Sí, es como Baloum, que también hacía lo mismo. Era tan silenciosa que muchas veces no te dabas cuenta de que estaba contigo.

Una vez íbamos andando juntas y al volverme había desaparecido. Estaba atardeciendo y tuve miedo de que pudiera pasarle algo, pues en la zona vivían muchos lobos, y la busqué cada vez más nerviosa hasta dar con ella. Se había despistado un momento y en vez de correr a buscarme se había quedado en aquel sitio esperando. No había sentido miedo, no había dudado ni un solo momento de que fuera a regresar a por ella, y se limitó a tomarme de la mano para seguir el paseo. Mira lo que hago, le dije. Y tomando un leve impulso me quedé suspendida en el aire. No sabía por qué hacía aquello. Sí, era como si Aquerò me hubiera dado un corazón que no era el mío y ahora tuviera que aprender a vivir con él. No era yo, era ese corazón el que me obligaba a hacer cosas que ni yo misma entendía: poner los cacharros en el suelo, llenar de agua cuantas botellas y frascos me encontraba, caminar descalza, llevar en los brazos las piedras más grandes. Está haciendo penitencia, murmuraban los que me veían. Pero no, no era

por eso, sino por ese otro corazón que ahora tenía y que no se cansaba de jugar con las cosas, porque ¿qué corazón no está lleno de caprichos? Y si cogía aquellas piedras era porque no me pesaban, y si llenaba de agua las botellas era porque en la noche desprendían luz. ¡Qué de cosas extraordinarias sucedieron entonces! Una tarde, paseando con Baloum por la orilla del río empezaron a caer copos. Eran muy blancos y se depositaban sobre las ramas y el suelo. Y nosotras empezamos a comerlos porque guardaban los sabores más deliciosos. Entonces Baloum se volvió hacia mí y me preguntó con una sonrisa: Todo esto, ¿por qué pasará? Pero antes de que pudiera responderla se echó a correr con los brazos extendidos y se puso a girar alocada bajo los copos. Luego vino en mi busca y me hizo girar con ella hasta que mareadas rodamos por el suelo. No basta con tener un solo corazón, te decían aquellos copos blancos.

Estos dolores no me dejan vivir. Me tienen despierta toda la noche, y sólo al amanecer, agotada, logro conciliar el sueño. Pero entonces ya es demasiado tarde pues enseguida nos llaman para ir a la iglesia. No puedo faltar, porque la madre Joséphine vigila todos mis pasos. Nunca quiso mi ingreso en este convento, que le impuso el obispo. Nunca creyó en mí, en las cosas que se contaban, pensaba que era una aprovechada, una mentirosa, o, a lo sumo, una idiota que a fuerza de fantasear había llegado a creerse sus propias locuras. Me trajeron aquí porque querían tenerme donde nadie me pudiera ver, ya que en Lourdes los peregrinos me buscaban a todas horas para hablar conmigo. Me dijeron que era lo mejor para mí, porque así estaría más tranquila. Pero era porque me tenían miedo. Miedo a lo que pudiera contar, a que dijera que lo que había pasado no era lo que ellos contaban.

Primero me mandaron al hospicio. Estaba situado a unos kilómetros de Lourdes y pasé dos años en sus claustros cuidando a los enfermos. Allí todos eran desgraciados y, tal vez por eso, empecé a contarles historias para entretenerlos. Que venga Bernadette, decían. Me sentaba con ellos en una sala del primer piso, cuyas ventanas daban al poniente, y les contaba las historias que había escuchado de niña. Historias de hombres obligados por el demonio a meterse en la piel de los grandes perros blancos de las montañas, de la hermana del rey de Aquitania, más hermosa que la luz; de Orlando, que enloquecido por los celos reventaba el curso de los arroyos,

asolaba los bosques y aniquilaba el ganado; de Carlomagno, que mantuvo incorrupta con un hechizo a su amante y no quería abandonar el cuarto en que descansaba.

Pero poco a poco se fueron enterando de que estaba en aquel hospital y cada vez eran más las personas que iban a verme. Se agolpaban en los jardines exteriores y arrodillados en el suelo se ponían a rezar como si yo tuviera el poder de concederles lo que pedían. Una vez forzaron la puerta del hospicio y entraron en tropel a buscarme. Llegaron hasta la sala donde estaba con los enfermos y causaron múltiples destrozos. Es terrible la angustia de los creyentes, su ira cuando descubren que las ilusiones que se han hecho no se cumplirán, que no hay ningún rincón en el cielo preparado para ellos.

Aquel incidente asustó a las otras hermanas que pensaron que lo mejor era que me fuera de allí. Me propusieron venir a este convento, el convento de Saint Gildard, situado a setecientos kilómetros de Lourdes, donde ellas tenían su casa principal, convencidas de que aquí nadie me conocería. Lo acepté de buen grado. Quería huir de toda aquella gente, de sus demandas cada vez más imperiosas, de rabia cuando no les hacías caso. Porque ¿qué podía hacer yo? ¿Cómo podía decirles quién era Aquerò, qué secretos me confiaba? No la había vuelto a ver y nunca le pregunté nada cuando me visitaba. ¿Le preguntas a un pájaro por qué se posa a tu lado, a un ciervo por qué se detiene a mirarte en el bosque? Claro que no, pues sabes que no pueden hablar. No te vayas todavía, es todo lo que les dices con el pensamiento.

¿Cuántos años han pasado desde entonces? ¿Diez, doce? No lo sé con exactitud, ya que los días se mezclan unos con otros en mi memoria. No sé qué hago en Nevers y sólo las visitas, cada vez más distantes, de mi padre y de mis hermanos, alivian algo mis penas. Tardan mucho en venir, pues desde Lourdes el viaje en tren es agotador, pero lo hacen cargados de noticias que me gusta escuchar. Me cuentan que todo ha cambiado desde mi marcha y que cada vez son más los peregrinos que visitan la gruta. Incluso han empezado a construir una iglesia, y unos canteros han tallado allí una especie de depósito para recoger el agua del manantial. También han trazado un camino en el flanco de la colina que adornan con ramos de

flores. Cirios que siempre están ardiendo, monedas, corazones de plata, se acumulan a la entrada de la gruta, donde los peregrinos se arrodillan a rezar. Pero han tenido lugar hechos desagradables. Niños que dicen haber visto al demonio, enfermos que mueren al exponerse al frío o a la lluvia, mujeres que sufren ataques histéricos, ladrones que aprovechan el desorden para robar. Llegaron normas de París diciendo que había que poner fin a aquel clima de locura, y decidieron cercar la gruta con una empalizada. Pero cada vez eran más los que se acercaban y las autoridades tuvieron que ceder y volver a abrir los accesos para evitar los disturbios.

Y me cuentan que en los valles, los pueblos y las ciudades de los alrededores sólo se habla de mí. Soy la joven bendita, la elegida de la Reina de los Ángeles, la intercesora que hará que sus súplicas se escuchen. Cuando mi padre y mis hermanos por fin se van me encierro en la celda a llorar. Me da pena que mi pueblo haya dejado de ser el que era, que haya habido desórdenes, que se cuenten mentiras sobre mí. Me da pena, sobre todo, pensar en las colas interminables de desesperados que se forman en los caminos. Nadie se ocupa de los que sufren, nadie cuenta la historia de sus penas, por eso se reúnen en las afueras de los pueblos y se bañan en los estanques donde abrevan los animales. Quieren no ser, vivir sin conciencia, confundirse con esos animales. Por las noches, me imagino marchando con ellos. Hay enfermos de tuberculosis, dementes, ciegos de ojos turbios, seres deformes, madres que llevan a sus hijos moribundos en los brazos, muchachas pálidas que han perdido la razón. Y me imagino tomando el agua del manantial a su lado, pues ¿acaso no soy como ellos? Es hermoso pensar que esa agua te puede sanar, que basta con llevarla a los labios para que las úlceras desaparezcan, los ojos vean, y las piernas te sostengan sin esfuerzo. Pero ¿acaso estas cosas pueden suceder?

Una vez vino a verme el obispo de Tarbes y le dije que me gustaría volver a mi pueblo y mezclarme a escondidas con los peregrinos. Quería ver las obras de la iglesia, el estanque con el agua, la procesión nocturna de los tullidos. Quería volver a la gruta y ver las ofrendas de los enfermos, las velas que ardían día y noche. Saber por qué hacían todo eso. La madre Joséphine me echó la bronca por haber hablado con el obispo sin su permiso, y me dijo que mientras ella estuviera viva no volvería a mi pueblo.

Las locas deben estar encerradas, añadió.

La madre Joséphine me encargaba los trabajos más duros y si me veía hablar con las otras monjas me imponía *curas de silencio*, como las llamaba ella: días enteros en que no podía pronunciar palabra alguna. Entonces me hacía llevar una campanilla que debía ir tocando por los claustros para que las hermanas se apartaran al sentirme llegar, como se hacía con los leprosos. La iluminada, me llamaba. Tampoco se creía lo de mi enfermedad, y si me veía cojeando por el claustro me castigaba a no salir de la celda convencida de que fingía y de que sólo quería llamar la atención. A causa de todo esto, nunca he sido feliz en este lugar. Pero ¿dónde fui feliz? No en Lourdes, desde luego, donde vivíamos hacinados en un cuarto inmundo. Mi madre estaba enferma y apenas teníamos para comer. No era fácil vivir en medio de tanta miseria, observando cada día el sufrimiento de mi padre por no poder complacernos. ¡Pobre padre mío, cuánto sufrió por nosotros! Recuerdo cuando robó aquel saco de harina. Llevábamos varios días sin comer y fue de noche al molino y se llevó uno de los sacos. Yo le vi esconder algo en un cuartucho que había en el patio, junto a la carbonera, y por la noche fui a ver lo que era. Nunca olvidaré el color de la harina al abrir el saco, su blancura. Era raro ver algo así en medio de tanta suciedad y miseria. Significaba que podríamos hacer pan, que tendríamos para comer, que dejaría de haber lloros en las noches. Pero a la mañana siguiente dos policías se llevaron a mi padre. Cuando salió de la cárcel era otra persona. Había tenido su propio molino, un oficio con el que mantener a su familia, y ahora no era nada. No podía soportar la idea de que le consideraran un ladrón. A veces le oía llorar en silencio. No sabía qué hacer para consolarle y por las noches, cuando estaba acostada, me daba por pensar que el saco aún continuaba allí y que yo lo encontraba. Lo imaginaba de una forma tan viva que por la mañana tenía que ir a aquel cuarto para ver si era cierto. Me refugiaba en esta fantasía cuando algo triste nos pasaba y enfermábamos o no teníamos para comer. Entonces volvía a dirigirme a aquel lugar desvencijado con la esperanza de que el saco de harina aún estuviera allí. Pero no, nunca estaba.

Me acordé de todo esto el otro día, cuando estábamos en la cocina. Estaban la madre Henriette de Jesús y las hermanas Constance y Charlotte. Estas

últimas son muy jóvenes y se pusieron a jugar mientras hacíamos las pastas. Empezaron a tirarse harina y yo me sumé entre risas a la batalla y al poco tiempo estábamos rebozadas las tres. No podíamos parar de reír. Claro que luego nos llevamos una buena bronca y tuvimos que pedir perdón en la iglesia. Pero incluso tumbadas sobre las losas tan frías se nos seguía escapando la risa. ¡Qué hermosa es la risa! ¡Habla de molinos escondidos, de despensas llenas de alimentos, de cocinas donde no existe el dolor! Sí, porque luego me di cuenta de que durante todo ese tiempo el dolor había desaparecido de mi pierna, como si aquella harina con la que habíamos jugado tuviera el poder de hacerlo desaparecer. Y pensé en la harina que mi padre había robado para nosotros.

Pero el dolor siempre vuelve. Me despierta en plena noche, me quema como si me acercaran a la rodilla un hierro candente. A veces es tan intenso, que llego a perder la conciencia y me quedo como muerta. La hermana Alice Domon me encontró una tarde desmayada en el claustro, con los hábitos manchados de sangre a causa de uno de mis vómitos. Llamaron a la madre Joséphine que ordenó que avisaran a un médico. Algo malo debió ver, ya que pidió que me llevaran al hospital para hacerme pruebas. Me examinaron varios médicos. Uno de ellos era muy joven, y siempre se acercaba a mí con una sonrisa. Era la misma sonrisa con que los mozos de Lourdes invitaban a las muchachas guapas a bailar. ¿Me habría invitado a mí? Casi seguro que no, pero me gustaba que el joven doctor viniera a verme como diciendo: Vaya, vaya, ahora hasta las monjas son bonitas. Tardaron unos días en decirme que tenía un tumor en la pierna, a causa de una tuberculosis ósea. El tumor se encontraba en el último estadio y apenas me quedaban unos meses de vida. No me importó escucharlo. Al fin y al cabo, ¿qué hacía yo en el mundo si había dejado de ver lo que antes veía? Ver es penetrar, regresar al lugar de los deslumbramientos, ir al fondo del secreto.

Estas últimas noches, cuando el dolor es más intenso, me he acordado de una historia que se contaba en los tiempos en que estuve con mi nodriza. En

un pueblecito de los Alpes unos pastores encontraron el cuerpo de un muchacho en un glaciar. Por las ropas que llevaba puestas comprendieron que había muerto hacía muchos años, aunque gracias a las bajas temperaturas el cuerpo seguía intacto y podían reconocerse sus rasgos como si acabara de morir. La noticia se corrió por los pueblos cercanos, y se presentó una anciana de ochenta años que al verle se echó a llorar, pues había reconocido a su novio. Se iban a casar cuando él desapareció en la montaña, y ahora el destino le ofrecía la posibilidad de volver a encontrarse con él, de hacerlo no como sería en ese momento si hubiera vivido, un anciano como ella, sino tal y como fue cuando se habían enamorado.

Poco después tuve un sueño muy bonito en el que me quedaba mirando una Virgen que había en la iglesia del convento y que representaba la unión de Dios con el mundo. Era la imagen resplandeciente de una muchacha coronada a cuyos pies había una serpiente vencida. Y yo me acercaba a ella en el sueño y le preguntaba si la que me visitaba en la gruta era ella. Y eso qué importa, me respondía. Y se ponía a hablar conmigo como lo haría con una amiga que acabara de encontrarse en la calle. Y me preguntaba que qué hacía pasando frío en aquel convento. Si a mí me lo quitaron todo, añadía, ¿cómo piensas que os puedo ayudar? Y era como si se riera dulcemente de todas nosotras por andar perdiendo el tiempo con tantos rezos. Deberías irte de aquí, me decía, no sé qué haces con estas viejas.

La historia de la anciana y de aquel novio que le devolvía la tierra se la conté la otra tarde a las hermanas en la huerta. Estaba la hermana tornera, una mujer ya mayor, que nos contó que a ella le había pasado algo parecido con un chico del pueblo. Estaban enamorados y se iban a casar, pero, volviendo de recoger la hierba para el ganado, al chico se le volcó el carro sobre él y lo mató. Habían pasado más de cuarenta años y daría lo que fuera por poder verle de nuevo otra vez, aunque sólo fuera un instante. Verle como fue entonces, en los días en que se iban a casar.

Me pasó algo extraordinario. Estaba pensando en cuánto me gustaría regresar a la gruta y ver a Aquerò como aquella primera vez, cuando al quedarme mirando una de las velas la vi encenderse sola. Miré otra que estaba al lado y también esta se encendió. Me fui fijando en las otras velas de la capilla. Todas se encendían con el solo hecho de mirarlas. Me bastó

entonces con poner los ojos en el cáliz que había en un lado del altar y pedirle que se moviera para que este me obedeciera. Había en la capilla un silencio muy grande. Afuera estaba la huerta y por una de las ventanas se veían las ramas de los nogales moviéndose a causa del viento, pero aunque golpeaban el cristal no se oía ruido alguno. Hice entonces que el cáliz se desplazara por el altar hasta caer al suelo sin que se oyera el ruido del impacto. Mi Señora, murmuré sin poder contener la emoción, ¿estás ahí? Pero en la capilla no había nadie. Salí al pasillo y avancé lentamente mirando a un lado y a otro, esperando encontrar algún signo que me revelara aquella presencia tan querida. Una de las hermanas apareció en el claustro y pasó a mi lado sin verme. Salí a la huerta. No se oía piar a los pájaros, ni el rumor del viento. Las campanas volteaban en la torre, pero no las oía repicar. Fui hasta la portería. La hermana Alice Domon estaba ordenando la ropa en un cuartucho que había junto al torno. Me senté a su lado y estuve un largo rato contemplándola mientras trabajaba. Me bastaba con extender el brazo para tocarla, pero ella no me veía. Podía salir cuando quisiera, hacerlo sin que nadie me viera. Pero sentí un gran cansancio, y la pierna volvió a dolerme de una forma espantosa. Y con el dolor regresaron los sonidos del mundo: el rumor del viento, los cantos de los pájaros, las voces de las hermanas rezando. Ah, estás aquí, me dijo la hermana Alice. No te he sentido entrar. Me acordé de lo que había contado, de aquel novio que se había matado al volcar el carro de heno y en que tal vez, a pesar de todo el tiempo que había pasado, seguía pensando en él. Los muertos, ¿dónde estaban? ¿Seguían aquí, con nosotros, aunque no nos diéramos cuenta?

Regresé a la capilla para recoger el cáliz que había tirado. Una de las hermanas lo tenía en sus manos. Era como si hubiera entrado a robarlo, como si fuera a esconderlo en su celda para verlo a solas por las noches. Me dijo que estaba en el suelo y que acababa de recogerlo. ¿Quién lo ha podido tirar?, preguntó con una sonrisa maliciosa, como si hubiera deseado ser ella quien lo hiciera. El dolor que sentía en mi rodilla era tan intenso que, cuando se fue, me tuve que sentar en uno de los bancos. No sabía por qué podía hacer aquellas cosas. Si estas eran ciertas o acaso las imaginaba a causa de la fiebre que desde hacía un tiempo no me abandonaba. Y me acordé de los animales que encontraba en la gruta y que no sabía si eran reales o no. Con mucho esfuerzo pude llegar a la celda y acostarme en la cama. Cuando desperté ya era de noche y a lo lejos oía el canto de las

monjas en la capilla. Era muy dulce y parecía expresar una gran paz. Sin embargo, a muchas las oía llorar por las noches.

En los días siguientes, viví en un estado de permanente excitación probando a cada momento cosas nuevas. Una vez me encontré en las escaleras de la torre sin saber cómo me las había arreglado para llegar hasta allí. Otra, estaba inesperadamente en el campo. Podía pasar de unos lugares a otros sin proponérmelo, sin saber que lo hacía. Una tarde en que me descubrí fuera del convento, me vi obligada a llamar a la puerta para regresar. La hermana Alice, que no se movía del torno, no entendía cómo podía haber salido sin que ella me hubiera abierto la puerta.

Por las noches abandonaba la celda y paseaba por los claustros esperando ver alguna señal que me revelara la presencia de Aquerò. Sabía que todo aquello era por ella, como las veces en que, al salir de la gruta, podía pasear entre la gente sin que me reconocieran. En la huerta me quedaba mirando el firmamento. Todas aquellas estrellas, ¿por qué estaban ahí? Una tarde la madre Joséphine Imbert reprendió a la hermana Constanza delante de todas porque no había hecho algo que le había pedido. Le dijo que si seguía así no consentiría que hiciera los votos, y la mandó a la iglesia a pedir perdón a la Virgen. Fui a verla poco después. Estaba tumbada sobre las losas, con los brazos abiertos. Era muy pequeña y menuda y temblaba a causa del frío como un corderito. ¿Por qué la Virgen iba a querer que sufriera? Mira, le dije. Y acercándome a una de las velas cogí la llama con los dedos. Luego le pedí que extendiera su mano y se la puse sobre la palma. Ninguna de las dos nos quemamos. Sentimos ruidos y apagué la llama enseguida. Le dije que eso no lo podía contar.

Una tarde nos escapamos las dos del convento. Fuimos a ver la ciudad de Nevers, que no conocíamos. Paseamos junto al palacio ducal y entramos en Saint Cyr et Sainte Julitte, que está llena de ventanas, y por la puerta de Le Croux seguimos las murallas hasta las orillas del Loira. Desde allí, se veía la torre Goguin con su tejado picudo como un sombrerito. Hacen en Nevers una loza preciosa y entramos en varias tiendas para verla. En una de ellas,

un chico muy joven nos piropeó. Y estas dos chicas tan guapas, exclamó al vernos con nuestros hábitos, ¿qué hacen en un convento? La hermana Constanza se echó a reír. Era joven y atractiva y lo normal es que se fijara en ella, pero ¿era yo guapa?

Pasamos junto a otra de las tiendas y estuvimos viendo las lozas azules, con sus pastores soplando flautas de caña. Había allí otro joven que se sonrojó cuando le miramos. Me pregunté cómo sería que alguien así te cortejara, te llevara a bailar y que luego en un rincón escondido te abrazara y te besara. Cómo sería vivir a su lado, tener en los brazos a un niño que hubieras tenido con él. Nos detuvimos en el puente para ver el río. Las barcazas se desplazaban por sus aguas como grandes animales pensativos, y pensé en lo hermoso que sería ir escondida en una de ellas. Desde pequeña me había pasado eso. Quería ser otra distinta de la que era, escapar, aunque no supiera adónde. En la orilla había varias personas haciendo volar unas cometas que se movían siguiendo los caprichos del aire. La belleza era siempre así, sin porqué. Queríamos que significara cosas, apropiarnos de ella, pero eso no era posible. Los pájaros que volaban, el agua que corría en el bosque, las semillas de los dientes de león, los pensamientos de los que se amaban, los niños que jugaban, todo lo que estaba suelto, lo que no se podía retener ni hacer tuyo, como Aquerò en la gruta, eso era la belleza.

Esta mañana ha tenido que venir la hermana Constanza a mi celda para ayudarme a levantarme y vestirme. Al entrar juntas en la iglesia todas han vuelto la cabeza hacia la madre Joséphine esperando su reprimenda, pero esta no se ha producido. Desde que estuve en el hospital no es tan dura conmigo. Incluso acepta que las hermanas me ayuden en las tareas que me tocan. Las mejor dispuestas son las novicias. Han oído hablar de mí y desean estar a solas conmigo para que les cuente. ¿Es verdad que viste a la Virgen?, me preguntan. Quieren saber si me dijo que era la Inmaculada Concepción, si el agua que llena las piscinas donde se bañan los enfermos procede del manantial que encontré, si es cierto que me reveló secretos que no se pueden contar. Y yo no les digo ni que sí ni que no. ¿Soy una mentirosa por consentir que sigan pensando estas cosas? Desde pequeña me gustó mentir. A mis hermanos les contaba que los gansos me habían hablado en el mercado, que en una berza había visto brillar un anillo de oro,

que un caballo en el prado me había preguntado mi nombre. Siempre mentimos a los que amamos. Les mentimos para decirles que nunca los abandonaremos, que les podremos curar cuando enfermen, que no serán desdichados. Les mentimos para ver cómo brillan sus ojos cuando escuchan nuestras locuras. Mentir para servir al amor, ¿es eso pecado?

Una de esas veces, la hermana Constanza se presentó en mi celda con otras novicias. Les había hablado de la tarde en que nos escapamos del convento y en que estuvimos paseando por la ciudad y de lo que hacía con las llamas de las velas, que podía cogerlas con los dedos sin quemarme. Traían con ellas un cirio que habían tomado de la iglesia y la hermana Constanza se acercó a mí y, tras encenderlo, me pidió que hiciera lo de la llama para que ellas lo pudieran ver. Todas me miraban maravilladas. Eran tan jóvenes, había tanto candor en sus sonrisas, que no me pude negar. Cogí aquella llama con los dedos y la fui depositando en las manos que me tendían hasta hacer que cada una tuviera la suya. Estaba muy cansada y luego les pedí que se fueran, lo que hicieron atropellándose unas a otras, pues se morían de ganas de correr por los claustros y encontrarse con las otras hermanas y madres para contárselo. Iba a pedirles que no lo hicieran, pero las cosas maravillosas que nos pasan ¿se pueden dejar de contar? Cuando me quedé sola, me pregunté por lo extraño que era que pudiera hacer todo eso. Y poniendo una mano en la pared me bastó con presionar un poco para que se hundiera en ella. Hice lo mismo con la otra. Llevaba días, en que no dejaba de hacer en secreto cosas así. Eran como las que hacía a mi regreso de la gruta, tras mis encuentros con Aquerò, y que ahora, después de tanto tiempo, podía volver a hacer.

La hermana portera tenía una perra que se llamaba Sasa. Era muy cariñosa y siempre que me veía corría a mi encuentro para jugar conmigo. Le gustaba que le lanzara una pelota que enseguida me traía en su boca para que se la volviera a tirar. Pero empezó a esconderse cuando me veía y si trataba de acercarme se ponía a gimotear. Ya no quería jugar conmigo, no quería que la acariciara, que le hablara. Me veía y sólo pensaba en huir. Se

lo dije a la hermana Alice, que se alejó nerviosa sin contestarme. Allí había un pequeño espejo y me miré en él. Había adelgazado y tenía un color terroso que no reconocí como mío. Mis ojos apenas brillaban y se adivinaban los huesos de la cara bajo la piel, como si estuviera contemplando mi propio esqueleto. Esa misma tarde, paseando por el claustro le comenté a la hermana Constanza lo que me acababa de pasar en la portería y ella se echó a llorar. Qué pasa, le pregunté mientras acariciaba sus manos. La hermana dice que Sasa huye de ti porque te vas a morir, me contestó. En muchos pueblos pensaban que los perros detectaban la proximidad de la muerte y huían de los moribundos.

Fui a la capilla. Todas las velas estaban apagadas y me entretuve encendiéndolas. Sentada en uno de los bancos, estuve mirando aquel lugar. Los retablos cubiertos de oro, las vidrieras que tamizaban la luz, los altares con sus encajes y sus paños blancos, el pequeño sagrario donde se guardaban los secretos de la última cena. Me fijé en las imágenes de las vírgenes y las santas. Todas soñaban con otro mundo, todas tenían que pasar por pruebas terribles, seguir caminos extraños para lograrlo. Todas se estaban muriendo al no poder alcanzar lo que querían. Por eso hacían cosas que las condenaban a la irrealidad: desprender luz, que en sus frentes aparecieran coronas, flotar sobre las nubes, ofrecer a sus devotos las heridas para que las besaran. ¿Era yo como ellas?, ¿también me estaba muriendo? ¿Por eso podía encender las velas sólo con mirarlas? ¿Por eso Sasa, la perra, huía cuando me veía en la huerta?

En la capilla había un cuadro que me gustaba mirar. Se contaba en él la historia de las vírgenes prudentes y las vírgenes necias. El momento en que las prudentes salían a recibir al novio, mientras las necias se quedaban atrás porque no habían podido resistir la tentación de irse por los caminos gastando el aceite de sus lámparas porque todo les llamaba la atención. Pero ahora que no podían encenderlas, ¿qué harían? Sus compañeras se irían a la boda y ellas se quedarían solas. Y en el cuadro se las veía esperando bajo los árboles, mientras las prudentes celebraban la llegada del novio a la luz de las llamas que llevaban consigo. Cuando estas se fueran con él a la boda y todo se quedara a oscuras, ¿adónde irían las pobres necias? ¿Soy yo una de ellas?

Llevo varios días sin poder levantarme, pues la rodilla no me responde y me basta con poner el pie en el suelo para retorcerme de dolor. El obispo vino a verme ayer. Estuvo muy atento conmigo y se interesó por la marcha de mi enfermedad. Ha dado órdenes para que el médico me atienda, y me ha dicho que no me preocupe que estoy exenta de todas las obligaciones del convento hasta que me ponga bien. Ponerme bien... ¡Como si eso fuera posible! La pierna me quema por dentro, y el dolor se ha extendido a mi espalda. He perdido más de diez kilos y me paso los días y las noches con una fiebre que nada logra bajar. Sin contar con estas llagas que tengo en la espalda, a causa de llevar en la cama tanto tiempo. Por las noches veo y oigo cosas extrañas.

Hace ya unos años, en septiembre de 1868, estuve tan enferma como ahora. Enfermé a causa del asma que padecía desde niña y pensaron que me iba a morir. Incluso recibí la unción de los enfermos y, al agravarse mi enfermedad, pronuncié los votos *in articulo mortis*. Estaba tan mal que ni siquiera sabía lo que estaba haciendo, y fue monseñor Forcade el que pronunció la fórmula sagrada en mi nombre. Ahora me hace gracia que se dieran tanta prisa. Me recuperé de aquel mal y unos meses después renové mis votos en la iglesia. Pero eso no cambió las cosas. Ya he contado que la madre Joséphine Imbert me hacía la vida imposible porque no creía ni en mis visiones ni en mis dolencias.

Desde entonces mi vida en este convento se confunde con la historia de mis enfermedades. En diciembre de 1877 tuve que guardar cama a causa de los dolores en mi rodilla. Dos meses después tuve una recaída de mi asma y sufrí vómitos de sangre, y a finales de ese mismo año todos mis males se agravaron. Los médicos dijeron que me estaba muriendo. Desde entonces, sólo me levanto de la cama con ayuda de las hermanas, que cuando hace buen tiempo me llevan a la huerta para que me den el aire y el sol.

Ya estamos en abril, y los árboles se llenan de nuevos brotes. Todo está muy hermoso, como si la vida volviera a empezar ahora que la mía termina. Me da pena despedirme de este mundo. No es verdad que sea un valle de lágrimas, está lleno de hermosura. Me acuerdo del tiempo que pasé en Bartrès con mi nodriza, cuando llevaba las ovejas a la montaña. De las historias que se contaban allá. Una de ellas hablaba de una mujer que tenía el poder de invocar a los muertos. No podían escapar y si ella quería que alguien muriera, moría. ¿Tengo yo ese poder? Lo digo porque estas últimas noches veo a Baloum en mi celda. Me despierto y está a los pies de mi

lecho. No hace nada, no habla, sólo está allí. ¿La he llamado yo? Sus ojos son profundos y misteriosos, y siempre parecen estar ardiendo. Pero, al extender las manos para que se acerque, desaparece.

No hay nada más callado que un corazón. A veces nos asusta su silencio y damos en hablar como si fuera él mismo quien pusiera en nuestros labios las cosas que decimos. Pero el corazón no dice nada, necesita esconderse para vivir. Hay seres que son como ese corazón que calla, con el que no sabemos qué hacer. Aquerò era así. Se cuentan muchas cosas de los secretos que supuestamente me reveló al visitarme. Pero ¿cómo van a ser ciertas tales cosas si el corazón no habla? Si ves uvas en una vid, ¿no te acercas a cogerlas? ¿Por qué seguir buscando entre las zarzas? No puedes vivir en dos mundos a la vez. Hay que elegir. Basta de pasar de uno a otro.

Hablo ahora del agua que había en la gruta y del barro que se formó al remover la tierra con los dedos. Empecé a jugar con aquel barro, que olía a flores que acabaran de abrirse, y me puse a comer las plantas que habían crecido cerca, porque allí, en la gruta, te daba por hacer cosas que no sabías explicar. Las plantas eran como los berros que crecen en las charcas de aguas limpias, y era extraño que estuvieran donde no había humedad ni apenas luz. Estuve excavando el suelo con las manos desnudas, y ensucié mi rostro tratando de beber donde sólo había fango. Lo intenté varias veces y poco a poco el agua se volvió más clara y yo la bebí directamente de la tierra, como hacen los animales cuando hozan en el fango. Esa tarde me había seguido una muchedumbre y al verme salir manchada de barro empezaron a meterse conmigo. Me acusaban de ser una demente, me daban empujones y me pegaban con ramas y cuerdas que llevaban con ellos. Unos parientes vinieron en mi ayuda y, tras limpiarme la cara con un pañuelo, me sacaron de allí. Regresamos al pueblo para refugiarnos en casa. Llegaron a lanzarnos piedras y rompieron varios cristales. No sé qué nos habrían hecho si los guardias no llegar a acudir a ayudarnos. Cuando se fueron, uno de los guardias entró en la casa para hablar con mi padre. Le dijo que si seguía provocando disturbios no les iba a quedar otra solución que encerrarme.

Me daba pena mi padre, siempre tan abatido, tan triste. Me hubiera gustado hablarle del agua que había encontrado en la gruta, decirle que descubrirla era como haber entrado en una habitación llena de luz en un mundo de oscuridad. Fui a su encuentro para abrazarle y pedirle perdón. Me pidió que no volviera más a la gruta, y yo se lo prometí. Pero esa noche, cuando todos dormían, volví a escaparme de casa. Era una noche de luna. Una noche tan clara que podías ir por el campo sin necesidad de llevar luz alguna. Había un resplandor a la entrada de la gruta, algo que venía del interior y que corría ladera abajo como una cinta de plata. Me acerqué y vi que era el agua que manaba del manantial. Seguí su curso hasta una depresión del terreno donde el agua formaba una pequeña charca. Había allí una botella sucia y después de lavarla la llené de agua. Oí aullar a los lobos. Se llamaban unos a otros, diciéndose cosas que nosotros no podíamos entender. Sentí algo y me volví bruscamente. No había nadie, pero era a la vez como si alguien me estuviera observando, una presencia indefinible. Me pareció oír ceceos y risas nerviosas. Pensé en muchachas que habían huido de sus casas y que ahora vivían en el bosque. Esta agua no es tuya, me decían, no te la puedes llevar. La vida que llevaban en la oscuridad, ¿cómo era?

Regresé al pueblo. Quería ver a Baloum, enseñarle el agua que había cogido. Se quedaba despierta toda la noche porque tenía miedo de sus sueños. Baloum estaba en la puerta de su casa, como si supiera que iba a ir a verla y me estuviera esperando. Le enseñé la botella y le hablé de aquel manantial, de cómo el agua que brotaba había formado un arroyo que ahora corría ladera abajo. Nos encaminamos a la gruta para verlo. Baloum llevaba la botella en las manos como si fuera una lámpara. La oscuridad olía a escarcha, a agua, a sombra profunda. Todo era extraordinario. Las piedras verdes y blancas del camino, las orugas dejando en las ramas un rastro de luz, las telas de araña entre las hojas. Era la época de las nueces, que desperdigadas por el suelo recordaban pequeñas cabezas humanas. El mundo, ¿por qué era así? Según avanzábamos, las ramas se poblaban de luces. Se encendían a nuestro paso, como si lleváramos algo que también ellas quisieran tener. Eran luciérnagas y brillaban como puntadas verdes. Abajo se veía el valle con sus bosques negros, apagados. La niebla se estaba

levantando y parecían cubiertos de una gasa blanca. Nos detuvimos ante el arroyo. El reflejo de la luna formaba una especie de halo alrededor de Baloum cuyo rostro pálido parecía el de una chica ahogada. La estuve mirando, era como una presencia en un sueño; percibía no sólo lo que tenía ante los ojos, sino también la vida de lo que había perecido. Baloum tendió la botella hacia la oscuridad y las ramas se agitaron como si gente invisible que vivía en el bosque acudieran a su llamada. Nos pareció oír sus pisadas y sus risas ahogadas. Pensé en las muchachas que había oído antes en la oscuridad y en que tal vez fueran ellas. Querían el agua que les habíamos robado. Baloum dejó la botella en el suelo. ¿Para qué querías las cosas si antes o después las tenías que abandonar? Las ramas dejaron de moverse y el lugar se quedó silencioso. Oíamos a lo lejos el canto de los grillos. Las ramas no se movían, las risas y los parloteos habían cesado. Tomé a Baloum de la mano. La tenía muy fría, como si acabara de sacarla de un pozo, y le dije que teníamos que regresar. Pero ella no se movió. Permanecía con los ojos fijos en la botella que había dejado en la hierba. Me pareció una niña muerta, alguien que ya no quería nada, que se estaba convirtiendo en un ser extraordinario. Tiré de ella hasta arrancarla de su ensueño. Después de todo, ¿qué era pensar, soñar, sino aceptar que nada era tuyo?

Las montañas proyectaban largas sombras sobre el valle mientras regresábamos. Baloum caminaba unos pasos tras de mí. No me atrevía a volver la cabeza para mirarla. Temía que si lo hacía pudiera desaparecer. Vimos las primeras luces del pueblo. La pena era no tener casa, no tener adónde ir. Pensaba en la botella que habíamos abandonado, y en el resplandor que desprendía sobre la hierba. En cómo ese resplandor se reflejaba en los ojos de Baloum. Me pregunté cómo sería vivir las dos juntas dentro de aquella botella.

Al día siguiente todos se volvieron locos. La mañana era muy clara y el campo se llenó de pequeñas islas de luz. Lejos, en las montañas, una leve bruma que recordaba el aliento lechoso de los rebaños descendía hasta el valle. Todo estaba tan en calma que la tierra parecía una copia perfecta del cielo. Un pastor vio el agua que manaba arriba en la gruta y bajó al pueblo a decirlo. Muy pronto decenas de personas subían a ver el manantial. Traían

frascos y botellas y cogían agua, que bebían allí mismo o se llevaban a sus casas. La noticia no tardó en extenderse y todos hablaban del agua milagrosa. Decían que bastaba con beberla o con lavarse con ella para que los cojos volvieran a andar, los ciegos recuperaran la vista y las enfermedades más graves desaparecieran. Acudían gentes de todas las partes. Incluso hubo médicos de la ciudad que examinaban a los enfermos y testificaban que algunas de esas curaciones eran inexplicables.

Baloum y yo nos manteníamos apartadas. A veces, caminábamos por la orilla del Gave y, escondidas entre los árboles, contemplábamos la fila de los peregrinos en busca del ansiado milagro. Una tarde tropezamos con un mendigo que tenía el cuerpo lleno de llagas. Se dirigía al manantial, pero se había perdido y no sabía qué dirección seguir. Baloum le indicó el camino y le vimos alejarse renqueante en medio de grandes sufrimientos. Todos esperaban empezar otra vez. ¿No era lo que prometía el amor, que habría una resurrección?

Baloum llevaba el pelo recogido por detrás de las orejas con horquillas. Tenía el pelo húmedo, las manos enrojecidas por el frío y en los pies no calzaba más que unos mocasines. Por qué van todos allí, me preguntó Baloum, mientras se alisaba el vestido con las manos como diciéndome: ¿Has visto lo bonito que es? El vestido era verde oscuro, con un brillo satinado. Tenía las mangas anchas y un gran cuello redondo sobre el que colgaba un broche, un ramito de lirios del valle. Es por el agua, le dije, piensan que les puede sanar. Pero el agua no es para eso, me contestó Baloum.

Me he acordado de estas palabras porque han venido a verme dos hermanas que acaban de regresar de Lourdes. Han vuelto a hablarme de los cambios que se han producido desde que no estoy allí. De que cada vez son más los enfermos y peregrinos que acuden a rezar, de la iglesia que están construyendo, del bosque de velas que arden sin descanso ante la Virgen. Les he preguntado por el agua, si sigue manando a sus pies y me han dicho que sí. Y que como son muchos los que la buscan han hecho un taller donde la embotellan. Es un sitio muy sencillo, con tres salas. En la primera llenan las botellas con agua que traen en barriles de la gruta, por lo que el suelo está siempre encharcado. Luego tapan las botellas con un corcho y una

cápsula de plomo, que lleva una inscripción que indica su origen. En las otras dos salas se confeccionan unas cajas muy bonitas de una o dos botellas, para el embalaje. No muy lejos de allí, en una especie de bodega, dividida en grandes compartimentos por medio de tablas, se amontonan centenares de cirios. Son el sobrante de los que llevan cada día a la Virgen, pues estos son tantos que no los gastan todos. Los peregrinos los depositan en unos carritos que hay junto a la verja, y luego los vuelven a vender.

Cuando la hermana se fue pensé en cuánto me gustaría volver a Lourdes antes de morir. Ver las obras que han hecho, el estanque con el agua, el taller donde la embotellan, los carritos llenos de velas. Ver, sobre todo, la procesión de las antorchas. Ir con Baloum y con todos los tullidos en esa procesión. Aunque todo sean mentiras. Pensaba en la pobre gente que se permite el amor, aunque no sea nada, aunque todos la rechacen. Una loca y una niña muerta, ¿no forman parte de una gente así? Pobre Baloum, aún me pregunto por qué tuvo que morir. ¡Fue todo tan rápido, tan cruel! Enfermó de repente y en apenas unos días no podía respirar y emitía unos sonidos agónicos que estremecían el alma. Desesperada, fui a la gruta pensando que el agua la podía ayudar. Pero beberla no la salvó. La última noche estuvo prácticamente inconsciente todo el tiempo. Despertó al amanecer. ¡Qué bien estoy!, exclamó. Había allí una vela encendida y me tendió la mano para que pusiera en ella su llama. Pero ya no tenía ningún poder y no lo pude hacer. Me eché a llorar. Era como si la noche hubiera formado una perla, una perla luminosa que crecía en su mundo oscuro, y yo no supiera qué hacer con ella.

Siendo yo muy niña llegaban los gitanos al pueblo. Eran titiriteros y saltimbanquis que encendían sus fogatas en la plaza en las noches de verano, junto a la iglesia, y a los que todos iban a ver. Venían con sus monos, sus músicas y sus vestidos de colores, y encandilaban a pequeños y mayores con bailes y acrobacias. Algunos eran equilibristas, otros comían fuego o hacían juegos de magia. En una de aquellas visitas, una de las gitanas vino embarazada. Era muy guapa y llevaba un vestido de volantes que al bailar parecía llenarse de llamas. Por la noche se puso de parto y ella y su hijo murieron. Asistió todo el pueblo al entierro. Antes de irse, y en agradecimiento por el trato que habían recibido, los gitanos actuaron en la

plaza e hicieron las cosas más maravillosas que habíamos visto nunca. Esta noche, mientras todas en el convento esperaban mi muerte, volví a pensar en aquellos gitanos. Si todo brillaba en sus manos ¿por qué no habían podido salvar a la pobre muchacha y a su niño? ¿Era yo como ellos?, ¿las cosas que hacía para qué servían?

Me han despertado ruidos de voces y pasos en el pasillo. Eran las hermanas que querían enterarse de mi estado. Se muere, la hermana Bernadette se muere, las oí decir. Abrían la puerta de la celda y se quedaban murmurando a la entrada. Veía sus sombras, el vuelo en el aire de sus hábitos blancos. Vino la madre Joséphine acompañada por un sacerdote. Me preguntó si la oía y me acarició la frente, que tenía ardiendo. Estamos rezando por ti, dijo con dulzura. Ahora que iba a dejar de ser un problema para ella se portaba como una buena madre. Dos hermanas se quedaron conmigo. La puerta de la celda estaba abierta y, en el pasillo, otras monjas se pusieron a rezar. Oía el murmullo de los rezos y de las conversaciones. Hablaban de la bendición y del crucifijo de plata que me había enviado el papa, de los miles de peregrinos que iban a Lourdes, de que me iban a hacer santa. Luego vino el obispo con el sacerdote que acompañaba a la madre Joséphine. El obispo se quedó a solas conmigo, para confesarme. No sé qué le dije. Lo que yo había hecho, ¿era pecado? Tras darme la absolución, entraron la madre Joséphine, el otro sacerdote y varias monjas. No cabía nadie más en la celda. Se arrodillaron mientras me ungían con los santos óleos y rezaban por mí. Me llamaban, pero yo no les hacía caso. Me daba rabia que estuvieran allí, que hablaran como si todo lo supieran de mí, porque yo no era lo que ellos decían. Yo era muchas, todas distintas. Era la bruma que navegaba por el lago, las noches llenas de estrellas, el rocío que goteaba de las hojas. Era el saco de harina que mi padre se llevó del molino, la botella que Baloum y yo abandonamos en el monte.

Baloum llevaba la botella apretada contra su pecho y, mientras avanzábamos, los arbustos se fueron llenando de luciérnagas. Fue cuando vimos al lobo. Era enorme, pero pasamos muy cerca sin que nos atacara. Os

conozco, nos dijeron sus ojos. Y empezaron aquellos sonidos: risas, cuchicheos, voces de gente perdida. ¡Hay tanta gente así por los caminos! Las ramas se movían a nuestro alrededor como si fueran manos que querían cogernos de los vestidos y el pelo. Nos echamos a correr asustadas. Al llegar a un pequeño claro, Baloum dejó la botella en el suelo y las ramas se quedaron quietas.

Vimos una luna roja como la cabeza llena de sangre de un recién nacido. Allí estaba la entrada de la gruta y el agua que bajaba por la ladera. Su luz era esa luz loca que está entre dos mundos. Nos acercamos al manantial. Baloum se agachó para beber, tomando el agua en el cuenco de las manos. Luego vino en mi busca, y puso los dedos mojados sobre mis labios. El agua corría a nuestros pies, rechazando la oscuridad de la noche, mientras Baloum y yo nos sonreíamos. Y esta agua, le dije, ¿para qué será?

---

1. *Aqueró*, en gascón, un dialecto del occitano, significa «aquello».